



LARVAS

TAZINE

# LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA  
ARTE - CRITICA Y LITERATURA  
Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD

Nº V - 0.20. CTS.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)



# EDITORIAL CLARIDAD

DIRECTOR:  
ANTONIO ZAMORA

PUBLICACIONES:

**LOS PENSADORES**

**BIBLIOTECA CIENTIFICA**

**LOS NUEVOS**

CLASICOS DEL AMOR

**BIBLIOTECA COSMOS**

**LOS POETAS**

EDICIONES POPULARES

LIBROS Y REVISTAS

Dirija toda la correspondencia a

**EDITORIAL  
CLARIDAD**

CASILLA DE CORREO

**736**

BUENOS AIRES

## SUMARIO

REDACCION . . . . .	<i>Al margen de la vida que pasa (comentarios).</i>
JUAN A. SOLARI . . . . .	<i>Municiones.</i>
MAHATMA GANDHI . . . . .	<i>El miedo a la muerte.</i>
HORACIO QUIROGA . . . . .	<i>El loro pelado</i>
ELIAS CASTELNUOVO . . . . .	<i>Larvas (novela).</i>
ALFONSO DAUDET . . . . .	<i>La arlesiano</i>
ELENA ALVAREZ . . . . .	<i>La confesión.</i>
S. Y J. ALVAREZ QUINTERO . . . . .	<i>Rosa y Rosita.</i>
RUDYARD KIPLING . . . . .	<i>La inundación.</i>
L. PAUL MARGUERITTE . . . . .	<i>La desceñida.</i>
RUBEN DARIO . . . . .	<i>Poesías inéditas.</i>
MAXIMO GORKI . . . . .	<i>La madre del monstruo.</i>
STENDHAL . . . . .	<i>Pensamientos.</i>
TOMAS J. SCAGLIA . . . . .	<i>El Congreso Socialista de Córdoba.</i>
ALFONSO MASERAS . . . . .	<i>Bençissal el Profeta.</i>
JOAQUIN CAMPA . . . . .	<i>Bahia y Pascual.</i>
C. DE DOMENEC . . . . .	<i>El dispensario.</i>
JOSE GABRIEL . . . . .	<i>Las filipicas.</i>
ALVARO YUNQUE . . . . .	<i>Poemas naturistas.</i>
MIGUEL DE UNAMUNO . . . . .	<i>El padrino Antonio.</i>
TRISTAN DE KAREOL . . . . .	<i>Los grandes músicos: Haydn</i>
RAFAEL BARRET . . . . .	<i>El amante...</i>
CONAN DOYLE . . . . .	<i>Aventuras en los mares árticos</i>
J. M. RENOITUR . . . . .	<i>La doble experiencia de Angela.</i>
ANATOLE FRANCE . . . . .	<i>Diálogos filosóficos.</i>
ALFREDO CALDERON . . . . .	<i>Cómo se salvó Voltaire.</i>

BIBLIOGRAFIAS, PENSAMIENTOS, ANECDOTAS, CURIOSIDADES, ETC.

ILUSTRACIONES DE FASINE, GIMENO, LLOBERIAS Y OTROS.





DIRECCION POSTAL:  
C. DE CORREO 736

Administración:  
BOEDO 837  
U. T. 4999 y 6197, Mitre  
CAPITAL FEDERAL

# LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA  
:: ARTE, CRITICA Y LITERATURA ::

Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD

APARECE EL 2.º Y 4.º MARTES DE CADA MES

## SUBSCRIPCIÓN

Para todos los países  
de la convención postal  
AÑO . . . \$ 5.- MÍN  
SEMESTRE " 2.50 "

En los demás países  
AÑO . . . \$ 3.- ORO  
CADA EJEMPLAR 20 CTS.

AÑO III

Buenos Aires, 10 de Febrero de 1925

Núm. 105

## AL MARGEN DE LA VIDA QUE PASA...

### Influencia del Jazz-band en la literatura

Entre los literatos remonanos y los literatos jazzbandistas no hay más que una diferencia de forma. El fondo de estupidez es el mismo. Pero el acento melífluo de aquellos en su constante colitis lunática, como dice nuestro dibujante Vebar, es en éstos ruido de matracas, silbidos y aullidos de bocina de automóvil.

Si estos poetas jazzbandistas tuvieran algún ingenio se les podría considerar como humoristas. Pero hay que aclarar que los que dan en hacer, en la hora actual, un poema con visos de rag-tí-ne, son los mismos que cantaban al cisne, al lago extático y otras cosas dulcíneas.

Vamos a darte, lector, por separado, una so-mera idea del conjunto.

¡Atención! *Ricardo Güiraldes*: (saxofón).

Infecunda redondela  
De la noche sos ombligo  
Yo no sé ni lo que digo...

más adelante:

Tu luz desata mi labia  
Y me da rabia.  
Y me enojo  
Como abrojo.

Bueno; basta de saxofón. Ahora un poco de *banzo* del Poemario Alcándara (¿?) de Francisco *Luis Bernárdez*: (banzo).

Desde niña enyugada a los quevedos  
la astigmática yunta de mis ojos.

Eso es. Aquí interviene la matraza *Sergio Pi-ñero* (hijo) (¿Qué hace el padre?)

El viento con su goma de borrar limpia  
las huellas, etc., etc.....

El maestro *Oliviero Girondo*, al piano:

Yo no aspiro a que me babeen la  
tumba de lugares comunes... tá, tá, tá...

En seguida la batería completa:

*Luis Cané* (clarinete).

En vano querer ser buenos  
y querernos como hermanos  
¡Si tu no tuvieras senos!...  
¡Si yo no tuvieras manos!...

*Augusto M. Delfino* (trompeta).

Por tu puerta con elásticos, la alegría,  
el amor, lo incongruente, se tiraban  
en tajadas a la calle...

*S. Pondal Ríos* (wafer-mhistle).

La luna con sus dedos plateados  
Acaricia ¡ay! mis párpados.

Este es un poeta remonano. No nos explicamos su inclusión en la orquesta.

*Eduardo M. de Ocampo* (clakson).

...bajo la selva de las chimeneas...  
...si enrojeciera mi camisa blanca...

*Pedro F. Blake* (pistón). (Nota: No es hijo del detective Sexton Blake).

La lluvia  
se baña con el agua  
del cielo,  
y se seca en las paredes  
de las casas.

Bueno, lector, basta. Que, ¿qué tiene que ver esta orquesta con la literatura? Hombre, no lo sé.

Yo en todo esto me lavo el paisaje. Pero, voy a beberme los botines para pasearme de cabeza sobre la copa frondosa de las remolachas, porque los elefantes del Sarrasani van a ejecutar la Novena sinfonía de Beethoven.

### Patente de burro

Leemos con gran sorpresa en "La Prensa" del domingo:

"Distinción a una educadora. — La señora Juan Caso de Sedano Acosta, organizadora del pabellón permanente de la República Argentina en Bruselas, ha sido condecorada por el rey de Bélgica, con la cruz de "Caballero de la Orden de la Corona" y la profesora señorita María Caso que fué a Europa en carácter de secretaria de aquélla, con la cruz de "Caballero de la Orden de Leopoldo II".

"Esta distinción fué otorgada en mérito a la labor cumplida por la señora de Sedano Acosta, y a la cual la prensa belga tributó, al inaugurarse la exposición oficial, a la que asistieron miembros del cuerpo diplomático y muchas familias, los más conceptuosos juicios".

Esta ilustre señora es la misma que figuró en un suelto del número anterior que llevaba por título: "El caso de la señora Caso". Allí se reproducía íntegramente una colaboración suya en verso y en prosa que nosotros calificamos de *blandicia literaria*. Aquellos que hayan tenido oportunidad de leerla quedarán como nosotros por plejos ante la decisión del rey de Bélgica que nos la convierte por sus *méritos intelectuales* en "caballero de la Orden de la Corona". Aparte de que en otro suelto decimos que para ser rey lo menos que se necesita es poseer inteligencia, el caso de la señora Caso se nos presenta nuevamente bajo otra faz más vulnerable. Una ilustre



educadora que dice *enterratorio* y que *ver*, significa *conciencia autónica* y descubre que *la hipótesis de hoy, es generalmente la verdad de mañana, etc. etc.*, mercede en vez de una condecoración, otra cosa más en consonancia con su ineficaz analphabetismo intelectual.

El Consejo Nacional de Educación debía integrar el cuerpo directivo con este "caballero de la Orden de la Corona". Haría una yunta prodigiosamente equina con la Pandolfini.

### Parábola de las tres niñas

Tres niñas ofrendaron un ramo de flores vivas a Hipólito Irigoyen. La menor era el símbolo de la infancia agradecida; la segunda simbolizaba la radiosa adolescencia y ofrendaba el ramo; la mayor era la ardiente juventud y espluchaba el discurso con un juego de ojos capaz de hacer escribir — en plena chochez — otro poemario al vate Lugones.

La mayor de las niñas tenía un lunar en la mejilla y grandes ojeras; la segunda era cándida y vestía de blanco como una virgencita; y la última era la imagen de la inocencia que reclama un puesto de telefonista o de manicura.

Detrás de estas tres niñas se veían tres empleos... queremos decir tres hombres.

Los tres tenían la nariz ganchuda y afilada. ¿Qué dato curioso, no? Se nos ocurrió que eran el padre, el tío y el hermano de las tres niñas.

Hipólito Irigoyen acarició la barbilla de la chica, recibió el ramo de flores y sonrió a la jovencita y miró con ojos profundos a la mayor que desembuchaba el discurso:

"Dotor: recibid estas flores que son..."

Pero no pudo continuar porque el que suponíamos su padre, abriéndose paso a codazos, estalló en un ¡Viva el dotor!

Y después de esto, las tres niñas y los tres empleos volvieron a casita.

### El género macarrónico

Entre los diversos géneros literarios que aquí se cultivan, predomina, después del ultraísmo, el género macarrónico. Los sacerdotes y sacerdotisas de la literatura macarrónica habitan el interior de la república. A veces se deslizan en la capital. Pero aquí, felizmente, empiezan haciendo versos y terminan — como dice Coronado, — haciendo crochet. En el interior en cambio se reproducen y se multiplican sin variantes. Nacen y mueren macarrónicos. Es el único caso que puede citarse de "inmutabilidad de las especies".

Leed "La Voz de San Genaro", "Heraldica", "Nuevos Horizontes", "El Pampero", "El eco de Chascomús", etc., y veréis a qué grado de sosería monumental ha llegado la literatura impresa en nuestro país.

Sirva esto de ejemplo:

"Sociales. — Silueta. — Para... P. B. — Eres tan bella, tan pura, que tus gracias me esclavizaron, tus miradas producen en mí un efecto tan dulce, que me dejan arrobado ante su fulgor, cual dos "estrellas" en el "zenit" que pa-

recen encerrar todo un poema de amor. Tu boquita, rodeada de unos labios que invitan al beso semeja una rosa de encendido color, cuando empieza a entreabrirse invitada por el rocío de la aurora, y cuando en ellos se dibuja una de esas sonrisas angelicales con que se distinguen siempre, me siento subyugado ante ella, y mi alma vuela hacia tí como atraída por una fuerza irresistible. En fin en conjunto forma un cuadro encantador. ¡Qué dichoso me siento cuando escucho de tus labios, decirme "Te amo". — Pero sucede a veces, que por causas que desconozco, me muestras cierta indiferencia, y entonces... ¡Oh sarcasmo del destino...! Véis como la humilde avecilla cae bajo el golpe de la bala, que dirigida por una mano cruel la hiere a muerte! y que agonizante aun reserva para su verdugo una mirada tierna que parece decir "te perdono". Así mi corazón cae bajo el peso de esa indiferencia y como el avecilla, tiene, al sumirse en la tristeza, una mirada de súplica, mirada que parece llegar hasta Dios y El te induce a que me devuelvas la calma con una sonrisa deliciosa...

Y entonces vuelvo a sentirme feliz.—P. J. R."

¿Te sientes feliz, pedazo de infeliz?

### ¿A un honrado padre de familia le hurtan un

#### saxofón

El tal honrado padre de familia se ganaba el pan de sus hijos tocando el saxofón en un café del barrio.

Ejecutaba muy honestamente: "Anoche en un taxi", "Pero hay una melena..." y otras piezas que contribuían a la educación espiritual de la muchachada.

Un caco de esos que son como ardillas le fumó las otras noches el artefacto, sumiendo, por este medio, al honrado padre de familia en la miseria.

Por un lado tenemos un honrado padre de familia y por otro a un ladrón. El uno se ganaba el pan de sus hijos embruteciendo a la gente, el otro se ganaba su pan como podía.

El primero hacía un daño moral, el segundo dañaba materialmente.

Ahora bien: el padre de familia ha hecho un llamado a los sentimientos humanitarios del raspa pidiéndole que le devuelva el saxofón.

Si el ladrón es un hombre honrado es casi seguro que no se lo devolverá.

### Otra cosa es con guitarra

El seráfico patriarca Constancio C. Vigil, que es espiritista, moralista, autor de un libro traducido al italiano por Folco Testena, que recomienda al pueblo que "tome mate, caray!", ha despedido a unos obreros que no quisieron aceptar la ley de jubilaciones. Es decir, por cuestión de pesos más o menos.

Y se nos ha ocurrido pensar que es una vergüenza que la Federación Gráfica se haya visto obligada a "boycotear" las cuatro revistas del moralista Vigil. Aunque supiéramos que la moral de estos filósofos a la violeta es una en sus libros... y otra cosa es con guitarra!



El cacumen de las literatas

“La Nación” publicó una página titulada “La mujer en la literatura de ficción”. Había cuatro cuentos de factura femenina: “La literata”, “La viuda”, “El retrato” y “Don Paulo”. Hemos notado que la mujer escribe mejor cuando es el marido o el amante quien escribe. Cuando la mujer escribe ella misma, flaquea bastante. Transcribiremos el principio de los cuatro cuentos.

El cuento titulado “La literata”, empieza así:

“Atardecer de verano. En el lienzo azul del crepúsculo van esfumándose ligeros tintes de acuarela. El viejo jardín se borra en la penumbra”.

El que lleva por título “La viuda”, empieza de esta manera:

“Lloraba inconsolable. ¡Pobre mujer! Verdaderamente era para lamentarse. ¡Perder un marido semejante!”

Y el que se titula “El retrato”:

“¡Oh! Indudablemente inverosímil”. Las palabras cayeron con un extraño sonido de bravura en el tibio ambiente del saloncito”.

Y, “Don Paulo”:

“Era don Paulo un comisario retirado”.

Nosotros creemos que no hace falta leer hasta el final estos cuentos mujeriles. Con el principio basta. Se ve a simple vista que se trata de cuatro hodrios impecables. Hagamos lo que hizo aquel crítico inteligente que leyó dos estrofas de un libro de versos cursis y le comunicó al autor que su obra era mala. El poeta preguntó al crítico cómo podía juzgar un libro con solo haber leído dos estrofas y el crítico contestó:

—Cuando yo voy por un camino y veo aparecer entre la espesura de un matorral dos orejas largas, digo inmediatamente: ¡un burro! No necesito verle el cuerpo. Me basta con verle las orejas.

Un divorcio singularísimo

Un telegrama de París, dice:

“PARIS, 28. — Se ventila actualmente un curioso caso de divorcio. La esposa de un conocido cirujano, gravemente enferma, debía ser operada, decidiéndose, naturalmente, que lo hiciera el marido. Pero la enferma, hallándose ya en la mesa de operaciones, se opuso a que la operara el esposo, pidiendo que lo hiciera el ayudante. El cirujano consintió y se realizó la operación; se curó la enferma, y el marido, considerándose herido en su reputación profesional, entabló demanda de divorcio.

“Y mientras el abogado de la esposa sostiene que, lejos de ofenderle, le ha dado una prueba de su cariño, temiendo que la emoción desviara el bisturí del ilustre cirujano, el abogado del esposo demuestra que se le ha perjudicado profesionalmente, pues si su propia mujer no tiene confianza en sus manos, no pueden tenerla los demás.”

Por lo que se vé, la mujer le arruinó el negocio al marido. Eso es todo. Lo demás se explica claramente. ¡Cualquiera que conozca a un cirujano le va a tener confianza!

Vale más rempujar vagones

El oficio de reinar no es muy lucrativo que digamos. Por lo menos, en ciertas regiones. Parece ser que los reyes no ganan un jornal tan elevado como la fantasía revolucionaria le asigna. El caso de Albania habla al respecto con bastante elocuencia. Le fué ofrecido el trono de dicha región a dos personajes ingleses, ambos musulmanes convertidos y los dos declinaron su candidatura. El uno, dijo que “rechazaba el cargo por considerarlo *improductivo* y sumamente molesto”; y el otro, declaró:

“Declino la oferta, pues es un cargo honorífico, que no da rendimiento alguno y que lo único que ocasiona son disgustos, y casi seguramente la muerte por asesinato”.

Por lo que se ve, hoy se prefiere ser rey del jabón o de la jalapa a no ser rey de un pueblo ingrato que a lo mejor le amarra una cuerda al cuello al soberano o lo cuelga de un farol. Antes un rey era un rey — una figura majestuosa, imponente, vestida de púrpura y cargada de pedrerías — hoy un rey es muy poca cosa. Cualquiera es rey. Hasta un idiota con nariz borbónica y labios belfos que perdona los agravios de un literato y soporta la tiranía de otro eretino como él, puede serlo. Hoy por hoy, gobernar, esoso y ridículo. A un hombre de talento jamás se le ocurriría semejante guarangada.

Consideraciones morbosas y pútridas

En el último número de “Renovación” aparece un artículo de Vargas Vila cuyo texto parece referirse a la muerte de Anatole France. Parece también referirse al *genio* de Anatole France. En una palabra, todo en ese artículo parece estar relacionado con la vida y la muerte de Anatole France, a quien lo llama entre otras cosas: “Benvenuto del Verbo; Orfebre Maravilloso que recuerda los antiguos *intagliatori* de amuletos laborando dijés fanatizantes; el Cincelador, el Esmaltador, el Medallista prodigioso y colorido”, etc., etc. Todo con mayúsculas.

Para formarnos una idea del contenido de ese artículo vamos a transcribir algunos párrafos:

“La claridad, la limpidez, la pureza de *línea* espiritual”... (lo que es claro es limpio y puro) “hay más *armonía cantante*, más *euritmia alada* en sus prosas helénicas y musicales que aquellas que hay en las *prosas diáfanas*, pero algo *monocromas* del Autor de *Cándido*”... Posee la “poderosa facultad del *poncif intelectual*” (¿qué es esto del poncif?) Y “es el hijo mimado de las Gracias y ninguna de ellas dejó de asistir al *convivio*, el día abrió sus ojos a la luz este Apolo escapado al Atica, para tañer su lira bajo la *opulencia brumosa*”... etc. (Anotad: *convivio*, Apolo, Atica, *opulencia brumosa*.) “Su prosa de líneas *partenopeas*, impecables, ostenta, bajo la rigidez armoniosa de las líneas la *munificencia atemperada* de las coloraciones, de una difusa y suave diafanidad de cielos del Helesponto”. (Seguid anotando: *munificencia atemperada*, *partenopeas*, Helesponto). “Estos místicos *sanstonizados*, estos volatineros ortodoxos”... “mesnadas de legos intonsurados”... “esta época en-



ferma de Patriotería Morbosa y Pútrida"... "llena de buhos semipensantes y *nictalopes* enfermos de esa oftalmía purulenta"... (Nictalopes, patriotería morbosa y pútrida, oftalmía, etc.). "Época decadente y delieuescente de pietismo cubista y dadaísmo teológico"...

Se queja más abajo, parece que se queja porque la *crítica negatrix* no le perdona al Benvenuto del Verbo, su "anarquismo mental, su agnosticismo elegante y su pirronismo sonriente y su ateísmo octogenario." (Aquí no se sabe si "el Mayo Tedonico de la Belleza Espiritual, erecto y solitario," (Anatolín) era un anarquista mental o un agnóstico elegante o un pirroniano sonriente o un ateo octogenario).

El odio que esta "época decadente y delieuescente, pútrida y morbosa, cadavérica y necrófica" profesa al *Gran Encantador* que produce un *encanto tibuliano*, Vargas Vila se lo explica de esta manera:

"No puede haber nada más odioso a estas generaciones corcovadas, que han abandonado las triunfeiras y los cuarteles con la columna vertebral deformada a golpes de sable y rojas las espaldas por los cintarazos recibidos, que la Vida y la Obra de este *Enemigo de la Guerra*, que ha perseguido la Servidumbre Militar con los dardos luminosos de sus más bellos sarcasmos, dejando temblar la flecha sobre la herida desmuda;"

(Digamos que si Anatole France fué enemigo de la guerra, durante la guerra demostró lo contrario. Escribió incitando a la juventud francesa para que se enrolara en las filas del ejército francés y solicitó él mismo una plaza de soldado a los efectos saludables de exterminar a nuestros hermanos en Cristo: los alemanes).

Y ahora digamos unas palabras respecto a Vargas Vila y su delieuescente literatura. Sin duda, el artículo que reproducimos en parte, es interesante desde el punto de vista psiquiátrico. Ingenieros, que es muy dado al estudio de las enfermedades mentales, debía estudiar el caso de Vargas Vila. Vargas Vila es sin disputa un enfermo. Un enfermo raro. Lo único que se sabe al respecto es que su enfermedad es americana.

Es la enfermedad de la metáfora o algo así. La enfermedad de las palabras bonitas y retumbantes que tanto agradan a los literatos aborígenes. En ese artículo aparece claramente el pensamiento sin pensamiento de la literatura continental. Ninguna literatura hay más vacía y pomposa que la nuestra. En este punto le damos 10 y raya a la literatura española. Estamos en las metáforas, en Vargas Vila, en Herrera y Reissig. No hemos dicho nada todavía y según van las cosas no tenemos nada que decir aún.

Los problemas vitales de la especie no nos preocupan. Ni el hombre, ni la humanidad, ni el pueblo merecen nuestra atención. Solo nos preocupa la *música verbal*, la palabra rara y abstrusa, el cantito de la frase. Estamos en el versito, en la novelita, en el articulito y en el sainete. El pueblo que reviente. La humanidad que se vaya al cuerno. ¡Vengan las palabras esdrújulas!

¡Escribir con sangre! No podemos escribir con

sangre porque estamos anémicos. Además, no sabemos.

Nos falta todo, incluso el talento. Nosotros sabemos escribir para "La Razón", para "La Prensa", para "La Novela Semanal". Pero, para la humanidad, no. Para el hombre, menos. Y a fin de ocultar luego la carencia absoluta de pensamientos y sentimientos recurrimos a las palabras grandilocuentes, de una "euritmia alada". Tenemos una mentalidad de negros rumbosos y grafómanos.

### Venga la excomuni6n

De buena fuente sabemos que si el gobierno insiste en querer mandar más que la Santa Madre Iglesia, el papa va a excomulgar al primer magistrado y al ministerio.

Con la excomuni6n saldrían ganando los obreros del Rincuelo, para quienes el año, a los efectos del pago de sus jornales, no se divide en meses.

No sabemos lo que piensa doña Regina de la excomuni6n de su consorte; pero la verdad es que el país contaría anualmente con una decena más de millones, para emprender obras de más seriedad que esta de alimentar santones analfabetos.

### El señor Irigoyen, santo laico

El presbítero cordobés don Félix Linares Alurralde ha mandado imprimir varios millares de estampitas destinadas a ser distribuidas entre los fieles, en las cuales aparecen dos imágenes: la del niño Jesús y la del señor Hipólito Irigoyen.

La cosa es para reventar de risa, pero tiene su significado. Seguramente el curita cordobés ha procedido con filosofía. Alarmado ante la falta de devoci6n y la irreligiosidad de la gente, había pensado que una estampa del niño Jesús no hubiese sido adorada como corresponde. Y entonces, para engañar a los bobos, colocó al lado del tierno y divino infante al duro y maquiavélico redentor que ante las instituciones argentinas, conculcadas por el régimen más falaz y descreído de que hay mención en la historia de las naciones, empuñó la demoledora piqueta de los empujes.

Y esto lo habrá pensado el padre Linares viendo a los gansos cordobeses parados en medio de la calle durante todo el día y toda la noche, con el cuello estirado, mirando hacia el balcón del hotel donde se hospeda al Peludo, para tratar de ver su efigie de iluminado que se proyecta en los cielos infinitos de las patrias.

Seguramente a estas horas las efigies del niño Jesús y del Peludo Fulgurante serán adoradas con devoci6n en muchos hogares cordobeses.

El martes 24 del corriente se pondrá en venta el próximo número de LOS PENSADORES



# MUNICIONES

Por JUAN A. SOLARI

## FUNCIONARIOS

En muchos funcionarios públicos, y en algunos que aspiran a serlo, sólo hemos descubierto, a falta de más fecundas aptitudes, afectada parsimonia y una como vacía solemnidad del pavo real. Lo que quiere decir que si no sirven en su papel de funcionarios, podrían, en cambio, ser excelentes conductores de carrozas fúnebres. Sea esto dicho con permiso del gremio respectivo.

## DISCRETOS

Hemos dado en llamar discretos a aquellos que jamás tienen una opinión firme sobre nada, ni asumen actitudes definidas en ningún asunto. Si respetáramos el valor de las palabras, habría que llamarles: imbéciles.

## VIRTUOSOS

Despiertan nuestra desconfianza los que se empeñan en que conozcamos sus virtudes. Las buenas mercancías no han menester, para imponerse, de excesiva propaganda...

## REPUTACIONES

La credulidad — por no decir la estupidez — humana es ilimitada. Si analizáramos muchas reputaciones nos convenceríamos de ello.

## ACTORES

La política — south-americana o no — ¡qué grandes actores ha quitado al teatro!

## FUERZA COMPENSADORA

A la multitud, por inteligente que parezca, se la desconcierta fácilmente. De ahí que los leu-guarares, los temerarios y los pillos de letra menuda vean, por lo general, colmadas sus ambiciones de predominio y mando. Felizmente, aunque muchas veces tarde, por una fuerza compensadora y justiciera que escapa a su dominio, se ponen al descubierto: su propia incapacidad los denuncia.

## GARBANZOS

En la leyenda bíblica Eva se pierde por una manzana. ¡Cuántas, mejores y más meritorias que nuestra remota y discutida abuela, se pierden hoy por un puñado de garbanzos!...

## LOS ARQUETIPOS

Si estuvieran entre nosotros, Jesús se suicidaría al conocer de cerca sus pretendidos discípulos; Quijote, antes que morir en su cama como un Alonso Quijano cualquiera, pediría su inmediato ingreso a un hospicio; Hamlet, entre sus terribles dudas metafísicas y una senaduría nacional, optaría por esto último. En cuanto a Romeo y Julieta, para no pasar por románticos, es probable se decidieran a explotar un comercio lucrativo.

Sólo Panza y Sylock medran y engordan... pero el mundo marcha por la acción de los que en verdad viven, de los idealistas y de los fuer-

tes de espíritu. Aún caídos, ellos son los vencedores.

## UN HOMBRE LIBRE

No hay, no puede haber espectáculo más hermoso y alto que el de la conciencia incotizable de un hombre libre y veraz, animado por generosos ideales. Todo, todo es pequeño a su lado, y él, solo, en un momento dado, puede salvar la dignidad de un pueblo. Y si esto se ha dicho ya, bueno es repetirlo.

## SUPERIODIDAD

Sólo son verdaderamente superiores los que embellecen su ciencia con una tolerante bondad. Las ideas, al pasar por el corazón, como por un filtro, deben purificarse de miras mezquinas y oscuros designios personales.

## JOVENES...

Los jóvenes que — ¡impacientes mercaderes! — calculan la cosecha fácil de éxitos y premios que les tocará, han envejecido irremisiblemente y de ellos puede decirse que nacieron para adaptarse y flexibilizar su columna vertebral.

## LISONJA

La lisonja, si bien puede asegurar más abundante pitanza a los lacayos, empequeñece a los grandes hombres que la aceptan.

## AMBICIOSO

Esta fué la digna respuesta de un hombre tachado de ambicioso:

“—Aspiro a no pasar del todo; a que en algo quede, como en fruto maduro, regado por la savia de mi vida, lo útil de mi esfuerzo, lo más noble de mi afán... Quiero ser mejor que mi padre y anhelo que mi hijo sea mejor que yo. Si éste, para mi santo egoísmo ajeno a una exclusiva preocupación de ventajas materiales, latiera en todos los pechos, adelantáramos el advenimiento del mundo nuevo...”

## MODESTIA

La modestia... ¡qué bien sirve para ocultar la falta de méritos! A veces reemplaza con ventaja a algunos títulos universitarios.

## DEBER

Por mucho que haga, deja de cumplir su deber quien espera recompensas y favores. Busean comprador los que pregonan, como una baratija, sus sacrificios.

## PARLAMENTARISMO

Pay Pey ha escrito: “Cuando Buda quiere hacer dichoso a un país, le da un parlamento de mudos”. Y Lianang: “Cada uno debe hablar de lo que entienda; pero si en un parlamento sucediese así, ¿cuántos minutos durarían las sesiones?”

Debemos confesarlo: no sospechábamos, en ciudadanos chinos, tan fino espíritu de observación.



# EL MIEDO A LA MUERTE

LA LUCHA POR EL SWARAJ — ARTÍCULO INÉDITO DE MAHATMA GANDHI

LOS INGLESES LLEVAN SU VIDA EN LOS BOLSILLOS. — “TENEMOS QUE CONVENCERNOS HASTA QUE PUNTO ES ABSURDO ALEGRARNOS POR UN NACIMIENTO O LLORAR ANTE LA MUERTE”. — EL PODER HACE A LOS HOMBRES CIEGOS Y SORDOS.

Yo he tenido diversas definiciones del miedo a la muerte. Una de ellas sería: El Swaraj, consiste en no tener miedo de la muerte. Una nación presa de el miedo no obtendrá el Swaraj (1) y en el caso muy difícil de lograrlo no podrá sostenerlo.

Los ingleses llevan su vida en los bolsillos. Los árabes, por ejemplo, consideran que la muerte es un contratiempo como otro cualquiera, y no lloran cuando fallecen sus parientes. Las mujeres y los boers ignoran completamente ese terror. Durante la guerra de los boers millares de muchas perdieron sus maridos y sin embargo estuvieron indiferentes. ¿Qué importaba la pérdida de un esposo o de un hijo si la patria estaba en salvo!

Mejor mil veces tener amortajados los restos mortales de un hijo y guardar su memoria inmortal que verlo esclavo. He ahí como las mujeres boers, fortalecido el corazón, dieron con orgullo al ángel de la muerte sus seres más queridos.

Sin embargo ellos mataron y fueron muertos, pero qué decir de quienes no atentaron contra vida alguna, y en cambio, encontraron la muerte.

Ingleses y alemanes se han batido y ellos han matado y fueron muertos. De esto ha resultado que el odio recrudecido, reinando una agitación espantosa, lo que hace que la actual situación de Europa sea lastimosa.

El coraje que nosotros queremos desarrollar es de un orden más elevado y por esa razón que estamos seguros de obtener la victoria.

Cuando nosotros obtendremos el Swaraj habremos ya cesado de temer a la muerte: es el precio que requiere esa empresa.

Hasta el presente los jóvenes principalmente dieron su vida por la causa. Aquellos que encontraron la muerte en Aligash tenían todos menos de veinte años. Sus nombres son ignorados. Si el gobierno continúa como hasta ahora yo espero que algunos de los jefes darán muestra de un supremo sacrificio.

¿Porqué nos trastornamos cuando fallecen los niños, los jóvenes o los viejos? No pasa un instante sobre la tierra sin que alguno muera o venga al mundo. Tenemos que convencernos hasta qué punto es absurdo alegrarnos por un nacimiento o llorar ante la muerte. Quienes creen en la existencia del alma — y todo hindú, musulmán o persa cree — saben que el alma es inmortal. El alma de los muertos y el alma de los vivos no es más que una, la misma. El movimiento eterno de creación y de destrucción se continúa sin interrupción y en ello no hay nada

que nos debe transportar de júbilo o hundirnos en la desesperación.

Y por otra parte, teniendo una concepción nuestra de la familia, si consideramos todos los nacimientos como acaecidos en el seno de una única sola, ¿de qué manera los celebraremos? Si lloraríamos todas las muertes, en cambio, nuestros ojos deberían no parar de llorar. Estas reflexiones deben contribuir a librarnos del terror a la muerte.

La India, se ha dicho, es una nación de filósofos, y por nuestra parte no hemos rehusado esta afirmación. Y mientras tanto no hay nación más desamparada que la nuestra ante la muerte.

La noticia de un nacimiento nos produce una alegría extraordinaria, en tanto que la de una defunción nos suma en una orgía de lamentaciones que nos quita el sueño durante las noches enteras. Si queremos obtener el Swaraj y una vez logrado, con más razón tenemos que desechar esa actitud frente a los acontecimientos y adoptar otras de las que podamos enorgullecernos.

Si el lector reflexiona un instante, comprenderá que el Swaraj tarda debido a que no estamos preparados para ver llegar la muerte y aún obstáculos menos serios que la muerte. El sufrimiento que se soporta estoicamente deja de serlo para convertirse en un placer inefable. En cambio el que huye del dolor es víctima de tribulaciones continuas. Para aquel que está dispuesto a aceptar con ánimo sereno el dolor, su misma serenidad obra a modo de anestésico.

Me ha impulsado a escribir sobre este punto porque nos será forzoso enfrentar la muerte si queremos triunfar durante este año. Quien ha tomado sus precauciones verá lo que suceda como una cosa ya esperada. Yo tengo la firme convicción que el swadeshi adquiere proporciones aceleradamente; y cuando llegue a su más alto grado el gobierno no nos someterán a otras pruebas.

Sin embargo es mejor que estemos preparados para todas las contingencias. El poder hace a los hombres ciegos y sordos, incapaces de ver lo que está bajo sus narices ni de oír lo que llega hasta sus oídos. Es pues imposible saber hasta dónde llegará un gobernante ebrio de su poder. Por lo tanto, es necesario que los patriotas se preparen para la muerte, la prisión y a las demás eventualidades de este género.

Los valientes tienen ante la muerte la sonrisa en los labios, lo que no les impide estar en guardia. En esta guerra no violenta, no hay porqué ser temerarios. Nosotros no tenemos la intención de ir a la cárcel o de morir por un acto inmoral. Es resistiendo las leyes opresivas de este gobier-



# EL LORO PELADO

POR HORACIO QUIROGA

Había una vez una bandada de loros que vivían en el monte. De mañana temprano iban a comer choclos a la chacra, y de tarde comían naranjas. Hacían gran barullo con sus gritos, y tenían siempre un loro de centinela en los árboles más altos, para ver si venía alguien.

Los loros son tan dañinos como la langosta, porque abren los choclos para picotearlos, los cuales después se pudren con la lluvia. Y como al mismo tiempo los loros son ricos para comer guisados, los peones los cazaban a tiros.

Un día, un hombre bajó de un tiro a un loro centinela, el que cayó herido y peleó un buen rato antes de dejarse agarrar. El peón lo llevó a la casa, para los hijos del patrón, y los chicos lo curaron, porque no tenía más que una ala rota. El loro se curó muy bien, y se amansó completamente. Se llamaba Pedrito. Aprendió a dar la pata; le gustaba estar en el hombro de las personas y con el pico les hacía cosquillas en la oreja.

Vivía suelto, y pasaba casi todo el día en los naranjos y eucaliptos del jardín. Le gustaba también burlarse de las gallinas. A las cuatro o cinco de la tarde, que era la hora en que tomaban el té en la casa, el loro entraba también en el comedor, y se subía con el pico y las patas por el mantel, a comer pan mojado en leche. Tenía locura por el té con leche.

Tanto se daba Pedrito con los chicos, y tantas cosas le decían las criaturas, que el loro aprendió a hablar. Decía: "¡buen día, lorito!..." "¡rica, la papa!..." "¡papa para Pedrito!..." Decía otras cosas más que no se pueden decir, porque los loros, como los chicos, aprenden con gran facilidad malas palabras.

Cuando llovía, Pedrito se enrespaba y se contaba a sí mismo una porción de cosas, muy bajito. Cuando el tiempo se componía, volaba entonces, gritando como un loco.

Era, como se ve, un loro bien feliz, que además de ser libre, como lo desean todos los pájaros, tenía también, como las personas ricas, su "five o'clock tea".

Ahora bien, en medio de esta felicidad, sucedió que una tarde de lluvia salió por fin el sol después de cinco días de temporal, y Pedrito se puso a volar gritando:

— "¡Qué lindo día, lorito!... rica, papa!... ¡la pata, Pedrito!..." Y volaba lejos, hasta que vio debajo de él, muy abajo, el río Paraná, que parecía una lejana y ancha cinta blanca. Y siguió, siguió volando, hasta que se asentó por fin en un árbol a descansar.

Y he aquí que de pronto vio brillar en el suelo, a través de las ramas, dos luces verdes, como enormes bichos de luz.

— "¿Qué será? — se dijo el loro. — "Rica papa!..." ¿qué será eso?... "¡buen día, Pedrito!..."

loros, mezclando las palabras sin ton ni son, y a veces costaba entenderlo. Y como era muy curioso, fué bajando de rama en rama, hasta acercarse. Entonces vió que aquellas dos luces verdes eran los ojos de un tigre que estaba agachado, mirándolo fijamente.

Pero Pedrito estaba tan contento con el lindo día, que no tuvo ningún miedo.

— "¡Buen día, tigre! — le dijo. — "La pata, Pedrito!..."

Y el tigre, con esa voz terriblemente ronca que tiene, le respondió:

— "¡Bu-en día!"

— "¡Buen día, tigre! — repitió el loro. — "¡Rica, papa!... ¡rica, papa!... rica, papa!..."

Y decía tantas veces "¡rica, papa!" porque ya eran las cuatro de la tarde, y tenía muchas ganas de tomar té con leche. El loro se había olvidado de que los bichos del monte no toman té con leche, y por esto lo convidó al tigre.

— "Rico, té con leche! — le dijo. — "¡Buen día, Pedrito!..." ¿Querés tomar té con leche conmigo, amigo tigre?

Pero el tigre se puso furioso porque creyó que el loro se reía de él; y además, como tenía a su vez hambre, se quiso comer al pájaro hablador. Así es que le contestó:

— "¡Bue-no! ¡Acercá-te un po-co, que soy son-  
da!"

El tigre no era sordo; lo que quería era que Pedrito se acercara mucho para agarrarlo de un zarpazo. Pero el loro no pensaba sino en el gusto que tendrían en la casa cuando él se presentara a tomar té con leche con aquel magnífico amigo. Y voló hasta otra rama más cerca del suelo.

— "¡Rica, papa, en casa! — repitió, gritando cuanto podía.

— "¡Más cer-ca! ¡No bigo! — respondió el tigre con su ronca voz.

El loro se acercó un poco más, y le dijo:

— "¡Rico, té con leche!"

— "¡Más cer-ca toda-via! — repitió el tigre.

El pobre loro se acercó aún más, y en ese momento el tigre dió un terrible salto, tan alto como una casa, y alcanzó con la punta de las uñas a Pedrito. No alcanzó a matarlo, pero le arrancó todas las plumas del lomo, y la cola entera. No le quedó una sola pluma en la cola.

— "¡Tomá! rugió el tigre. — Andá a tomar té con leche..."

El loro, gritando de dolor y de miedo, se fué volando. Pero no podía volar bien, porque le faltaba la cola, que es como el timón de los pájaros. Volaba cayéndose en el aire de un lado para otro, y todos los pájaros que lo encontraban, se alejaban asustados de aquel bicho raro.

Por fin pudo llegar a la casa, y lo primero que hizo fué mirarse en el espejo de la cocinera. ¡Pobre Pedrito! Era el pájaro más raro y más feo que puede darse, todo pelado, todo rojón, y temblando de frío. Como iba a presentarse en



el comedor, con esa figura? Voló entonces hasta el hueco que había en el tronco de un eucalipto y que era como una cueva, y se escondió en el fondo, tiritando de frío y de vergüenza.

Pero entretanto, en el comedor todos extrañaban su ausencia.

—¿Dónde estará Pedrito? — decían. Y llamaban: — ¡Pedrito! ¡Rica papa, Pedrito! ¡Té con leche, Pedrito!

Pero Pedrito no se movía de su cueva, ni respondía nada, mudo y quieto. Lo buscaron por todas partes, pero el loro no apareció. Todos creyeron entonces que Pedrito había muerto, y los chicos se echaron a llorar.

Todas las tardes, a la hora del té, se acordaban siempre del loro, y recordaban también cuánto le gustaba comer pan mojado en té con leche. ¡Pobre Pedrito! Nunca más lo verían porque había muerto.

Pero Pedrito no había muerto, sino que continuaba en su cueva sin dejarse ver por nadie, porque sentía mucha vergüenza de verse pelado como un ratón. De noche bajaba a comer, y subía en seguida. De madrugada descendía de nuevo, muy ligero, e iba a mirarse en el espejo de la cocinera, siempre muy triste porque las plumas tardaban en crecer.

Hasta que por fin un día, o una tarde, la familia, sentada a la mesa a la hora del té, vió entrar a Pedrito muy tranquilo, balanceándose, como si nada hubiera pasado. Todos se querían morir de gusto cuando lo vieron, bien vivo y con lindísimas plumas.

—¡Pedrito, lorito! — le decían. — ¡Qué te pasó, Pedrito! ¡Qué plumas brillantes que tiene el lorito!

Pero no sabían que eran plumas nuevas, y Pedrito, muy serio, no decía tampoco una palabra. No hacía sino comer pan mojado en té con leche. Pero lo que es hablar, ni una sola palabra.

Por esto, el dueño de casa se sorprendió mucho cuando a la mañana siguiente el loro fué volando a pararse en su hombro charlando como un loco. En dos minutos le contó lo que le había pasado: su paseo al Paraguay, su encuentro con el tigre, y lo demás; y concluía cada cuento, cantando:

—¡Ni una pluma en la cola de Pedrito! ¡Ni una pluma en la cola de Pedrito! ¡Ni una pluma! ¡ni una pluma!

Y lo invitó a ir a cazar al tigre entre los dos.

El dueño de casa, que precisamente iba en ese momento a comprar una piel de tigre que le hacía falta para la estufa, quedó muy contento de poderla tener gratis. Y volviendo a entrar en la casa para tomar la escopeta, emprendió junto con Pedrito el viaje al Paraguay. Conviniéron en que cuando Pedrito viera al tigre lo distraería charlando, para que el hombre pudiera acercarse despacito con la escopeta.

Y así pasó. El loro, sentado en una rama del árbol, charlaba y charlaba, mirando al mismo tiempo a todos lados, para ver si veía al tigre. Por fin sintió un ruido de ramas partidas, y vió

de repente debajo del árbol dos luces verdes fijas en él: eran los ojos del tigre.

Entonces el loro se puso a gritar:

—¡Lindo día!... ¡rica, papa!... ¡rico té con leche!... ¡querés té con leche?...

El tigre, enojadísimo al reconocer a aquel loro pelado que él creía haber muerto, y que tenía otra vez lindísimas plumas, juró que esa vez no se le escaparía, y de sus ojos brotaron dos rayos de ira cuando respondió con su voz ronca:

—¡Acer-cá-te más! ¡Soy sor-do!

El loro voló a la otra rama más próxima, siempre charlando:

—¡Rico, pan con leche!... ESTA AL PIE DE ESTE ARBOL!...

Al oír estas últimas palabras, el tigre lanzó un rugido y se levantó de un salto.

—¿Cón quién estás hablando? — bramó.

¿A quién se has dicho que estoy al pie de este árbol?

—¡A nadie, a nadie! — gritó el loro. — Buen día Pedrito!... ¡La pata, lorito!

Y seguía charlando y saltando de rama en rama, y acercándose. Pero él había dicho: **Está al pie del árbol** para avisarle al hombre, que se iba arrojando bien agachado y con la escopeta al hombro.

Y llegó un momento en que el loro no pudo acercarse más, porque sino caía en la boca del tigre, y entonces gritó:

—Rica, papa!... ¡ATENCIÓN!

—¡Más cer-ca aún! — rugió el tigre, agachándose para saltar.

—Rico, té con leche!... ¡CUIDADO, VA A SALTAR!

Y el tigre saltó, en efecto. Dió un enorme salto, que el loro evitó lanzándose al mismo tiempo como una flecha al ire. Pero también en ese mismo instante el hombre, que tenía el cañón de la escopeta recostado contra un tronco para hacer bien la puntería, apretó el gatillo, y nueve balines del tamaño de un garbanzo cada uno, entraron como un rayo en el corazón del tigre, que lanzando un bramido que hizo temblar el monte entero, cayó muerto.

Pero el loro, ¡qué gritos de alegría daba! Estaba loco de contento, porque se había vengado — ¡y bien vengado! — del feísimo animal que le había sacado las plumas.

El hombre estaba también muy contento, porque matar a un tigre es cosa difícil, y además tenía la piel para la estufa del comedor.

Cuando llegaron a la casa, todos supieron por qué Pedrito había estado tanto tiempo oculto en el hueco del árbol, y todos lo felicitaron por la hazaña que había hecho.

Vivieron en adelante muy contentos. Pero el loro no se olvidaba de lo que le había hecho el tigre, y todas las tardes, cuando entraba en el comedor para tomar el té, se acercaba siempre a la piel del tigre, tendida delante de la estufa, y lo invitaba a tomar té con leche.

—Rica, papa!... — le decía. — ¿Querés té con leche?... ¡La papa para el tigre!...

Y todos se morían de risa, y Pedrito también.





**EL AMOR SAGRADO Y EL AMOR PROFANO**

famoso cuadro de Tiziano Vecelli, que se conserva en el Museo de Roma



# LA PRESIDENTA DE LA SOCIEDAD DE BENEFICENCIA DE SAN LUIS GONZAGA



EL ROY ROYCE DE 80 H.P. QUE LA SEÑORA PRESIDENTA HA PUESTO DESINTERESADAMENTE A DISPOSICIÓN DE LA COMISION DE LA SOCIEDAD DE BENEFICENCIA

M. GIMENO.



SI... SI... CON LA PRESIDENTA.....  
VEA EL OBJETO ERA PEDIRLE UN OBÓLO PARA LOS POBRECITOS.  
¡YO SE QUE USTED ES TAN BUENA, SEÑORA!



ESTA DICHO SA PRESIDENCIA NO ME DEJA TIEMPO PARA NADA.



— COMO VA LA COLECTA SEÑORA PRESIDENTA

— MAL, HIJA, MAL!...

CON ESTA CRISIS NO SE PUEDE. YO MISMA TENGO QUE ENCABEZAR LA SUSCRIPCION Y NO SE LO QUE PONER, ENTRE GASTOS DE AUTOS, MODISTAS, PERFUMES, NO DISPONGO DE UN CENTAVO!



La Ira presidenta de la Sociedad de Beneficencia de San Luis Gonzaga. Por su obra religiosa y humataria.

Rosa Pérez, Concepción de Valera, Paz, Ramona, Gloria, Josefa, Gabriela, Isabel, María.

EL PERGAMINO QUE UN GRUPO DE ADMIRADORAS HA OBSEQUIADO A LA PRESIDENTA.

ES BARATISIMO! SENORA, POR 25.000 FRANCOS Y DESPUES TIENE LA GARANTIA QUE ES DE PARIS.



PERO SEÑORA! YA COBRARA! DESPUES QUE LA PRESIDENTA LE HA DADO EL TRABAJO TODAVIA VIENE IMPORTUNANDO





# LARVAS

POR ELIAS CASTELNUOVO

A las doce Marcos salió de Caseros caminando y llegó a Cruzú Cuatiá en circunstancias que la tarde declinaba, fría y silenciosa. El día anterior había llovido copiosamente y la tierra estaba mojada y resbaladiza. Un sol amarillento iluminaba todavía la torre de la iglesia, parte de los tejados y la copa de una masa de árboles corpulentos que se levantaban con solemnidad alrededor de un parque solitario. Al fondo, se extendía una llanura desolada y rojiza y entre el parque y la iglesia, se alzaba la aldea envuelta en las sombras del crepúsculo, triste y desierta como un cementerio de campaña.

Marcos cruzó la plaza y frente al cuartel de policía se detuvo a contemplar a un soldado descalzo, clinudo, hosco, de aspecto salvaje que hacía la guardia a grandes trancos hostigado por el descenso brusco de la temperatura. El muchacho se acercó y le miró con estupefacción los pies desnudos como los suyos, sarmentosos y embarrados. Marcos creía hasta hacía un momento que solamente él iba por el mundo descalzo, con un paletó destrozado, con una gorra andrajenta, con la cabeza afiebrada y el estómago vacío. Creía sinceramente que a los diez y siete años a nadie le había ocurrido lo que a él le ocurría. Donde quiera que fuese la desventura le seguía con una constancia inquebrantable, le seguía de cerca, cada vez se aproximaba más hasta llegar en ciertos momentos a pisarle los talones. En Caseros estuvo 20 horas preso en un calabozo oscuro que trasudaba humedad y lobre-guez hedionda. ¿Por qué le encerraron? Sí, ¿por qué? Pues, porque la desventura, rufiana invisible y rencorosa, fué y le sopló al comisario que andaba por allí un muchacho mal vestido, isospechoso, vagabundo, que decía

venir de la otra banda buscando trabajo. Nada más que por eso. No había otra razón suficiente. No había, no; o si había, él, no alcanzaba a distinguirla. Las cosas le ocurrían no porque las circunstancias lo determinasen, sino porque la desventura lo quería. En todo, Marcos veía la mano criminal de la desventura.

No sabía aún en qué forma le iba a tratar en ese pueblo donde recién llegaba, pero no abrigaba al respecto, ninguna esperanza halagadora. Aprovechó una de las idas y venidas del soldado para sonreírle con dulzura. Sospechaba, que, el simple hecho de estar ambos descalzos y embarrados sería un punto de aproximación, un motivo de simpatía recíproca.

Volvió a sonreír. Esperó un momento y sonrió nuevamente.

En vista de que el soldado no se daba por aludido, le preguntó:

—¿No siente usted frío?

(El soldado se atusó unos pelos siniestros que tenía por bigotes, hizo una mueca picaresca, se puso otra vez serio y contestó rotundamente:

—¡No!

—Sin embargo, tiene la piel como las gallinas...

Sin detener la marcha el soldado gritó:

—¿Es de nacimiento!

—¿No puede ser!! ¿Cómo va a nacer uno así?

—¿Por qué no puede ser? Todo puede ser.

Marcos no supo qué contestar al momento. Eso de que **todo podía ser** le pareció una enormidad. Trató, no obstante ponerse de su parte. Quizás en esta forma pudiera granjearse la confianza del soldado.



—Es verdad; — confirmó — todo puede ser, sí, sí, todo, todo... Yo no había tenido en cuenta eso, no se me había ocurrido... Vd. sabrá perdonarme...

El soldado se rió con satisfacción, Marcos también. En alguna forma debe iniciarse una conversación y Marcos ya la había iniciado con toda felicidad. Ahora debía explicarle el caso, pero no sabía por dónde empezar. Tendría que inventar algún cuento, alguna patraña absurda, que sin haberla inventado todavía, ya le repugnaba. ¿Qué ganaba él con engañar a un semejante, a un semejante descalzo, clinudo? Le diría, entonces, la verdad, sinceramente, humildemente.

—¿Sabe Vd? Esta noche, tendré que dormir al sereno si no encuentro un lugar donde resguardarme.

—¿Sí? ¿Al sereno? ¡Lindo, canejo!

—¿Lindo? A mí, le advierto no me hace ninguna gracia.

El soldado se acarició la punta del bigote y sonrió diabólicamente. Después de ir y venir muchas veces, le dijo señalando la plaza:

—Podías dormir allí.

—¿Allí mismo? — exclamó Marcos espantado, temblando como una rata.

—¿De que te asustás, maula?

—¿Maula yo?

—¡Sí, maula, qué caray! El hombre nació pa sufrir, na más que pa sufrir...

—El hombre sufre, es cierto, pero no nació para sufrir. Yo sería capaz de discutir esto.

—¿Vos me vas a discutir a mí?

—No. Yo sería capaz de demostrarle a Vd. que el hombre no nació para sufrir, aunque yo no he hecho más que sufrir hasta ahora. Sí, yo he sufrido mucho, ¿sabía Vd. esto?

El soldado frunció el ceño, esquivó definitivamente la mirada de Marcos y acentuó los trancos de su carrera, clavando los ojos en el suelo con la obstinación de un burro que se empaca.

—¡He sufrido tanto, tanto!...

Hubo una pausa.

—¡Ah, cuanto he sufrido!

—Ultimamente — le increpó el soldado — ¿quién te manda sufrir tanto?

Marcos optó por retirarse lentamente, desorientado, cabizbajo; su situación no tenía remedio, debía resignarse con su suerte, buscar su agujero y pasar la noche allí. El frío de la calle, en su imaginación debilitada por una marcha de seis horas sobre terrenos accidentados y fangosos cobraba proporciones horribles y fantásticas. Por momentos un terror lúgubre le estremecía todo el cuerpo. Encogió los hombros y se recostó contra un cor-

co, desde donde percibía veladamente al soldado que ahora conversaba con una criatura vestida de luto, bajo la luz sucia de un farol que oscilaba a impulsos de algunas ráfagas perdidas, implacablemente heladas. El soldado le había dejado una impresión mixta: tenía ojos bondadosos y bigotes de canalla, reía con perversidad y se ponía serio como un santo; habló bien y habló mal. En fin, no le comprendió. ¿Y la muchacha esa?

En este instante ambos le dirigían miradas investigadoras, se daban con el codo y reían solapadamente.

“Estarán hablando de mí — pensaba Marcos. — El soldado le dirá que soy un maula porque le tengo miedo al frío. Sí, sí, le dirá que soy un maula y la muchacha inocente se lo creerá. Llegará a meterle esta idea en la cabeza al extremo de sublevarla contra mí. Después, le aconsejará que se llegue hasta aquí y me grite sin compasión: ¡Maula, maula, tepotig!”

En efecto, la muchacha no tardó mucho en abandonar al soldado y se aproximó hacia Marcos, resueltamente...

—¿Qué estáj haciendo, cheraig? — le preguntó, mientras estiraba la boca en una sonrisa atrevida y simpática.

Marcos subió y bajó los hombros en un movimiento general de tremendo desaliento; ni él mismo conocía todo el alcance de esta sacudida animal.

La muchacha le clavó dos ojos negros que asomaban como dos bichos extraños bajo el matorral de unas pestañas espesas. Era menuda y pálida, desgarrada y sucia. Su estatura insignificante no armonizaba con su rostro rasgado y cobrizo de mujer adulta; ceñía faldas cortas que apenas llegaban a cubrirle las rodillas, no tenía medias y se rascaba la cabeza con una naturalidad pasmosa... Lo que primero impresionó a Marcos fué el libertinaje de sus gestos, la precocidad de sus movimientos, el cinismo y la desfachatez con que le interrogaba. Hablaba más con el instinto que con la palabra y le interesó bien poco la relación que Marcos le hizo de sus desgracias. Notó, sin embargo, que en sus ojos había un poco de todo; pero, en el fondo, lejos, no se distinguía nada.

Después de contarle detalladamente su situación, ella le tomó de un brazo con el mayor desenfado y le propuso:

—Vamos a mi pieza...

Marcos no le dió más que un valor piadoso a sus palabras y aceptó.

Empezaron a caminar.

—Yo — declaró Marcos — me arreglo en cualquier rincón siempre que me des algo pa-



ra taparme... Te lo digo en confianza: el frío me reduce a la impotencia, me acobarda... A pesar de haber sufrido mucho, mucho, no tengo todavía la piel completamente dura, curtida... Todavía, no. Cuando me toca dormir a la intemperie y recibir sobre los huesos la escarcha de la madrugada, me levanto dolorido y con los pies hinchados, atrozmente hinchados. Por eso, la noche descampada, la noche rasa, sin fuego y sin abrigo, me espanta...

—No te afijas, cheraig, — respondió ella, suavizando la voz y entornando los dos ojos, los dos bichos negros que ocultaba bajo el espeso matorral de sus pestañas. — Yo tengo un eatre grande y unos cuantos cojinillos, ¿sabís? Además, mi pieza es abrigada; y aunque el techo es de paja, prendemos fuego y nos calentamos, mi compañera y yo. Esta noche encenderemos muchos troncos; te daré una fiesta de troncos encendidos, ¿querís?

Le cogió un brazo, luego el otro y le preguntó al oído:

—¿Te gusta el fuego, cheraig?

—¡El fuego!... Ah, sí, sí, ¡qué lindo es el fuego! Tener fuego para calentarse, nada más que fuego, un poco, un poquito de fuego, ¡qué cosa más linda!... Te diré: el hambre y el sueño no me afijen, pero el frío me hace pensar en la muerte. Si este invierno no cambia, una mañana de estas voy a amanecer tieso, he lado...

—Mi compañera, también, es muy friolenta. ¿Por qué tenís tanto frío, che, vos, ustedes?

—No sé, no sé... Creo que es porque ando solo. Hace mucho tiempo que ando así, arriba, abajo, sin encontrar un sitio donde poder quedarme... De todas partes me echan... Dicen que no sirvo para nada, que soy flojo, que soy enfermo, que soy mañero... Yo no voy a discutir si soy o no soy, pero, por eso no me van a dejar morir de frío... ¿No te parece qué tengo razón?

La muchacha algo conmovida, abrió un poco su corazón.

—Pobre cheraig — exclamó débilmente.

Pronto la aldea se desvaneció a sus espaldas como un cementerio mortuoriamente iluminado, aquí y allí por tres o cuatro veladores de aceite. Marcos y la muchacha se internaban, siempre del brazo y en medio de la neblina por unos lugares sombríos y pantanosos. De trecho en trecho, surgía un rancho miserable apenas alumbrado, y cribado de endijas, en cuyo interior las personas iban y venían como espectros cubiertos de bolsas y guñapos.

La muchacha cantaba de alegría y le daba tremendas sacudidas a Marcos con el pretexto

de orientarle a través de las tinieblas. En ciertos momentos a Marcos le parecía que era un ángel bueno y misterioso, enviado por Dios para conducirlo a la región del fuego, pero, en otros momentos llegaba a suponer que era una serpiente surgida del infierno para engañarle con su forma humana y precipitarle en un abismo negro.

El camino era largo y encarpado.

—¿Dónde me llevás? — inquirió Marcos.

—A mi pieza, puig... ¿Tenís miedo?

—No... ¿Miedo de qué? ¿de perder qué?

Se detuvieron para saltar una charca.

—Decime: — volvió a inquirir Marcos — ¿cuántos años tenés?

—Diez años...

—¿Diez años, no más?

Para disipar la sorpresa de su compañero, la mujer añadió:

—Pero, ya soy una mujer, una mujer completa... ¿Sabís, nicó? Hago todo lo que hace una mujer; trabajo, también trabajo de sirvienta...

—¿Cómo? ¿vos trabajás de sirvienta, así tan chica como sos?

—Y si no trabajase ¿de qué iba a vivir? ¿cómo iba a fumar? ¿cómo iba a hacer lo que tengo que hacer? Claro está que yo trabajo para mí; para comer yo, pa fumar yo, pa divertirme yo, pa hacer lo que yo quiero hacer, ¿comprendís?

—¿Fumás? ¿Dijistes que fumás?

—Si puig... Aquí, nojotras fumamo antes de los jonce año y a los 10 ya hacimos de todo y sabemos todo... ¿Vos sos de la otra banda, no?

—Vengo del Cuarahy, ¿quién te lo dijo?

—El soldao... He querido conocer un hombre de la otra banda, y te vine hablar... sino, no hubiese venío: suelo ser muy orgullosa, yo...

Luego, dando mayor longitud a su boca desenfadada y cínica, agregó:

—A mí, te voy a ser franca, me sobran hombres, pero todos son guaycuruses, como el soldao...

—¿Cuaycuruses?

—Sí, indios feos y puercos que no se lavan nunca, y te pinchan con la barba, ¿comprendís? Antes de hacer el amor hay que lavarse y afeitarse, ¡Añá membuig!

En este momento llegaron a un rancho humilde en cuyo interior ardía una hoguera de brasas, magnífica y esplendorosa. A Marcos le relampaguearon los ojos de alegría.

—Entrá: — dijo su compañera — ej aquí.

Marcos entró con las manos extendidas, atraído como un insecto por la llamarada del fogón. Adentro, había tres parejas, dos esta-



ban acostadas en tijeras de lienzo y se revolían bajo unas colehas grises como si fuesen gatos ocultos en un montón de cenizas, mientras la otra pareja se aprestaba a imitar a las primeras. Marcos no pudo distinguir la edad de los hombres y menos de las mujeres, porque la vela proyectaba un fulgor lánguido que se desvanecía antes de llegar al suelo. Además, su confusión era tan grande que le impedía apreciar con exactitud la dimensión de los cuerpos. Al entrar la muchacha, uno de los hombres apagó la luz y todos prorrumpieron en una carcajada estrepitosa, primitiva, desconcertante, a manera de saludo. Después, chillaban y aullaban en guaraní cosas soeces de una proporción escandalosa. A Marcos le empezó a correr un sudor frío por la frente, bajó los hombros y abrió la boca como un estúpido.

—No tengas güergüenza — gemía la muchacha mientras le empujaba hacia su catre. — Son todos conocidos... Acostate aquí, conmigo, conmigo cheraig...

Marcos se sentía más torpe de lo que era, más inflexible; parecía un muchacho de palo. Ella, le llevaba de aquí para allí sin que opusiese de su parte la menor resistencia. El estupor que le había producido aquel cuadro primitivo, conturbó su espíritu infantil, llenó de terror su inteligencia. En el fondo de su corazón una voz desconocida exclamaba:

—¿Qué es esto? ¿qué es esto?

—¿Te vas a acostar? — suspiraba la muchacha — ¿sí o no? Decime: ¿de qué tenés miedo? ¿de qué?

Y como si Marcos le hubiese echado en cara su tierna edad:

—¿Por qué tengo diez años? — balbucía — ¿Eh? Bah... bah... no seas pavo... ¿Acaso te pensás que sos el primero?... Vamos, vamos, ¿querís?

Marcos permanecía pasmado, rígido, oyendo la voz terrible y cristalina de aquella criatura menuda y pálida, de estatura insignificante y mezquina, cuyos ojos singulares relumbraban en la oscuridad y escuchando simultáneamente, cómo se estremecían y jipaban con frenesí las otras parejas, bajo las frazadas mugrientas de aquel hormiguero humano.

—¡Vamos! ¡Sacate la gorra!

—Me quiero ir — le decía Marcos despacito para que los demás no oyeran.

—No te vayas — suplicaba ella aprisionando nerviosamente sus manos entre las suyas. — No... no... ¿por qué te querís ir, por

qué? ¿No tenís bastante fuego aquí? ¿No decías que el fuego te gustaba? ¿Por qué te querís ir, decime, por qué?

—No sé, no sé... pero... yo... ¡no puedo estar aquí!

—Afuera, — amenazó diabólicamente la muchacha — hace un frío espantoso... Sentí, sentí, cómo lloran los perros....

Hubo un silencio lóbrego.

—Te vas a morir de frío — prosiguió — y yo no quiero que te mueras... ¡Sos tan lindo, tan lindo! No te vayas, amor mío, no te vayas...

Lucharon a brazo partido. Como las fuerzas eran equilibradas a Marcos le costó mucho trabajo desprenderse de sus minúsculas garras y escapar al campo.

—Déjame ir — le decía, una vez en libertad, sofocado por los revuelcos de la pelea. — ¡Déjame, te digo, déjame! ¡Cochina!

—Con que te vas, ¿no? — replicó ella cambiando de actitud, desgredada y enfurecida. — ¿Con que te vas, y me llamás cochina, caté?

Le miró con un desprecio atroz y tartajeó, torciendo los ojos y escupiéndole:

—Caté tepotig... Aña menbuig...

Sus ojos fulguraban en las tinieblas como los de una gata en celo, incisivos y pavorosos.

Mientras se retiraba, ella continuaba arrojándole por la espalda maldiciones terribles en guaraní.

—¡Aña menbuig! ¡Aña menbuig!

Aquella noche Marcos deambuló por la ciudad, triste y desierta, arriba, abajo, con los pies duros y las manos heladas. Cuando salió el sol le contó lo que había ocurrido después de su partida:

—La criatura — le dijo en secreto como si se tratara de un amigo, de un gran amigo, — tenía 10 años, nada más que 10 años... Y como si esto fuera poco horrible me llevó a una madriguera tétrica donde dormían en la más trágica promiscuidad, tres parejas... Sí, sí, las conté bien: eran tres parejas.

Hizo la señal de la cruz.

Cerró los ojos y empezó a marchar por la cuneta de la calle tropezando con una lata de basuras a la cual le dió un terrible puntapiés.

Entre los desperdicios surgió un hueso pedado que Marcos recogió en un arrebato de inesperada bestialidad. En seguida reflexionó, pero ya tenía el hueso en la mano, lo miró, lo volvió a mirar y por último lo limpió un poco y se puso a roerlo tranquilamente.





# LA ARLESIANA

CUENTO SOBRE EL HONOR

□ POR ALFONSO DAUDET □

Para ir al lugar, bajando de mi molino, se pasa por delante de una granja, levantada cerca de la carretera, al fondo de un gran patio plantado de guindos. Es aquella la verdadera casa del cortijero de Provenza, con sus tejas rojas, su extensa fachada negruzca, irregularmente horadada, y allá, en lo alto, la veleta del granero, la polea para izar las muelas y algunas gavillas de heno que asoman por las ventanas.

¿Por qué aquella casa me había impresionado tanto? ¿Por qué aquel portal cerrado me oprimía el corazón? No habría podido decirlo. Y sin embargo, aquella vivienda me causaba frío... Había demasiado silencio en derredor de ella... Cuando por allí se pasaba, no ladraban los perros, las gallinas huían sin cacarear... En el interior, nada, ni una voz, ni un cascabeleo de mula... Sin las cortinas blancas de las ventanas y la humareda que subía del techo, habríase creído la casa deshabitada.

Ayer, cerca del mediodía, volvía yo del pueblo, y para resguardarme del sol, andaba arrimado a las paredes del cortijo buscando la sombra de los guindos. En el camino, ante la masía, algunos criados silenciosos acababan de cargar una carreta de heno. Las puertas habían quedado abiertas. Lancé una mirada al pasar, y allá en el fondo del patio, de codos sobre una mesa de piedra, la cabeza entre las manos, vi un anciano canoso, con un traje excesivamente corto y unos calzones hechos pedazos. Me detuve. Uno de los hombres me dijo en voz muy baja: "¡Chist! Es el amo. Está así desde la desgracia de su hijo". En este momento, una mujer y un niño, vestidos de negro, pasaron cerca de nosotros, llevando grandes devocionarios dorados, y entraron en la casa.

El hombre añadió:

—Son el ama y el pequeño que vuelven de masa. Van todos los días desde que el chico se mató. ¡Ah, caballero, qué desolación! El padre lleva todavía las ropas del muerto. Nadie ha conseguido hacérselas quitar... ¡Ohé...! ¡Oh! ¡Arre, mula!

La carreta se movió para partir. Yo, que deseaba saber más, pedí permiso al carretero para subir a su lado, y allá arriba, sobre el heno, fue donde supe toda aquella trágica historia.

Se llamaba Juan. Era un admirable labriego de veinte años; listo como una pólvora, forzudo y de franca y abierta fisonomía. Como era muy guapo, las mujeres le miraban todas, pero él no se fijaba más que en una: en una arlesiana, vestida de terciopelo y encajes, a quien una vez vio en la feria de Arlés. En la masía no vieron al principio con gusto aquellos amores. La joven tenía fama de coqueta, y sus parientes no eran del país. Pero Juan quería a su arlesiana a pesar de todo. Decía: "Me mato si no me la dan". No hubo más remedio que pasar por ello. Decidió casarlos después de la siega.

Bueno. Un domingo por la noche, acababa de comer la familia en el patio de la masía. Era aquella una noche hermosa de boda. Los niños se

asistía, pero habíase bebido y brindado siempre a su salud. Un hombre se presenta en la puerta y con voz temblona pide hablar al señor Esteban, pero a Esteban nada más, a él solo. Esteban se levanta y sale a la calle.

—Nostramo — le dice el hombre; — va usted a casar a su hijo con una perdida que ha sido mi querida durante algunos años. Esto que digo, lo pruebo; aquí traigo cartas de ella. Sus parientes lo saben todo y me la habían prometido; pero desde que su hijo la pretende, ni ellos ni la muchacha me quieren ya a mí. Yo creía, como era natural, que después de lo sucedido, ella no podía ser la mujer de otro...

—Está bien — dijo el señor Esteban, cuando hubo leído las cartas; — entre a beber un trago de moscatel.

El hombre contestó:

—No, gracias; tengo más tristeza que sed.

Y se fué.

El padre vuelve a entrar, impasible. Ocupa de nuevo su puesto en la mesa y la comida se acaba alegremente.

Aquella noche, el señor Esteban y su hijo salieron juntos a pasear por el campo. Permanecieron fuera mucho tiempo; cuando volvieron, la madre les esperaba todavía.

—Mujer — dijo el cortijero, empujando hacia ella a su hijo, — abrázale. ¡Es muy desgraciado!

Juan no habló más de la arlesiana. Seguía amándola, sin embargo, y hasta más que nunca, desde que se la habían mostrado en brazos de otro. Sólo que era demasiado altivo para confiárselo a nadie. ¡Esto fué lo que le mató; pobre chico!

A veces, pasábase los días enteros solo en un rincón, sin dar señales de vida.

Otros días, lanzábase a trabajar la tierra con rabia y hacía él sólo el trabajo de diez jornaleros. Ya entrada la noche, tomaba el camino de Arlés y andaba, andaba, hasta que veía destacar en el horizonte los campanarios de la villa. Entonces se volvía. Jamás fué más allá.

Viéndolo así, tan triste y tan solo, las gentes de la masía no sabían qué hacer. Temíase una desgracia. Una vez, en la mesa, su madre, mirándole con los ojos llenos de lágrimas, le dijo:

—Pues bien; oye Juan. Si a pesar de todo, tú la quieres, te la daremos.

El padre, rojo de vergüenza, bajó la cabeza... Juan hizo señal de que no, y salió.

A partir de aquel día, cambió su modo de vivir, afectando siempre estar alegre para tranquilizar a su familia. Volvió a vérselo en los bailes, en la taberna, en las herradas. En la fiesta de Fonvielle fué él quien abrió el baile.

El padre decía: "Está curado". La madre tenía siempre sus temores, y más que nunca vigilaba a su hijo. Juan dormía con su hermano menor, muy cerca de la herrería. La pobre vieja se hizo preparar una cama al lado de su cuarto... Los herreros podían necesitarla durante la



Llegó la fiesta de San Eloy, patrono de los cortijeros.

Gran jolgarío en la masía. Hubo dulces para todo el mundo y vinos en abundancia. Luogo petardos y fuegos artificiales y lamparillas de color colgadas de los guindos... ¡Viva San Eloy! Se bailó hasta reventar. El pequeño se chamuscó la blusa nueva. Juan mismo parecía contento. Hasta quiso hacer bailar a su madre. La pobre mujer lloró de alegría.

A media noche, se fué todo el mundo a descansar.

Todos tenían necesidad de dormir. Juan no dormía. Su hermano ha contado luego que toda la noche la pasó sollozando.

Al otro día, al apuntar el alba, la madre oyó que alguien atravesaba su cuarto corriendo. La infeliz tuvo como un presentimiento. "Juan ¿eres tú?" Juan no responde. Está ya en la escalera. De prisa, de prisa, la madre se levanta. "Juan, ¿dónde vas?" Juan sube al granero. Ella sube tras él. "Hijo mío, ¡en nombre del cielo!..." El cierra la puerta y corre el cerrojo.

"Juan, mi Juancito, contéstame. ¿Qué vas a hacer?" A tientas, con sus pobres manos que tiemblan, busca el pestillo... Una ventana que se abre, el ruido de un cuerpo sobre las baldosas del patio... y eso fué todo.

El debió decirse: "Yo la quiero demasiado... Yo me voy..." ¡Ah! ¡qué miserables corazones los nuestros! ¡Es muy fuerte que el desprecio no pueda matar el amor!

Aquella mañana las gentes del pueblo se preguntaron que quién podía gritar así, allá abajo, del lado de la masía de Esteban.

Era que en el patio, ante la mesa de piedra, cubierta de rocío y de sangre, la madre, casi desnuda, lloraba teniendo en brazos el cadáver de su hijo.

ALFONSO DAUDET.

Cuento para mujeres proletarias

## LA CONFESION

por ELENA ALVAREZ

Cuando Petrita cumplió siete años, fué llamada por su madre y ésta le dijo: —"La patrona me ha ofrecido ser tu madrina de primera comunión, porque ya estás en edad de ser buena cristiana. Ella me ha dicho que va a hablarles a las monjitas reparadoras para que te preparen y puedes confesarte para recibir dignamente a Dios, nuestro señor".

Petrita quedó conforme, como es natural, y tres días después comenzó a ir al convento de las reparadoras a recibir la instrucción necesaria para no ejercer con impureza los sacramentos de la confesión y de la comunión.

En el convento le enseñaron de memoria el "Todo fiel cristiano", los "Mandamientos de la Ley de Dios", los "Mandamientos de la Santa

Madre Iglesia", los Sacramentos, etc., todo con sus respectivas explicaciones, las cuales fueron para la niña cátedras de sueño y nada más. Como agregado, las monjitas la hacían barrer los claustros, lavar los trastos sucios y acarrear una poca de agua desde el pozo hasta la cocina.

A las niñas ricas que se estaban preparando, se las obsequiaba todos los días con algún dulcecito de leche, con jalea de tejocote (un fruto como la ciruela agria) o con jalea de mebrillo, de esos que saben fabricar las monjas para satisfacer los paladares exigentes de los curas que habitualmente visitaban el convento. Petrita *nomás* veía y se saboreaba. Algunas veces se chupaba el dedito, por lo cual recibía un tirón de oreja de la "madre" que más cerca tenía.

Ya lista y preparada, la cojió un día de la mano la madre Abadesa y le dijo: —"Hoy vas a confesarte y me han dicho que eres muy desobediente; y ya lo he visto que eres muy envidiosa, que no ves con humildad a las niñas decentes que reciben dulces como premio a su aplicación; y todo esto es pecado mortal que Dios castiga muy severamente; así es que todo esto debes de decírselo al Padre, y arrepentirte de todo, con propósito firme de contrición y enmienda".

Petrita estaba espantada y sentía un miedo terrible con sólo pensar que tenía que decirle al confesor tan tremendos pecados.

Pero con todo y todo, cuando menos se acordó, ya estaba arrodillada enfrente del sacerdote. Sintió que toda la capilla daba vueltas, que los oídos le zumbaban como si fueran a reventarle y comenzó a temblar de miedo. El Padre le dijo que se persignase, que rezara el "yo pecador", y le hizo algunas preguntas que contestó con dificultad. Y dió principio a la confesión.

—"¿Cuántas veces has mentido?"

—"No me acuerdo, muchísimas, pero para que no me regañara mi padre".

—"¿Has visto alguna vez monos encerrados?"

—"No, padre."

—"¿Y gentes encueradas?"

—"Pos... pos, sí... a mi padre cuando se baña en el río y me lleva... a mi madre y a mis hermanitas".

—"¿Y no sabes que eso es malo, que es pecado mortal y que Dios lo castiga con el infierno?"

—"Pero ya no lo vuelvo a hacer, padre, perdónemelo".

—"¿Y qué has hecho con tus hermanitos cuando los has visto así?"

—"Pos nada, *nomás* los he visto".

—"¿No te han dado tentaciones indecentes?"

—"Yo no sé qué es eso..." Y al decir estas palabras no pudo más la niña y se echó a llorar de miedo inocente. El cura dijo que aquel llanto era porque tenía pecados increíbles para su edad.

Unos días después, Petrita procuraba ver a su padre y a sus hermanitos desnudos.

Madres: no llevéis a vuestros hijos a confesar, porque los curas pondrán el pecado en sus almitas blancas y puras.





# ROSA Y ROSITA

por  
SERAFIN Y JOAQUIN ALVAREZ-QUINTERO

## PERSONAJES

ROSA      JUAN LUIS

Salita baja en la casa del señor Antonio Gallardo, en Sevilla. Una puerta al foro y otra a la izquierda de la actriz, cerradas las dos. La salita, en la que no se entra sino cuando repican gordo, es modesta y pulcra; los muebles, pocos y ordenados. Cubre el suelo impecable estera de junco. Es de día. JUAN LUIS abre la puerta del foro y habla desde ella con alguien que está dentro.

JUAN LUIS. — Diga usted que no tengo prisa. Aquí agurado yo. *(Se descubre y pasa. Viene de tiros largos: traje de marsellés, sombrero sevillano y capa bordada. Es hombre que sabe llevar la capa y los cuarenta años que tiene.)* Bien, bien. *(Observando la habitación.)* Bien está la salita de resibo. No le farta más que un retrato de eya. No, que tampoco le farta, que está aquí. *(Toma en la mano una fotografía que hay sobre un mueble.)* Y en lo que cabe, paresida. ¡Bonita es como una estreya la muchacha! O como dos estreyas, porque los ojos... O como tres estreyas, porque la frente... Güeno: bonita es como er sielo de noche. Y está dicho. *(Deja el retrato.)* ¡Ay, Juan Luis! Te yegó la hora. ¡Vamos, que un hombre como tú, a tus cuarenta años, harto de correrla, venía a caé en la trampa como un gorrion en er primer vuelo! Y que has caído, Juan Luis, has caído. No pués negá que no has pegao los ojos en toa la noche pensando en su mercé. Te yegó la hora. *(Da un paseito.)* La capa pesa sobre los hombros, porque la verdá es que frío no hace; pero ¿quién deja en casa una prenda que compone tanto la figura? Pa convensé a una suegra to es presiso. ¿Cómo será la mía? ¿Cómo tendrá la cara? Y sobre to, ¿cómo tendrá er genio? Es la primera vez que vi a verme en mí vía frente a frente con una suegra. Pero ¿qué vi a haserle? La niña no baja a la ventana a hablá conmigo si antes no le pío yo licencia a su mamá; y no digo yo a su mamá — aunque yeve en las

venas esensia de suegras: — a su papá, que se murió hace cinco años, voy yo ar purgatorio a pedirle permiso. ¿Hola? Ruío de naguas. *(Hacia la puerta de la izquierda.)* ¡Cómo briya el agujeriyero e la yave! Desde ayí me está mirando un ojo. Haremos méritos. *(Da otro paseito contoneándose, pero tiene la mala fortuna de tropezar.)* ¡Mardita sea mi suerte! Güeno va. Ya sale. Sea lo que Dios quiera. *(Abrese la puerta de la izquierda y aparece Rosa, que se vuelve para cerrarla tras de sí.)* (No: pos mi suegra no es. ¿Quién es esta manolia?)

ROSA. — Güenas tardes.

JUAN LUIS. — Güenas tardes.

ROSA. — ¿Cómo lo pasa usted?

JUAN LUIS. — Yo bien, ¿y usted?

ROSA. — Yo tan bien; muchas gracias. Tome usted asiento.

JUAN LUIS. — Gracias; estoy bien de pie.

ROSA. — ¡No fartaría más!

JUAN LUIS. — ¿Usted sabe si...? ¿Sabe usted si le han dicho a Rosita...?

ROSA. — Rosita ha salío.

JUAN LUIS. — ¿Ha salío?

ROSA. — Sí, señó, sí; ha salío.

JUAN LUIS. — Pero la mamá está en casa, ¿no?...

ROSA. — Sí; la mamá está en casa.

JUAN LUIS. — Eso me dijo la mosa que me abrió la cansela. Y a la mamá espero yo hace un rato.

ROSA *(sonriéndose)*. — Pero ¿tan mala vista tiene usted... o tan poco me parezco yo a mi hija?

JUAN LUIS. — ¿Cómo? ¿Usted...? ¿Usted es la mamá de Rosita, quisá?

ROSA. — Servidora.

JUAN LUIS. — Pos, señó, disimule usted la confianza, pero hay casas en que hasta er gato es bonito.

ROSA. — Es usted muy amable. ¿No se sienta usted?

JUAN LUIS. — Así que me pase la impresión.

ROSA. — Vamos, que no es pa tanto.



*(Justo es ponerse en el lugar de Juan Luis. La mamá de Rosita es propiamente una magnolia, como él ha dicho, y para que la ilusión sea completa, viste de blanco y trae un pañolito verde de talle. La palabra susgra se va del pensamiento contemplándola.)*

JUAN LUIS (*sentándose al cabo*). — Con permiso.

ROSA. — Deje usted er sombrero.

JUAN LUIS. — Gracias.

ROSA. — Y la capa.

JUAN LUIS. — Gracias; no hase caló.

ROSA. — Como sopla usted...

JUAN LUIS. — Soplo porque... La verdá es que... La verdá es que... ¡Vamos, que no lo creo aunque me lo juren los frailes; que no es asté la mamá de Rosita!

ROSA (*riéndose*). — Sí, señó: Rosa Gayardo soy. Lo mismo que a usted le pasa a mucha gente. Me casé jovensiya, me nació Rosita ar tiempo justo... y Rosita no tiene más que quince años.

JUAN LUIS. — ¡Na más que quince tiene!

ROSA. — Antes de ayé los hiso: er primero de abrí.

JUAN LUIS. — ¡Paese mentira! ¡Con er cuerpo que ha echao la muchacha! Yo, sin fartá, le había calculao unos veinte años.

ROSA. — Pos ha equivocao usted la cuenta.

JUAN LUIS (*preocupado*). — ¡Quinse!... ¡Quinse!...

ROSA. — ¡En qué piensa usted?

JUAN LUIS. — En que mi mamá no me tuvo a mí ar tiempo justo, como usted a su niña, sino un poquito antes.

ROSA. — ¡Por qué? Eso no. Los hombres se conservan más tiempo.

JUAN LUIS. — Sí...

ROSA. — Sufren menos que las mujeres.

JUAN LUIS. — Sí... Pero sufren, sufren... (*Nuestro hombre está embelesado ante Rosa; le ha gustado más que Rosita*). ¡Rosita ha salío!

ROSA. — No ha ide más que aquí ar lao: a la tienda.

JUAN LUIS. — ¡A qué tienda?

ROSA. — A esa tienda de espejos que habrá visto usted ar tiempo de pasá. Es er comercio de mi tito. Nosotras vivimos con él desde que mi marío fartó.

JUAN LUIS. — ¡Ah, vamos! ¡Y la tienda es de espejos?

ROSA. — De espejos, sí. La mejó de Seviya.

JUAN LUIS. — ¡Y no habrá más que espejos por toas partes?

ROSA. — Eso es: por er suelo, por las paredes, por er techo... Por toas partes.

JUAN LUIS. — ¡Y qué hace la tienda cuando entra usted?

ROSA. — Pos toca er timbre de la puerta.

JUAN LUIS. — ¡Na más?

ROSA. — Na más.

JUAN LUIS. — ¡Y cuándo pasa usted por la puerta?

ROSA. — ¡Cuándo la paso yo?

JUAN LUIS. — Cuando la pasa usted... y cuando la pasa Rosita. ¡O cuando la pasan Rosa y Rosita a un tiempo!

ROSA. — Pos ya se lo pué usted figurá: en ca uno de los sien espejos que ayí hay se ve un paisito de nosotras.

JUAN LUIS. — Entonses habrá que preguntarle a su tito de usted: — ¡Esto es una tienda de espejos o un puesto de flores?

ROSA. — Otra amabilidad. Oiga usted: el año pasao, un estudiante que rondaba a mi niña me vió con eva a la puerta y fué y me dijo, dice: — Señora: por una disputa con un amigo, ¿en esta tienda se venden lunas o se venden soles?

JUAN LUIS. — Y usted ¿qué contestó?

ROSA. — ¿Qué había de contestá? Que lunas. Y er me dijo, dise: — ¡Y cuánto vale una luna... de mié con la niña? — Y yo le dije, digo: — Esa luna no tiene presio. — Y así acabo la conversación...

JUAN LUIS. — Vaya, vaya... Y Rosita está ahora con las lunas, ¿verdá?

ROSA. — Sí, señó: me ha paresío bien alejarla de aquí a la vera pa que usted y yo hablemos con más libertá del asunto. Pero quítese usted la capa, que me está dando fatiga verlo tan sofocao.

JUAN LUIS. — Gracias; es sofocon no es de la capa.

ROSA. — *Ayá usted. Y usted dirá. (Pausa. Juan Luis recuerda a lo que viene)*.

JUAN LUIS. — Güeno, pos la cosa fué anoche en la boda de Manolita con Pedro. Yo soy amigo de la casa, y ayí estuve. Y andaba tan campaneante de un lao pa otro, hasta que vi a Rosita.

ROSA. — ¿Usted la conosía?

JUAN LUIS. — No, señora; pero en cuanto la ví se me pegaron los ojos a su persona, y ayá iban eyos de aquí pa ayá adonde a Rosita se le antojaba. Y le arvierto a usted que volaba por toa la casa como una mariposa.

ROSA. — Sí: no pué estarse quieta; tiene asoque en er cuerpo.

JUAN LUIS. — Será de la tienda.

ROSA. — Será.

JUAN LUIS. — Eya yevaba unos sapatitos negros de charó, que crujían mucho. Así por el estilo de esos de usted.

ROSA. — Son hermanos. Carsamos la misma media.

JUAN LUIS. — Güeno: pos yo, ar verlos tan negros, y chiyando de aqueya manera, la paré un instante, y le dije: — Niña: ¿va usted subía en dos griyos? — Y a eya la hiso grasia la pregunta y quiso chafarme, y me respondió: — No ha reparao usted bien en er tamaño; no son dos griyos: son dos moscas. — Y yo entonses, pa no quearme cayao, le contesté: — ¡Pos tendré yo los ojos de aumento! — Y pegamos la hebra. Simpatisamos, le pedí que esta noche bajara a la ventana porque tenía que desirle muchísimas cosas a eya solita, y eva me puso por condisión que yo viniera a hablá con usted pa que usted le diera er permiso. Y aquí estoy.

ROSA (*suspirando*). — ¡Ay, Dios mío!... Se ve y no se cree. ¡Cómo se va er tiempo, primavera tras primavera!... Yo, resibiendo en visita a un hombre... ¡que viene a hablarme de mi hija! Y era ayé, ayé, cuando la vestía de República en er Carnavá. ¡Ay, Dios mío! ¿Usted es guitarrero?



JUAN LUIS. — Guitarrero soy. Las guitarras no dejarán tanto como las lunas, pero tampoco tienen mala salía. No habrá que verse nunca en la nesesiá de echá las clavijas a la oya. Unos cuartitos en er Monte de Piedá pa que la niña se compre arfileres, gracias a Dios no fartan.

ROSA. — No, si ya sé que no está usted mal acomodao, y que es usted un hombre e bien y que... Un poquitito na más me han dicho que le gustan las fardas.

JUAN LUIS. — ¿Que me gustan las fardas?

ROSA. — Tanto así más de lo presiso.

JUAN LUIS. — Gana de hablá que tiene la gente. Cuergue usted ahora mismo tres o cuatro fardas en la paré, y usted verá qué tranquilo me queo. Ní las miro siquiera.

ROSA. — ¡Hombre! ¡Qué tunante!

JUAN LUIS. — Acaba usted de hasé un movimiento que es to de Rosita.

ROSA. — En la risa sí que nos paresemos, ¿verdá?

JUAN LUIS. — Sí: en la risa, sí. Y en los ojos.

ROSA. — ¿También en los ojos?

JUAN LUIS. — También. Sino que los de usted han cresío todavía más que los de eya.

ROSA. — Tienen más edá.

JUAN LUIS. — Será eso. No, si se paresen ustedes mucho. Sólo que yo antes, ar verla a usted de sopetón, como me había imaginao una mamá muy distinta de usted, me ofusqué y no aserté a reconocerla por er paresío. Este es el evangelio. Pero ¡vaya si se paresen ustedes! Lo que hay es que Rosita viene a sé un capuyo que está en la maseta toavía, esperando que yegue una mano a cortarlo, y usted es ya una rosa..., una rosa... Vamos, una rosa...

ROSA. — Sí, ya estoy: una rosa que yeva dos o tres días en agua. Entendío.

JUAN LUIS. — No lo tome usted a mala parte, que puestos a desí la verdá, vale usted por lo menos tanto como su hija.

ROSA. — Güeno, güeno: vamo a dejá a la madre y a seguí con la niña, que es de lo que se trata. ¿No?

JUAN LUIS. — Sí.

ROSA. — ¿Dónde puse yo mi abanico?

JUAN LUIS. — ¿Usted también se ha sofocao?

ROSA. — Sí, hombre, sí; de verlo a usted con esa capa ensima.

JUAN LUIS. — ¡Ea! ¡Pos fuera la capa! Ya está. *(La deja en una silla. Rosa encuentra su abanico).*

ROSA. — ¡Digo! Y yo no sé cómo no se la había usted quitao antes. ¡Pos si viene usted pa salí en una posesión!

JUAN LUIS. — ¡Ah! ¿También guasita con er vestío?

ROSA *(riéndose)*. — No, hombre, no; no es guasita. Ya estoy seria. Vamos a nuestro asunto.

JUAN LUIS. — ¡Vamos a nuestro asunto!

ROSA. — A mí, la verdá — y usted que es un hombre muy hombre sabrá comprenderlo, — no me disgusta usted...

JUAN LUIS. — ¿Cómo?

ROSA. — No me disgusta usted pa mi Rosita; pero no quisiera que la niña se casara con un

to en los belenes de un noviajo. ¿Por qué no espera dos o tres años más? *(A una mirada de él).* A eya no le corre prisa ninguna.

JUAN LUIS. — A eya no, pero...

ROSA. — ¿A usted sí?

JUAN LUIS. — ¿No me ha de corré, si esta tarde antes de vení aquí me he pasao media hora arrancándome canas?

ROSA. — ¡Ah! ¿Tiene usted canas?

JUAN LUIS. — ¡Las tenía! ¡Ahora no me encontrará usted ni una siquiera!

ROSA. — Sí, señó: ahí tiene usted una... ¡Dos!... ¡Tres!...

JUAN LUIS. — Pos me han salío en esta visita.

ROSA. — Pero, a pesá de las canas, usted es un hombre joven.

JUAN LUIS. — La verdá: ayé cumpí cuarenta y uno.

ROSA. — ¿Cuarenta y uno? Pos no representa usted más de treinta y siete.

JUAN LUIS. — Gracias.

ROSA. — Sin gracias.

JUAN LUIS. — Sea como sea, pue sé er padre de... *(Se oella de repente).*

ROSA. — ¿Qué iba usted a desí?

JUAN LUIS *(cortado)*. — Na..., que... Tonterías.

ROSA. — Tonterías no, porque la coló se le ha bajao.

JUAN LUIS. — En cuanto me quité la capa.

ROSA. — Déjese usted de bromas. A usted le pasa argo. ¿Qué le pasa a usted?

JUAN LUIS. — A mí na... No me pasa na.

ROSA. — ¡Vaya si le pasa! No da usted pie con bola hase tres minutos.

JUAN LUIS. — ¡Verdá que no lo dov! ¡Y sabe usted lo que me pasa, prenda?... ¡Se acabaron los arrodeos! Que desde que salío usted por ahí me estoy disiendo: — ¡A esta muié no la vamo yo suegra! — ¡Y esta bataya interiú me tiene desconcertao!

ROSA. — Pero, vamos a vé, y si se arregla usted con mi hija, ¿cómo va usted a yamarme: mamá?

JUAN LUIS. — ¿Mamá? ¡Eso es peó toavía que lo de suegra! ¿Sabe usted que er parentesco no tiene más que dificultades?

ROSA. — Porque usted las busca pa tropesá con eyas, señó. Yámeme usted Rosa.

JUAN LUIS. — ¿Rosa?

ROSA. — ¡Claro! Mi nombre.

JUAN LUIS. — ¡Ay, Rosa!

ROSA. — ¿Qué?

JUAN LUIS. — ¡Ay, Rosa!

ROSA. — ¿Va usted a echá un pregón?

JUAN LUIS. — Lo que estoy echando son mis cuentas.

ROSA. — A vé...

JUAN LUIS. — Usted me ha dicho que yo le gusto.

ROSA. — Le he dicho a usted que no me dijista.

JUAN LUIS. — Es iguá.

ROSA. — No es iguá.

JUAN LUIS. — Güeno: que no le dijista.

ROSA. — Pa mi niña.

JUAN LUIS. — ¡Ah! Pa su niña?



ROSA. — De mi niña hablábamos cuando lo dije.

JUAN LUIS. — Pos vamos a poné — y va er resto — que yo estoy pensando en que a mí me gustó la niña por lo que tiene de la mamá, y en que lo único que me arteraba er purso mientras me arrancaba las canas esta tarde era er considerá que la rosita por que yo venía, por sé muy tempranera, quisás no fueran mis manos las que debían cortarla. Sentía yo — de verdá lo digo — que no fuese una rosa bien cuajá la que me había quitao er sueño de la noche. Y yego aquí, y encuentro esa rosa, y es der propio rosá que la rosita, y güele ar mismo oíó, y no tengo reparo en preguntarle: —Rosa, ¿qué le parecería a usted si dejáramos a la rosita en su rama toavía, y si usted se pusiera esta noche en la ventana pa perfumá la cayef?

ROSA. — ¡Ay, qué jardinerol... ¡Qué jardinerol...

JUAN LUIS. — Güeno: pos sin jardinería y sin flores, y hablando en plata: ¿quién usted salió esta noche a la ventana en lugá de la niña? ¡Porque o yo estoy siego o usted y yo hesemos una pareja más cabá!

ROSA (luego de pensarlo y con maliciosa coquetería). — Esto lo tiene usted que tratá con mi madre.

JUAN LUIS. — ¿También eso? ¡Pero tiene usted madre?

ROSA. — Y que da gusto verla: es una estampa a mí. ¿La yamof?

JUAN LUIS. — ¡No! ¡No, por Dios! ¡No la yame usted, porque va a gustarme también y va a sé un compromiso! (Rosa suelta la carcajada. Pausa). ¿Qué? ¡Paso luego por la ventana o no?

ROSA. — Pase usted, hombre, pase usted.

JUAN LUIS. — ¿Y estará usted ayí?

ROSA. — O estará Rosita pa yamarle a usted... sinvergüensa.

JUAN LUIS. — ¡Sinvvergüensa! Yo me alegraré de que sea usted la que me lo yame.

ROSA. — Y yo también, Juan Luis. Nos entendamos usted y yo, o no nos entendamos, a mí como a usted me ha quitao er sueño toa la noche reiná en esta visita.

JUAN LUIS. — ¿Por qué?

ROSA. — Porque a un hombre de las prendas de usted yo no debía negarle la conversasión con mi hija... y... sin desmejorá a nadie, yo tengo pa eya la idea puesta en otra persona.

JUAN LUIS. — ¿En otra persona?

ROSA. — Sin desmejorá a nadie, ya digo.

JUAN LUIS. — ¡Pos si viera usted, Rosa, lo contento que a mí me tiene este resurtao! Sin desmejorá a nadie tampoco. (Se pone la capa).

ROSA. — ¡Pos vamos a alegrarnos los dos!

JUAN LUIS. — ¡Eso, es! ¡Vamos a alegrarnos!... ¿Hasta luego?

ROSA. — Hasta luego.

JUAN LUIS (mirándola desde la puerta). — ¡Las cosas de la vía!

ROSA. — ¡Sseh!... Caye usted.

JUAN LUIS. — ¿Qué?

ROSA. — Ahí está Rosita de güerta.

JUAN LUIS (poniéndose serio). — ¿Rosita?

ROSA. — Sí. ¿No la siente usted hablá?

JUAN LUIS. — ¿Hay puerta farsa?

ROSA. — No, señó; pero, aunque la hubiera, usted saldría por la prinsipá, porque no hemos cometido ningún delito.

JUAN LUIS. — De toas maneras, yo preferiría no vé a la niña.

ROSA. — ¡Pos pase usted embosao! ¡De argo le ha de servi la capa! ¡Hasta la noche?

JUAN LUIS. — Hasta la noche. (Se va).

ROSA (después de verlo marchar, asomada a la puerta). — ¡Ay, Juan Luis, er de las guitarras, mi martirio sin sospecharlo tú! ¡Bien has picao el ansuelo!... ¡Lo que se va a reí Rosita cuando yo le refiera que to ha salío como lo dibujamos eya y yo antecayer de mañana!... ¡Qué listos son los hombres!... (Al público).

En una maseta vió una rosita, y pensó que de cortarla era cosa... Vino por eya... y cambió la rosita por la rosa.

S. Y J. ALVAREZ QUINTERO.





# LA INUNDACION

UN CUENTO DE LA VIDA FANTASTICA EN LA INDIA

■ POR RUDYARD KIPLING ■

El Tweed le dice al Till: ¿Por qué corres tan despacio? Y el Till responde al Tweed: Tú corres mucho y yo no me apresuro; sin embargo, por un hombre que tú ahogas, yo ahogo dos.

Es imposible pasar el río esta noche, Sahib. Dice que ya fué arrastrada una carreta con una yunta de bueyes, y la ekka que partió media hora antes de la llegada del Sahib no alcanza aún la otra orilla. ¿El Sahib tiene prisa? Llevaré al elefante del vado para que el Sahib se convenza. ¡Oye, tú, mahout (1), sal del cobertizo! Trae a Ram Pershad, y si el animal se atreve a luchar contra la corriente, nada digo. Los elefantes nunca mienten, y Ram Pershad está, por otra parte, separado de su amigo Kala Nag. El elefante desearía mucho ir a la distante ribera. ¡Bien! ¡Bien, mi Rey! Avanza hasta la mitad del lecho, Mahoutji, y ya nos contarás lo que te diga el río. ¡Excelente, Ram Pershad! Tu eres la perla de los elefantes. Lánzate al agua. Pica, animal, pica en la cabeza. ¿Crees que el aguijón sirve sólo para pincharle la grasa de la espalda, bastardo? ¡Duro! ¡Duro! ¿Qué son para tí las corrientes, oh, mi montaña de carne? ¡Adelante, Ram Pershad! ¡Adelante!

¡No, Sahib! Es inútil. Ya oye el Sahib los trompetazos que da el elefante. Dice a Kala Nag que es imposible pasar. ¿Lo ve el Sahib? Da la vuelta, y mueve la cabeza. No es un insensato. Sabe bien lo que hace el río Barhwi cuando está irritado. ¡Vaya! No eres tonto, chiquillo: ¡Salaam (2), Ram Pershad! Llévalo bajo los árboles, mahout, y dale lo mejor de lo mejor. Te has portado brillantemente. Eres la flor y nata de los colmilludos. Dirige un Salaam al Sirkar (3), y a dormir.

¿Qué se debe hacer? El Sahib tiene que aguardar hasta que baje el río. Mañana temprano, si Dios quiere, o a lo sumo pasado mañana, será posible vadear. ¿Por qué se irrita el Sahib? Yo me llamo su más humilde siervo. Juro ante Dios que yo no soy autor de la avenida. ¿Qué puedo hacer? — pregunta el Sahib.

— Poner a su disposición mi cabaña y todo lo que ella contiene. Ya comienza a llover. Entremos. ¿Decrecerán las aguas por mucho que las injurie el Sahib? Los ingleses de antaño no eran así. Yo creo que el coche de fuego los ha afeeminado. En mis tiempos, cuando caminaban noche y día en vehículos tirados por animales, no se impacientaban si un río les impedía seguir adelante o si el coche se les hundía en un barrizal. Era la voluntad de Dios. Pero ahora,

el coche de fuego corre, corre, corre sin detenerse, aunque todos los diablos se le cuelguen a la cola. El coche de fuego ha sido perjudicial para el carácter de los ingleses. Después de todo, ¿qué significa un día, y qué significan dos días perdidos? Acaso el Sahib va a sus bodas y a ello se debe que se halle dominado por la locura de la precipitación. ¡Ja, ja, ja! Ya soy viejo. Veo muy pocas veces un Sahib. Esta es la causa de que haya olvidado el respeto que se les debe. ¡Perdóneme el Sahib! ¿Está de mal humor?

¡Sus bodas! ¡Ja, ja, ja! El espíritu de un viejo es como el numah. Este árbol tiene a la vez retoños, flores, y hojas secas del pasado. Lo antiguo y lo nuevo, hasta lo que pertenece a la región del olvido, ¡todo se halla junto! Tome el Sahib un asiento en la cama, y beba leche. O si el Sahib lo desea, ¿querría beber mi tabaco? Es bueno. Es tabaco de Nuklao. Mi hijo me lo envía de allá, pues allá tiene su morada. Beba el Sahib, si sabe cómo se maneja el tubo. Veo que el Sahib lo toma a la manera de los musulmanes. ¿En dónde aprendió eso? ¡Sus bodas! ¡Ja, ja, ja! ¿Dice el Sahib que no hay tales bodas? ¿Pero puede creerse que el Sahib diga la verdad a un hombre de mi casta? No me extraña su precipitación. Llevo treinta años de tañer el gongo en este vado, y no había visto en ese tiempo a un Sahib con tanta impaciencia. ¡Treinta años, Sahib! Es un período muy largo. Entonces el vado estaba en el camino de las bunjaras (1), y en una sola noche ví pasar dos mil bueyes de carga. Pero ha venido el camino de hierro, y el coche de fuego que hace bus-bus-bus se desliza por aquel puente con un centenar de jaulas. Es para maravillar; pero eso no quita que el vado se haya convertido en un sitio muy triste, ahora que las bunjaras ya no acampan a la sombra de los árboles.

No; es inútil que el Sahib vea el cielo. La lluvia seguirá durante toda la noche. ¡Atención! Los maderos arrastrados hablan en la corriente. Ya habrían roto los huesos del Sahib si se hubiera empeñado en cruzar. Voy a cerrar la puerta para que no entre la lluvia. ¡Wah! ¡Ah! ¡Ugh! Treinta años en el vado del río. Ya soy viejo. ¿En dónde está el aceite para la lámpara?

Pido perdón al Sahib. Por la edad tengo el sueño más ligero que el de un perro. He visto que el Sahib se dirigía hacia la puerta. Observe si quiere; escuche también. De orilla a orilla, la corriente tiene medio kos; es fácil verlo con la luz de los astros; la profundidad es por lo menos de tres metros. El furor de sus ojos no amisorará el caudal de las aguas, ni éstas se aquietarán a fuerza de juramentos. ¡Apostamos

(1) El hombre que cuida del elefante.

(2) Saludo ceremonioso.

(3) Sirkar, se aplica al Gobierno y al Jefe del Gobierno. Lo es todo jefe o custodio. La palabra tiene una esfera muy amplia de aplicaciones reverenciales.

(1) Caravanas.



a que es más fuerte la voz del río que la voz del Sahib? Un grito más para que el agua se avergüence. ¡Vamos! Lo mejor es acostarse otra vez y dormir. Yo conozco la cólera del Bartwi, cuando ha llovido al pie de las colinas. En una ocasión, crucé el río a nado. Era una noche diez veces más tempestuosa que ésta, y por el favor de Dios me libré de la muerte cuando ya había tocado en sus dinteles.

¿Puede referirlo? El episodio es interesante. Voy a llenar la pipa.

Era yo joven, y acababa de venir al vado. También era vigoroso. Tenía tal conocimiento del río, que las **bunjaras** no vacilaban cuando yo les decía que el vado estaba franco. Trabajaba toda una noche con el agua hasta los hombros, entre un centenar de bueyes atorrizados, que yo pasaba sin perder uno solo. Después, transportaba a los hombres, que iban temblando de pies a cabeza. Mi remuneración era el mejor animal de la partida: la res del cencerro. ¡Era yo un hombre a quien se honraba! Hoy cae la lluvia, suben las aguas, y yo me encierro en mi cabaña a gemir como un perro. Ya no tengo fuerzas, y el coche de fuego ha hecho inútil el vado. En aquel tiempo se me llamaba el hombre fuerte del Barhwi.

Vea mi rostro el Sahib. ¿No parece de mono? Y mi brazo es como el de una mujer. Pero yo le juro al Sahib que hubo quien amó este rostro, y que este brazo tuvo a quien estrechar. Hace veinte años pasó todo eso, Sahib. Digo la verdad: hace veinte años.

Venga el Sahib a la puerta, y vea. ¿No distingue una lucecita muy lejana, como de una candileja? Es la luz del templo, en el santuario de Hanuman, que está en el pueblo de Patira. Al Norte, bajo la estrella grande, se halla el pueblo, oculto por una vuelta que da el río. ¿Hay que nadar un poco para llegar allá, Sahib? ¿Se quitaría el Sahib la ropa y probaría sus fuerzas? Pues yo nadé hasta Patira, no una, sino muchas veces. Y eso que hay también **muggers** (1) en el río.

El amor no sabe de castas. Si así no fuera, ¿cómo podría yo, musulmán e hijo de musulmanes, haberme enamorado de una inda (2), viuda de un indio y hermana del jefe de Patira? Pues así pasó. Los de la familia del jefe fueron en peregrinación a Muttra. Ella estaba ya comprometida, y debía casarse. La carreta tenía adornos de plata, y las mujeres iban ocultas por cortinas de seda. El viento apartó las cortinas, y yo la vi. Cuando volvieron de la peregrinación, el muchacho con quien se casó había muerto, y yo la vi de nuevo en la

carreta. ¡Los indos son idiotas, Sahib! ¿Qué me importaba a mí que ella fuera inda, yaina, barrendera o leprosa? Yo me habría casado con ella, y habríamos formado nuestro hogar en el vado. ¿No por ventura el Séptimo de los Nueve Preceptos reza que a un hombre le está prohibido casarse con una idólatra? ¿Pero es verdad eso? ¿Los Shiah y los Sunnis (1) dicen de consuno que al musulmán le está vedado el matrimonio con idólatras? Veo que el Sahib es sacerdote, pues sabe mucho de estas cosas. Pero yo le diré algo que ignora. Para el amor no hay shiah ni sunni; no hay prohibición ni hay idolatría. Los Nueve Preceptos son nueve hacecillos de leña que la llama del amor consume rápidamente. Pude habérmela llevado, es verdad; pero el jefe habría mandado hombres que me persiguieran y me rompieran la cabeza a estacazos. Yo no temo, digo, no temía entonces a cinco hombres, aun de los más valientes; ¿pero quién puede luchar contra medio pueblo?

En vista de esto, y habiéndome puesto de acuerdo con ella, iba yo por las noches a Patira. Nos dábamos cita en las sementeras, sin que nadie lo sospechase. Veo el Sahib hacia allá. Yo tenía que cruzar el río junto a la maleza del recodo, en donde hoy está el puente del camino de hierro, y de allí atravesaba la península hasta llegar a Patira. En noches de gran oscuridad me guiaba yo por la luz del templo. En la maleza que está junto al río hay muchas serpientes. Son **Karaitis** que duermen en la arena. Otro peligro era el de los hermanos de ella, que me habrían matado al verme en las sementeras. Pero todos ignoraban nuestras citas; todos, salvo ella y yo. La arena movediza de la ribera cubría mis huellas. En los meses de verano era muy fácil ir del vado a Patira, y también era fácil hacerlo después de las primeras lluvias, cuando las avenidas no son muy torrenciales. Yo medía mi fuerza con la fuerza de la corriente. Por las noches comía en mi cabaña y bebía en Patira. Ella me había dicho que la pretendía cierto Hiram Singh, un bandido que vivía en una aldea, río arriba, pero en la misma orilla. Todos los Sikhs (2) son perros, y en su locura han rechazado el don generoso de Dios: el tabaco. Yo habría matado a Hiram Singh si se hubiera acercado a ella, y mi odio era tanto mayor cuanto que él había proferido una amenaza. Sospechaba que ella tenía un amante, y dijo que se pondría en acecho para descubrirlo y denunciarlo al jefe, a menos que ella huyese con él. ¡Los sikhs son unos canallas!

Sabiendo esto, yo llevaba siempre mi navaja muy afilada, y lo habría pasado mal el que me saliera al paso. No había yo visto en mi vida a Hiram Singh, pero por las dudas, habría matado a otro en quien advirtiera el deseo de interponerse y estorbar mis entrevistas.

(1) Las dos principales sectas musulmanas.

(2) Secta fundada en el siglo XVI. Al caer el Imperio mongol, esta secta se convirtió en un formidable poder político. Luchó energicamente contra los ingleses a mediados del siglo XIX.



Estábamos al principio de la estación lluviosa. Yo me disponía a pasar el río, no obstante el aspecto amenazador que presentaba esa noche. Así es el Barhwi, Sahib. Sube un metro en treinta segundos, y entre el momento de encender una lumbre y el de hacer un *chupatty*, lo he visto pasar de la categoría de arroyuelo a la de hermano del Jumna.

Cuando dejé esta orilla, me dirigí hacia un banco de arena que estaba a quinientos metros, y tenía el propósito de tomar allí descanso antes de seguir adelante, comprendiendo que la lucha iba a ser muy brava, pues el río me cogía con ambas manos, tirándome de los talones. ¿Pero qué no hace un enamorado? Las estrellas daban muy poca luz, y a la mitad de la corriente, sentí en la boca el cosquilleo de una rama de *deodar*. Esa era señal de grandes aguaceros al pie de las colinas y aun más allá, pues el *deodar* es un árbol muy robusto y no se desarraiga fácilmente de las laderas. Me apresuré a seguir, ayudado por la corriente; pero antes de que pudiera poner el pie en el banco de la arena, sentí en mi cuerpo y a mi alrededor algo como la palpitación del río. El islote desapareció, y yo me encontré en la cresta de una ola tan ancha como el río. ¿Se ha visto el Sahib llevado por el agua, sin poder hacer uso de sus fuerzas ni de su voluntad. Yo sentí que todo el universo era una sola masa de agua enfurecida, y fui arrebatado como una paja. El hombre es un objeto insignificante en el seno de la corriente. Y yo no podía saber entonces que aquella era la inundación más extraordinaria, pues todavía se habla de ella como de un acontecimiento memorable. Yo estaba paralizado por el miedo, y me sentí llevado como si fuera un tronco de árbol. Iba tendido de espaldas. A mi alrededor subían los gritos desesperados de animales domésticos y de fieras que la corriente arrebatava en extraña confusión. También oí una voz humana que pedía auxilio. Pero comenzó a desprenderse un aguacero, y ya no percibí en la extensión inmensa de la superficie gris, sino el estruendo de los peñascos dentro del oleaje y el ruido del aguacero sobre mi cabeza. Seguí rodando río abajo, y esforzándome por no perder el aliento. Es duro morir en la juventud. ¿Puede el Sahib ver el puente del camino de hierro? Justamente pasan las luces del correo que va a Peshavar. Calculo que en este momento el puente se hallará a tres metros de la superficie del río. En aquella noche el agua llegó hasta la reja del puente, y yo dí en ella con los pies; pero como había muchas ramas y troncos detenidos, el golpe no me hizo daño. Sentía yo la presión del río, como un hombre débil siente la de un hombre fuerte. Puede afianzarme y subir por una de las cadenas de la superestructura del puente, aunque no sin mucho trabajo. ¡El agua, Sahib, pasaba por encima de la vía y ésta se hallaba a más de veinte centímetros bajo la superficie! Por este dato se podrá apreciar cómo vendría el río. Yo estaba aturdido. Y casi no veía. Me tendí sobre la reja del puente para tomar aliento.

Pocos minutos después cesó la lluvia, y salieron las estrellas, más brillantes después de la tormenta, que al parecer las había limpiado. Ví entonces una extensión ilimitada de agua negra, y que la vía del puente estaba sumergida. Ví también que entre los estribos se habían acumulado grandes troncos y ramas de árboles. A su vez en éstos se detenían innumerables cuerpos de animales muertos, arrastrados por la corriente. Otros animales que llegaban vivos, luchaban para subir a las cadenas. Venían confundidos búfalos y vacas, jabalíes y ciervos, chacales y serpiente. Toda la parte de la izquierda del puente negreaba por la línea de animales detenidos en el obstáculo. La corriente arrebatava a los que por sus dimensiones o por la posición en que llegaban, podían pasar a través de la jaula del puente.

Volvió a velarse el cielo, y la lluvia se desató con fuerza. El río creció todavía más. Yo sentí que el puente se agitaba, como un hombre que al despertar se mueve, aun antes de abrir los ojos. No tenía yo miedo, Sahib. Juro que no tenía miedo, aunque me sentía impotente aún para mover un dedo. Abrigaba la certidumbre de que no moriría antes de ver a mi amada. Pero el frío me calaba, y el puente comenzaba a desprenderse.

El agua se agitó, como cuando va a venir un nuevo golpe de la corriente. El flanco izquierdo del puente se levantó a impulsos de la avenida, y el flanco derecho se sumergió en el agua. ¡Digo la verdad, Sahib; la verdad de Dios, por estas barbas que llevo! El puente giró, como una lancha de Mirzapore puesta en carena. Así, y no de otro modo.

Yo rodé al agua, y detrás de mí se precipitó la onda furiosa del río. Oí su voz y oí el chirrido de la parte central del puente cuando se desprendió de los estribos y se precipitó hasta el fondo. Después no volví a tener noción de lo que pasaba, hasta que me hallé en medio de la corriente. Tendí un brazo para nadar, y mi mano cayó sobre la cabeza enmarañada de un hombre. Aquel hombre estaba muerto, pues nadie sino yo, el Invencible de Barhwi, podía haberse sobrepuesto en aquella lucha. Sin duda, el hombre había muerto dos días antes, pues noté que estaba hinchado y encenagado. Sí; era un cadáver, y pude apoyarme sin el temor de que se hundiera. Yo empecé a reír, afirmándome en la seguridad de que volvería a verla, ya sin el menor peligro. Enredé el pelo del cadáver en mis dedos pues me sentía completamente agotado, y así juntos, vivo y muerto, bajamos la corriente. Sin aquel auxiliar, yo me habría hundido, pues tenía ya el frío en la médula, y la carne se me había enjujado hasta formar una sola masa rígida. Pero nada teme quien ha sentido toda la fuerza del río, y yo dejé que éste impusiera su capricho. Llegamos finalmente a una corriente lateral que se dirigía hacia la margen derecha, y yo nadé con los pies para incorporarme en esa derivación. Noté que el cadáver giraba en un remolino, y temí que estuviera a punto de hundirse por el choque de alguna rama. Sentí a la vez en las



rodillas el contacto de las hojas del tamarisco, y comprendía por esto que habíamos llegado a las inundadas sementeras. Busqué apoyo entonces, y toqué con los pies el caballón de un campo cultivado. El muerto quedó en un montículo, bajo una higuera, y yo salí del agua lleno de alegría.

¿Sabe el Sahib hasta dónde me arrastró el torrente de las aguas desbordadas? Pues me arrastró hasta la altura que limita por el oriente el pueblo de Patira. ¡Hasta allí me llevó! Deposité el cadáver sobre el césped, en atención al servicio que me había prestado, y también por si era necesario utilizarlo de nuevo, e imitando tres veces el grito del chacal, me dirigí al lugar de la cita, en un repecho próximo al establo de la casa del jefe. Mi amor estaba allí, llorando con amargura. Temía que la corriente hubiese arrastrado mi cabaña en el vado. Cuando me vió llegar, con el agua hasta el tobillo, creyó que se le aparecía un espectro, y habría huído de mí, si no me hubiera apresurado a estrecharla entre mis brazos. Entonces no era yo un espectro; hoy lo parezco por mis años. ¡Jal! ¡Jal! Maíz enjuto. Fruto sin jugo. ¡Jal! ¡Jal! ¡Comprende el Sahib estas expresiones de nuestro idioma? En el idioma del Sahib no tienen significado.

Yo refería a mi amada la destrucción del puente, y ella comentó el relato diciéndome que sólo un hombre como yo podía haberse atrevido a cruzar el desbordado Barhwi, pues era necesario un esfuerzo superior al de cualquiera otro hombre para desafiar ese peligro. Agregó que yo había visto lo que nadie había visto sin perecer. Asidos de las manos, fuimos a la altura en donde estaba el cadáver. La noche había aclarado, y brillaban las estrellas en el cielo. Mi amada ocultó el rostro entre las manos, diciendo:

—¡Es el cuerpo de Hirnam Singh!

Y yo exclamé:

—¡Amor mío! Este cerdo es más útil muerto que vivo.

Ella repuse, entonces:

—Sin duda, puesto que ha salvado la vida más cara para mí: la de mi amado. De todos modos, no debe quedar aquí el cadáver, porque sería una afrenta para mí.

El cadáver, en efecto, estaba a menos de un tiro de escopeta de su casa. Yo lo empujé con ambas manos, diciendo:

—Hirnam Singh, Dios ha pronunciado su sentencia entre los dos, y ha permitido que tu sangre no caiga sobre mi cabeza. Si te agravo privándote del beneficio de la ghar funeraria en que habría de arder tu cuerpo, compóntela con los cuervos del campo. Y lo eché a la corriente, que se lo llevó. Su espesa barba flotaba sobre la superficie del río, como asoma la cabeza del sacerdote cuando se inclina en el púlpito. Hirnam Singh desapareció para siempre de mi vista.

Mi amada y yo nos separamos antes de que despuntase la aurora, y entonces me encaminé

hacia una parte de la espesura que no estaba cubierta por la inundación. La luz del día me reveló toda la extensión de lo que yo había ejecutado en las sombras. Sentí como si los huesos se me desprendiesen de la carne, pues medí con la vista dos kos de aguas rabiosas entre el pueblo de Patira y los árboles de la otra margen. En medio de la corriente, los estridos del puente derruido asomaban como fragmentos de dientes en las encías de un anciano. Sobre la superficie del río no se veía un solo ser con vida: no había sino cadáveres de hombres, bueyes y caballos ahogados. El agua del río estaba más enrojecida que la sangre que mana de las arcillosas laderas. Jamás había visto un río como aquél, ni lo he visto después en todos los años de mi larga vida. ¡Ningún hombre, Sahib, puede contar algo semejante! Aquél día no pude volver a esta ribera. Si me hubieran ofrecido todas las tierras del jefe, no habría aventurado la travesía, que sólo puede emprenderse cuando las sombras de la noche ocultan el peligro. Subí un kos por la margen hasta la casa del herrero, a quien pedí hospitalidad diciéndole que la inundación me había arrebatado de mi cabaña. Siete días permanecí al lado de aquel hombre, hasta que pasó el río una lancha para recogerme. En mi casa no había tejado, ni muros, ni pavimento. Lo único que de ella quedaba era una ligera mancha de barro. Esto dará idea de la extensión que tomó la corriente.

Estaba escrito que yo no muriera ni en mi casa derruida, ni en el corazón del Barhwi, ni en el puente, pues Dios me envió el cadáver de Hirnam Singh, muerto dos días antes, en condiciones que yo desconozco. Hirnam Singh fué la boya salvadora. Hace veinte años que Hirnam Singh está en los infiernos, y el recuerdo de aquella noche ha de ser la flor de su tormento.

¿Oye el Sahib? Ha cambiado la voz del río. Va a dormir antes de que amanezca. Falta una hora para que despunte el día. Cuando luzca el sol, volverá otra vez la corriente. ¿Cómo lo sé? He estado por ventura treinta años en este vado sin aprender a interpretar lo que dice la voz del río, como el padre conoce la voz de su hijo? Cada vez habla con menos furor. Juro que no habrá peligro durante una o dos horas. No; de la mañana no respondo. ¡Pronto, Sahib! Voy a llamar a Ram Pershad. No retrocederé. ¿Está el equipaje bien atado y bien cubierto con su lona embreada? ¡Oye, mahout, cabeza de cieno! ¡El elefante para el Sahib! Y di a los del otro lado que nadie pasará después de que amanezca.

¿Dinero? No, Sahib. No soy de esos. No; ni para los dulces de los niños. Mi casa — ¿lo ve el Sahib? — está vacía. Y yo soy un viejo.

¡Adentro, Ram Pershad! ¡Adentro! ¡Adentro! ¡Adentro! Buen viaje, Sahib.

FIN



# LA DESCONOCIDA

CUENTO DEL AMOR PASAJERO

Por L. PAUL MARGUERITTE

En el muelle de embarque de Ouchy, en Lausanne, los turistas se agrupaban en la pasarela. Una mujer joven, de pelo negro, intrigaba a todo el mundo por la espléndida capa de cibelina que llevaba puesta, un poco prematura para la estación.

Entre los mirones se hallaba un hombre rubio que, habiendo tomado también billete de primera, se instaló junto a la desconocida en un banco sobre cubierta.

La toilette de la muchacha lo desconcertaba por sus contrastes: el sombrero, negro, muy sencillo, sólo tenía por adorno una alita azul; bajo la capa se veía una blusa blanca de muselina plegada. Guantes negros y una cartera de cuero insignificante completaban el atavío.

Aquella sencillez chocaba con la cibelina; pero con semejante capa podía una mujer pasarse muy bien sin la clásica malla de oro o el sombrero de plumas.

La joven tenía un encanto natural; su cutis era terso, sonrosado y apenas cubierto por una leve nube de polvos.

¿Era soltera, viuda, casada o divorciada? Lo único que se adivinaba, a juzgar por la piel, es que era rica.

Impresionado, Julián Sorbier tosió y se movió en su asiento buscando palabras para entrar en conversación.

La desconocida miró el reloj-pulsera y luego lo acercó a su oído.

—Son las seis, señora — se apresuró a decir Sorbier.

—Gracias, señor.

La voz era armoniosa, y Julián agregó:

—En esta época cae pronto la noche.

—Sí: ya empieza el otoño.

Al ver que no rehuía la conversación, el viajero preguntó:

—¿Es usted muy friolera?

—Un poco — repuso la joven.

Y enrojeció violentamente. ¿Por qué? ¿Acaso había sido indiscreto? Animado por tan buen principio, continuó hablando. Ambos se extasiaron ante la belleza del panorama, y Sorbier se extendió sobre sus viajes, nombrando los principales hoteles.

—Yo me alojo en el "Prince" — repuso la desconocida.

¡El mejor hotel de Evian! ¡El más caro!... Aquella mujer empezaba a interesarle. ¡Con tal que fuera libre! Sorbier se veía ya casado con ella, dándose vida de gran señor y editando a todo lujo — su sueño dorado — aquellos versos que ningún editor le aceptaba.

Amablemente, llamó al camarero y pidió

oportuno y bizcochos. La joven dió las gracias y empezaba ya a quitarse los guantes, cuando se detuvo y volvió a abrochárselos con presteza.

Aquel pudor excesivo intrigó doblemente a Julián.

—¿Ha hecho usted promesa de no mostrar nunca sus manos.

—Eso es — contestó riendo la joven.

El oportuno dió atrevimiento a Sorbier y en voz baja empezó a alabar la belleza de su compañera, diciendo que el hombre que supiera hacerse amar de ella sería muy feliz... ¡Ah!... ¡Si él tuviera esa dicha!...

La desconocida le escuchaba con una sonrisa entre compasiva y burlesca. Sus ojos expresaban algo tan de acuerdo con lo que insinuaba Julián que éste llevó su audacia hasta tomarle una mano, deseando comprometerla ante los demás viajeros, ligándose a ella de un modo definitivo.

Pero la joven retiró vivamente la mano. Entraban ya en la rada de Evian.

—Señor — dijo con dignidad — he sido lo suficientemente buena para escuchar sus palabras, un poco indiscretas...

—¡Oh!... Perdóneme usted... Déjeme volver a verla... Ya sé dónde vive. Me presentaré en el hotel.

—No, no — dijo ella, levantándose precipitadamente. — ¡No me siga usted!... Olvideme.

Y en voz baja agregó, como si la confesión le costase mucho:

—¡No soy más que una esclava!

Y se alejó tan rápidamente, que él la perdió de vista entre los pasajeros. Furioso y desconcertado, se acercó a la pasarela para verla bajar.

Reconoció el ala azul del sombrero. Pero... ¿Cómo?... ¿Se había quitado el abrigo?... El aire era más que fresco, sin embargo. Vió que llevaba al brazo la capa de cibelina cuidadosamente doblada.

Una señora, de aspecto desdeñoso y ricamente puesta, se acercó a ella.

—¿No ocurrió nada, Felicia? — preguntó con voz autoritaria.

—Nada, señora. Como los del hotel me conocían, me entregaron en seguida la capa.

Con gesto deferente, la joven la ayudó a ponerse. La señora dijo:

—Otra vez sea más cuidadosa...

Y mientras el vapor se aleja lentamente, Felicia Malureau, la doncella de la marquesa de Bellerive, va tras ésta con la cabeza baja, pensando en su novela ¡ay!, tan bruscamente terminada, y Julián Sorbier, entre apenado y alegre, murmura:

—¡Qué lástima!... ¡Era muy bonita!



Este sin prólogo preámbulo  
es un regalo precioso:  
un poeta doloroso  
te da un pájaro noctámbulo.

Tiene tres años, la rosa  
que está en el tallo tiene eso:  
tus labios florecen beso  
y no comprenden la prosa.

Te doy el pájaro, niña,  
más, si lo matas ¡traviesa!  
que tu madre que te besa  
por el pobre, que te riña.

Amalo, es un errante  
poeta, quizá un reproche  
lo hizo errar entre la noche  
y caer agonizante.

Ave de los corazones,  
zenzontle del indio triste,  
el duelo tus plumas viste,  
la pena te da canciones.

En tu peine dejan hebras  
hoy tus hermosos hechizos,  
hazle un nido con tus rizos  
al pájaro que celebras.

Y mañana, cuando a mí  
gloria y pena dé la fama,  
por la ingratitude de aquí,  
por mi pájaro y mi llama  
tendré un recuerdo de tí.

Managua, 1895

A MANUEL MALDONADO

Mantel, el resplandor de tu palabra  
ha iluminado la montaña oscura  
en donde hace ya tiempo mi figura  
vaga entre el cisne, el sátiro y la cabra

Sea arado de oro aquel que abra  
el surco en la divina agricultura  
y que pueda extraer de tierra impura  
el mármol blanco que el artista labra.  
(1905).

POESIAS INEDITAS

F L O R A

A tus pies, Flora, Dea, su cornucopia  
vierte, mientras tus manos alzan la testa  
enrespada de oro, la simbólica cesta  
en donde el Iris mágico sus riquezas acopia.

El perfume que nace de tu sustancia propia  
unge los palpitantes senos de la floresta,  
y la estación que ríe bajo su luz de fiesta  
hace tus gracias tuyas y tus sonrisas copia.

Pues al paso de Flora la tierra se conmueve  
y con formas de oro, de púrpura, de nieve,  
de azul, la maravilla de su misterio expresa.

RUBEN DARIO

Hace nueve años, el 7 febrero de 1916, moría en su ciudad natal, rimbada  
ya su cabeza por los resplandores de gloria, el poeta Rubén Darío.

Después de haber nutrido su arte en los viejos veneros de la poesía es-  
pañola y luego de haber pedido prestado a la nueva poesía de Francia el licor  
de sus exquisiteces, dióse con empeño la tarea de libertar al verso castellano  
de sus sonoridades bélicas y de sus carezas en disonancia con el espíritu de la  
época. Suavizó y dió tersura a los ritmos clásicos e introdujo nuevas formas poé-  
ticas que permitieron expresar mejor los estados de alma de los poetas pertene-  
cientes a un siglo que imponía una nueva sensibilidad.

LOS PENSADORES, recordando el 90. aniversario de su muerte rinde ho-  
menaje a su memoria publicando un manojito de poesías del Maestro no in-  
cluidas en ninguno de sus libros.

Rubén Darío había nacido en Ciudad León (Nicaragua) en el año 1867.

Así llena de música la selva melancólica,  
traduce por el son de la fiesta bucólica  
lo que arde, lo que aspira, lo que ama y lo que  
[besa.

C O M O P A L O M A S . . .

Como palomas tórmense los tigres de la Hir-  
[cania  
ante la rubia Cipria que enciende el corazón.  
Ya se oye el ruido alegre del carro de Titania  
que busca enamorada los besos de Oberón.

La fiesta de las rosas y el canto de los nidos  
llenan los verdes campos y pueblan el vergel,  
despiertan en las cumbres los pájaros dormi-  
[dos

sobre las frescas hojas del lirio o del laurel.  
Quién es ésa que llega tan bella como Flora?  
Quién es ésa adorable divina emperatriz?  
Quién es ésa que tiene los labios de la Aurora  
la frente casta y pura como una flor de lis?

Cuando anda riega lirios; y cuando mira, es-  
[trellas.  
Quién su sonrisa viera para morir después!  
Quién fuera un bello príncipe para seguir sus  
[huellas!  
Quién fuera un dios amante para besar sus  
[pies!

Un pájaro está triste por ella en la montaña,  
porque sintió el perfume de la fragante flor.  
La vió el cielo una noche magnífica y extraña  
y un astro está por ella muriéndose de amor...

EL CANTAR DE LOS CANTARES

Aroma puro y ámbar delicado;  
miel sabrosa que liban las abejas,  
lo blanco del vellón de las ovejas,  
lo fresco de las flores del granado;

El pétalo del lirio perfumado:  
ojos llenos de ardor, bocas bermejas,  
besos de fuego, enamoradas quejas:  
caricias de la amada y del amado.

Fruición de gozo, manantial de vida  
reflejos de divinos luminares,  
pasión intensa en lo interior nacida:

el himno celestial de los hogares...  
Con eso sueña el alma entristecida  
al rumor del "Cantar de los Cantares"

(1883)

BALADA SOBRE LA  
SENCILLEZ DE LAS ROSAS  
PERFECTAS

A la señorita Carmen de S. Concha

Esta visión de sonrosado encanto,  
floral ternura de mil gracias llena,  
la he visto yo cubierta con el manto  
que Dios conoce en la mujer chilena?  
En medioeval poema iluminado?  
Bajo el azul, en una flor del prado?  
O en una infanta de cortes fastuosas?  
Yo no lo sé; pero en ella he encontrado  
la sencillez de las perfectas rosas.

Celebrad prestigiosas Scherezadas  
llenas de hechizos miliunanochescos,  
dad vuestros versos a huries y hadas  
o a reinas de otros reinos pintorescos.  
Noble visión hay en tiempos y frescos  
para loor de mil divinas cosas,  
que se han vivido o se han imaginado  
mas nada que a ésto sea comparado:  
la sencillez de las perfectas rosas.

Puede la orquídea hecha sueño o delirio,  
ser flor fatal que casi piensa y anda;  
puede encantar con su blancor el lirio  
y con su broche el tulipán de Holanda.  
Ritmo latino, flor de Italia escanda,  
copla española el clavel encarnado,  
y que en David la Amada y el Amado  
sean un sueño a vírgenes y esposas:  
todo ello encierra haber aquí cantado  
la sencillez de las perfectas rosas.

E N V I O

Carmen, el tiempo vuela apresurado  
mas se oiría algún pájaro encantado,  
como en hagiografías deleitosas  
donde hay un monje lírico extasiado,  
cuando en tu rostro se haya contemplado  
la sencillez de las perfectas rosas.



# LA MADRE DEL

La crueldad de la naturaleza, el

CUENTO POR

Un día tórrido; silencio: la vida es como cristalizada en un remanso luminoso; el cielo contempla a la tierra cariñosamente, con mirada límpida y azul por la pupila resplandeciente del Sol.

El mar parece forjado en metal cerúleo y liso; en su inmovilidad, las barcas poliferomas de los pescadores dijérase que están soldadas al hemisferio del golfo tan esplendoroso como el cielo. Pasa una gaviota batiendo perezosamente las alas y en el agua palpita otra ave más blanca y más bella que la que vuela por el aire.

La lejanía aparece confusa. Entre la bruma, se columbra un islote violáceo, del que no se sabe si navega suavemente o si se derrite bajo los ardores del sol. Es una roca solitaria en medio del mar, espléndida gema del collar que forma la bahía de Nápoles.

El islote pedregoso, lleno de crestas y aristas, va descendiendo hasta el mar; su aspecto es suntuoso, y tiene la cumbre coronada por la fronda verdiboscosa de un viñedo, de los naranjos, de los limoneros y de las higueras, y por las menudas hojas color de plata opaca de los olivos. Entre este torrente de verdor que se desborda casi perpendicularmente sobre el agua, sonríen unas flores blancas, coloradas y áureas, y los frutos anaranjados, amarillos, hacen pensar en las noches calurosas y sin luna, húmedas y de firmamento sombrío.

El silencio se ha señoreado del cielo, del mar y del alma. ¡Qué fatimo gozo se experimenta al percibir la muda invocación de todos los seres vivos al dios Sol!

Entre los jardines serpentea un angosto sendero; por él camina una mujer que se dirige al mar. Es alta, y su vestido negro remendado está descolorido por el sol. Sobre su cabeza, sin ningún tocado, prenden unos reflejos entre sus cabellos que ciñen con una diadema de ricitos la amplia frente, las sienes y la tez bronceada de las mejillas: se ve que aquel cabello no puede alisarse.

Su rostro ofrece un aspecto de austeridad y rudeza, que no se olvida nunca con verlo una sola vez. Hay en esta fisonomía enjuta algo profundamente arcaico, y al tropezar con la mirada rígida y sombría de aquellos ojos, se piensa involuntariamente en los tórridos desiertos orientales, en Débora y en Judit.

Va con la cabeza gacha, haciendo calceta: el acero del gancho brilla entre sus manos; el ovillo de lana está oculto en una de sus faltriqueras, pero parece que el hilo colorado va saliendo de su pecho. El sendero es escarpado y sinuoso, los pedruscos resbalan y cruzan a su paso, pero la vieja sigue bajando con la misma seguridad que si sus pies viesan el camino.

\* \*

La historia de esa mujer es como sigue:

Poco después de haberse casado con un pescador, su marido salió un día de pesca y no comparció más, dejándola a punto de ser madre.

Apenas nació el niño, ella procuró siempre ocultarlo a la vista de las gentes; nunca la vieron con él en la calle, al sol, para glorificarse con su hijo, como hacen todas las madres; antes al contrario, lo tenía siempre envuelto en har-

pos, en un oscuro rincón de la choza; por espacio de mucho tiempo no hubo vecino que pudiese hacerse cargo de la conformación del recién nacido; veíasele únicamente la cabezota y los inmensos ojos inmóviles, fijos, en la cara amarillenta. Notaron asimismo que la madre, que antes luchaba contra la miseria a brazo partido, alegremente, infatigablemente, que sabía infundir valor a las demás, se mostraba ahora taciturna y parecía siempre estar meditando algo, con el ceño fruncido, como si lo contemplase todo a través de un velo de dolor, con mirada extraña e interrogante.

No pasó, sin embargo, mucho tiempo sin que todos se enterasen de su desgracia: el niño había venido al mundo lisiado; y eso era la causa de que lo ocultase, el motivo de su pesadumbre.

Entonces los vecinos, compadecidos, dijéronle que se hacía cargo del dolor de una madre que da a luz a un ser lisiado; pero nadie, salvo la Madona, sabía si aquella prueba era un castigo merecido; en cualquier caso, el niño no era culpable de nada, y constituía una injusticia privarle de la luz del sol.

Ella prestaba oídos a la gente y les mostraba a su hijo; tenía éste unas piernas y unos bracitos cortos, como aletas de pez; la cabeza, inflada como una bola, se sostenía a duras penas sobre el cuello delgado y endeble; la faz, toda surcada de arrugas, como la de un vejete; los ojos turbios y la boca hendida en una sonrisa inerte.

Las mujeres lloraban al mirarle, los hombres se retiraban mohinos, con una mueca de desdén. La madre del monstruo se sentaba en el suelo; ora bajaba la cabeza, otras veces la erguía y miraba a todos como preguntando algo que nadie podía comprender.

Los vecinos construyeron para el lisiado una caja semejante a un ataúd, la llenaron de vellos de lana, colocaron al abortijo en aquella especie de nicho muelle y tibio y lo llevaban a un rincón del patio, en la esperanza de que el sol, gran hacedor de milagros, haría uno más.

Pero fué transcurriendo el tiempo y el monstruo seguía lo mismo; una cabezota enorme, un tronco alargado y cuatro muñones atrofiados. Únicamente su sonrisa iba adquiriendo una expresión más y más definida de insaciable glotonería; en la boca surgieron dos hileras de dientes agudos y fuertes. Los brazos cortos y deformes se avexaron a coger los trozos de pan y llevarlos sin equivocarse nunca a la ávida boca.

Era mudo, pero cuando alguno comía cerca de él, en cuanto oía el alimento, abría el hocico y comenzaba a dar unos mugidos roncros y a menear la pesada cabezota; el blanco mate de los ojos se cubría de un velo rojizo de venillas sanguinolentas.

Comía mucho y cada día más. Su mugido se hizo persistente. La madre trabajaba sin parar, pero su ganancia era exigua y a las veces nula.



# MONSTRUO

amor y los prejuicios de la sociedad  
MAXIMO GORKI

No se quejaba jamás de su suerte y si aceptaba algún socorro de sus vecinos, era mal de su grado y silenciosamente. Cuando estaba ausente, los vecinos, hartos del constante mugir del lisiado, corrían a meterle en la insaciable boca mendrugos, frutas, legumbres y todos los comestibles que les venían a mano.

—¡Se te va a comer viva! — le decían a la madre. — ¡Por qué no lo llevas a un asilo!

—No quiero oír hablar de eso, — replicaba ella. — Soy su madre. ¡Yo le he traído al mundo, yo he de ganar el sustento para él!

Como era hermosa, más de uno quiso hacerse amar de ella, pero sin el menor éxito. A uno de ellos, el que más le gustaba entre todos los pretendientes, díjole:

—No puedo ser tu esposa. Me da miedo engendrar otro monstruo. A ti mismo te daría vergüenza. ¡No, vetel!

El hombre insistió, recordándole que la Madonna hace justicia a las madres y las considera como hermanas suyas. La madre del monstruo exclamó:

—Yo no sé de qué puedo ser culpable. ¡Ah! Pero se me castiga muy cruelmente.

El hombre suplicó, lloró, enfurecióse, pero ella le atajó reiteradamente:

—Me da miedo... No tengo ninguna fe en mi destino... ¡Vetel!

El hombre se fué lejos y desapareció para siempre.

• •

Y así, uno tras otro, por espacio de muchos años, estuvo atiborrando aquella boca sin fondo que engullía sin cesar. El monstruo tragaba todo el fruto del trabajo materno, la sangre, la vida de la pobre mujer. La cabeza del abortijo se desarrollaba más y más, se convertía en un horror: parecía un globo que fuera de un momento a otro a desprenderse del dalgadocho cuello atrofiado y a volar por el aire, topando contra los salientes de las casas, balanceándose con indolencia a un lado y otro.

Todas las personas que al pasar por la calle miraban al patio, se detenían, a pesar suyo, estupefactas, estremecidas, sin acertar a comprender qué era aquello. La caja estaba adosada a un muro por el que se enredaban una parra; la ponían sobre un rimero de piedras, elevado como un altar, y de su interior surgía la cabeza del monstruo, atrayendo la curiosidad de los transeuntes. El rostro amarillento estaba surcado de arrugas, los pómulos eran salientes; los ojos, mates, desencajados, saltaban fuera de sus órbitas; aquella imagen se quedaba grabada por mucho tiempo en la memoria. La amplia nariz achatada, vibraba, se estremecía constantemente, así como las quijadas y los pómulos deformes; los labios hendidos se removían, dejando al descubierto unos dientes carniceros, y a cada lado de la cabeza surgían prepotentes dos desmesuradas orejas que parecían tener una personalidad y una vida propia e independiente.

Aquel mascarón horripilante aparecía cubierto en su parte superior de un manojo de pelos negros y rizosos, como los de un negro.

Casi siempre se le veía con un pedazo de cualquier cosa comestible en la mano diminuta y breve como la patita de una lagartija; y entonces el monstruo inclinaba la cabeza como un ave de presa, desmenuzaba el manjar a dentelladas, mascando ruidosamente y sorbiéndose los mocos. Los ojos se movían propendiendo a la base de la nariz, fundiéndose en una mancha turbia y sin fondo, sobre aquella faz semicadáverica, cuyas contracciones semejaban el estertor de una agonía. Cuando tenía hambre, alargaba el cuello y abría la enrojecida boca, removiendo una lengüeta de víbora y mugiendo con acento imperativo.

Las gentes se retiraban santiguándose y murmurando paces; aquello les recordaba todas las dolencias que les habían agobiado, todas las desgracias que les había acarreado la existencia.

Un viejo herrero, hombre de carácter melancólico, repetía a menudo:

—Cuando veo esa boca que lo engulle todo, se me ocurre que mi fuerza ha sido también devorada por algo, no sé que, pero que se le parece mucho. Y pienso que todos nosotros, vivimos y morimos para mantener parásitos.

Aquella cara emudecida suscitaba en todas las conciencias ideas tristes y sentimientos de espanto.

La madre del monstruo oía las impresiones de sus vecinos sin despegar los labios. Sus cabellos encanecieron prematuramente, y las arrugas se enseñorearon de su rostro. Hacía ya mucho tiempo que perdiera el hábito de reírse. No ignoraban los vecinos que la pobre madre se pasaba las noches enteras en la puerta, mirando al cielo, como si esperase que de allí iba a venirle el socorro. Y decíase unos a otros, engociendo los hombros:

—¿Qué estará esperando?

—¡Llévalo a la plaza, junto a la iglesia vieja! Allí pasean los extranjeros y le echarán céntimos.

La madre se estremeció horrorizada:

—Sería terrible que lo vieran los extranjeros. ¿Qué pensarían de nosotros?

Le contestaron:

—La desgracia existe en todos los países; eso no lo ignora nadie.

Pero ella meneó la cabeza negativamente.

Ocurrió cierto día que unos extranjeros que visitaban el pueblo, husmeándolo todo hasta el interior de los patios, se fijaron en el monstruo que estaba metido en la caja. La madre fué testigo de sus gestos de repugnancia y comprendió que hablaban repulsivamente de su hijo. Pero lo que más le llamó la atención fueron algunas palabras pronunciadas con acento de desprecio, de animosidad, con aire de triunfo.

Conservó en la memoria aquellos sonidos, repitiéndose con insistencia aquellas palabras extranjeras, en las que su corazón de italiana y de madre adivinaban un significado insultante. Aquel mismo día fué a casa de un faquir conocido suyo y le preguntó el sentido de tales palabras.

—Convendría saber quién las ha proferido, contestó el otro, frunciendo el ceño. Eso quiere



## El Congreso Socialista de Córdoba

decir: "Italia, muere antes que las demás naciones latinas". ¿Dónde has oído semejante embuste?

Ella fué sin responder.

Al día siguiente, su hijo, a consecuencia de un hartazgo, murió entre convulsiones.

La madre sentóse en el patio, junto a la caja, con la mano posada sobre aquella cabeza inerte. Estaba quieta, inmóvil, y parecía, más que nunca, esperar algo; fijaba la mirada interrogante en cada uno de los que desfilaban ante el cadáver.

Todos guardaban silencio. Nadie le preguntó nada, por más que muchos la hubieran felicitado de buena gana por haberse librado de aquella servidumbre, o tal vez desearan consolarla por haber perdido al que, después de todo, era su hijo. Pero todos permanecieron silenciosos. Hay momentos en que todos comprendemos que ciertas cosas no pueden decirse sin que parezcan rotincias.

Mucho tiempo después de la muerte del monstruo, la madre seguía mirando a las gentes a la cara, como si les estuviese preguntando no se sabe qué; luego, poco a poco, pareció que iba olvidando...

### PENSAMIENTOS

Sólo una pequeña parte de la ciencia de ser feliz es una ciencia exacta: la que depende del gobierno.

\* \* \*

La tiranía del pudor es tal que una mujer apasionada se traiciona antes con los actos que con las palabras.

\* \* \*

Si los hombres no fuéramos vanos, las mujeres nos lo harían ser.

\* \* \*

Desprecio a Kant, Fichte y demás grandes hombres que emplearon sus talentos en construir complicados e inútiles castillos de naipes.

\* \* \*

¿No me sería utilísimo que nadie más que yo conociera la obra de Helvecio?

\* \* \*

La primera ley que el siglo XIX impone al escritor es la claridad.

\* \* \*

Molière poseyó el arte de envilecer a las personas a costa de las cuales ha hecho reír.

\* \* \*

Los versos fueron inventados para ayudar a la memoria. Conservarlos en el arte dramático es rendir tributo a la barbarie.

\* \* \*

El placer de escribir es el mismo que el de leer, sublimado por unas gotas más de intimidad.

\* \* \*

Nunca tuve, por fortuna, la ambición de contar con muchos lectores. En cambio, me sería gratisísimo impresionar a treinta o cuarenta personas que no veré nunca y a las cuales quiero entrañablemente sin conocerlas.

STENDHAL.

Difícil sería fijar con exactitud la obra realizada por el V Congreso del Partido Socialista llevado a cabo en los primeros días de Enero, en la Ciudad de Córdoba. Menester sería, para ello, tener la virtud de la película fotográfica, animadamente bella, que además de las formas, presentará cuanto de esencialmente bello, se ha dicho y debatido en sus sesiones.

Aquello fué una expresión de ideas libres, pensadas, sentidas y vertidas por hombres libres, y un torneo de capacidades mentales puestas al servicio de una doctrina política, con verdadera pasión, con grande entusiasmo, sin que por ello se dejara de chocar con adversarios, de igual entusiasmo y del mismo valor teórico o doctrinario.

Con todo lo que estuvieron, la suerte de asistir a la Asamblea magna del Socialismo argentino, se sienten satisfechos, pues han aprendido a debatir ideas, a mejorar principios, y renovar sistemas, que ya no estaban en consonancia con las necesidades actuales del momento.

Partido de eterna renovación de los valores sociales y económicos, el Socialismo ha sabido darse un programa en consonancia con la época, avanzando ideas claras sobre cuestiones de vital importancia para la clase trabajadora argentina, ya sea en el orden económico social o legislativo, ya sobre tópicos constitucionales, que por lo anticuado y fuera de lugar ha sido menester "remojarlos".

Congreso de afirmación de la lucha de clase que el Partido Socialista sostiene en el campo gremial, político y económico, donde se ha discutido amplia y sabiamente, a la luz del día, y en presencia de amigos y extraños, no puede merecer más que calurosos aplausos, y ojalá las demás fracciones políticas del país, tomen ejemplo de ello, obligando a sus adherentes a tomar de ese Congreso enseñanzas y guías, para que nuestros conglomerados políticos, dejen de ser una rémora para el mejoramiento y la capacitación electoral de nuestros ciudadanos.

Sería a fin de cuenta, la realización de éste Congreso, el cartabón donde deben los demás partidos, venir a aprender a deletrear el alfabeto de las futuras reivindicaciones que el Partido Socialista ha de tratar de conquistar, y con la lectura de la transcripción taquigráfica de las sesiones del mismo, ver con cuanta seriedad, con cuanto empeño y con qué profundo interés, miramos los Socialistas el Porvenir, que es nuestro, mal que le pese a la clase burguesa reaccionaria, llámese ella, Radical, Conservadora, Católica o Progresista.

Tomás J. Scaglia.

Córdoba, enero de 1925.

Porque el hombre jamás tiene completo derecho sobre la obra que hace. El derecho de ella es superior al de él. Y así, el deber del hombre está en sacrificarse por su obra, y jamás sacrificarse a otros fines.

D'ORS.



# BENAGISSAL EL PROFETA

— POR —

ALFONSO MASERAS



El rey Otoniel moraba en la ciudad de Jaralad. Hoy en día los hombres ya no tienen memoria de dónde estaba edificada la ciudad de Jaralad ni de las tierras que comprendía el reino de Otoniel. Pero las crónicas de los más remotos tiempos nos han conservado sus nombres y el del profeta Benagissal, hombre recto y sin pecado.

Vivía el rey Otoniel en el castillo que edificara su padre y que se levantaba en medio de la ciudad de Jaralad. Con él vivían la reina, los príncipes de la casa real, los ministros, los intendentes y la gente armada que guardaba el castillo. Y alrededor de la fortaleza se extendía la ciudad, orgullosa de proteger la morada de Otoniel.

Con demasiada frecuencia, abriendo las puertas al holgorio y al derroche y resplandeciendo con sus mejores galas, el castillo vibraba como una colmena, pues el rey amaba los festines. Y también la opulencia y las riquezas, que amontonaba en sus cámaras y en las de los príncipes y distribuía entre sus servidores. Y para poder satisfacer su avidez de placeres y su pasión por el oro, imponía pesadas cargas a sus súbditos, quienes las soportaban pacientemente. Pero cuanto más opulencia ostentaba la corte, más miseria había en Jaralad. Y esta miseria, cada día más espantosa, engendraba querellas, injusticias y crímenes. Los súbditos de Otoniel eran desventurados; hasta que un día se amotinaron, y en gran multitud pretendieron asaltar el castillo para pedir clemencia al rey. Pero los guardas contuvieron al pueblo y no le dejaron penetrar en el castillo.

En esto, Benagissal, el profeta, que oía el clamor del pueblo, lloró en su corazón por las injusticias que aquél sufría. Y por la noche, cuando nadie podía verle, se encaminó al castillo para hablar con el rey. Y cuando hubo sido conducido a la cámara real, Otoniel se lamentó de la insolencia del pueblo.

—Tú lo has querido — dijo Benagissal.

—¿Y cómo podía quererlo yo, si siempre me he esforzado en vivir en paz con mis súbditos?

Entonces Benagissal habló a Otoniel, y le dijo:

—Para un rey sabio y prudente, el amor del pueblo ha de ser preferible a las lisonjas de los cortesanos; el bienestar de los súbditos ha de ser preferible a las riquezas de la corte. Ni tú ni tus ministros habéis obrado de acuerdo con la justicia; por eso el pueblo clama ahora contra vosotros. ¡Ay de tí si sigues oprimiéndolo como ahora, pues tarde o temprano se vengará!

Los ministros de Otoniel habían escuchado las palabras de Benagissal y suplicaron al rey que les escuchara. Y el ministro que entendía en los negocios de la justicia dijo a Otoniel:

—Quitate de delante a este hombre, que es tan insolente como tus enemigos. No creas en su recitado ni en su don de profecía, pues es un impostor.

—¿Y cómo lo alejaré de mí? — preguntó el rey.

Todos los ministros le respondieron:

—Hazle morir.

Entonces Otoniel llamó al capitán de su guardia y ante los ministros ordenó que prendiera a Benagissal, que lo encerrara en la ergástula más oscura del castillo y que antes de amanecer lo hiciese degollar.

Los ministros permanecieron toda aquella noche al lado del rey, aconsejándole que reprimiera las violencias del pueblo con mano dura, que hiciera respetar con las armas su autoridad absoluta y que castigara a los rebeldes y a los sospechosos con penas y tributos. Otoniel prometió hacerlo así, y así cumpliólo al siguiente día.

Pero antes de acostarse, el rey tuvo compasión de Benagissal y ordenó en secreto al capitán de su guardia que no degollara al profeta, sino que lo tuviera encarcelado en el subterráneo más recóndito de la fortaleza, y que desde la mañana siguiente lanzara voces por todo Jaralad diciendo que Benagissal había sido muerto por orden del rey. Y amenazó con la muerte al capitán de su guardia si revelaba lo que le acababa de mandar.

El carcelero ignoraba quién era Benagissal, su preso; pero le tenía muy encerrado y, para más precaución, le había atado los pies con una pesada cadena. Benagissal dormía en la paja y se alimentaba con el pan y el agua que le traían cada mañana. Y soportaba con paciencia el encarcelamiento y la miseria a que le había reducido el rey, pensando que eran preferibles la ergástula y la muerte a la adulación y la mentira, contento de poder sacrificarse por la justicia de la causa de sus hermanos.



Y así pasaron años. Benagissal seguía encerrado y encadenado, durmiendo sobre la paja negra y alimentándose de pan y agua. Sólo el rey y el capitán de la guardia sabían que no había muerto. Pero Otoniel, que se había compadecido del profeta, temeroso de que sus predicciones se cumplieran, no tuvo nunca voluntad para seguir sus consejos y oponerse a los de sus ministros.

La miseria azotaba el reino de Jaralad, y el pueblo, en lo profundo de su corazón, maldecía de su rey. Hasta que se levantaron caudillos entre la gente del pueblo, los cuales, seguidos de la multitud vengativa y colérica, asaltaron la mansión real y pusieron a muerte a Otoniel y a los suyos, a sus ministros y cortesanos, y desarmaron y destruyeron la guardia del castillo. Y el pueblo saqueó y expolió la fortaleza, no dejando rastro de las riquezas que eran el orgullo del rey.

Con el tumulto de la revuelta escapó el carcelero de Benagissal quien para poder huir, pasó por encima del cadáver del capitán de la guardia real, que había muerto en la refriega que sus soldados sostuvieron con el pueblo. Pero el carcelero murió también. Y Benagissal permanecía en la esgrástula, ignorado de todos, sin que nadie pudiera llevarle un pedazo de pan, sin que nadie le llenara la jarra de agua cuando le torturaba la sed.

Con la muerte del rey y la ruina de su casa, las iras del pueblo se desvanecieron. La ciudad no quiso levantar sobre ella ningún otro rey, y eligió de entre los caudillos del pueblo tres jueces supremos que la gobernarán. El más anciano de los tres, que se llamaba Darconías, asumía la máxima autoridad.

En tanto, el castillo permanecía vacío desierto, con las puertas abiertas de par en par, de modo que todos entraban y salían de él a su antojo. Y así, de noche, si en otro tiempo desprendía rumores de fiesta, ahora dormía en un silencio de muerte; si en la gran plaza se oían, durante el día, clamores de címbalos y de trompetas, ahora sólo repercutían en ella las voces dulces y gráciles de los niños. Pues los niños de Jaralad iban a jugar a la plaza del castillo.

Aquel día los niños habían jugado en la plaza de armas toda la mañana y a ella volvieron por la tarde, traviesos y alborozados. Pero con la alegría del juego se marcharon del castillo para irse a un bosque cercano, con la esperanza de cazar gorriones. No se marcharon todos: Ananiel, hijo de un tejedor que vivía junto al castillo, y sus hermanos menores, no quisieron seguir a los demás niños, temerosos de que su madre les viera y les retuviera en casa. Y cuando los

tres hermanos se hallaron solos en la gran plaza, sin los compañeros de cada día, no supieron cómo jugar. Entouces el menor de los tres, que era el más travieso, se metió por las cámaras del castillo, que habían permanecido abiertas después de la expoliación.

Sus hermanos, movidos por la curiosidad, le imitaron. Y los tres resiguieron todas las dependencias del castillo, admirando su riqueza y su esplendor, como si se hallaran en un palacio de hadas. Ora penetraban en la sala del Consejo, ora en la del Trono; ya recorrían las cámaras del rey y de los príncipes, ya se encaramaban hacia las de los servidores o descendían a las cocinas y a las bodegas, donde todo estaba revuelto y por donde pululaban los ratones. Ananiel y sus hermanos lo recorrieron todo, y comprendiendo que en aquel laberinto se podían extraviar, se daban la mano uno a otro para infundirse valor. Pero ninguno de los tres se atrevía a hablar, tanta era la admiración que experimentaban.

Y aconteció que cuando hubieron recorrido un largo y oscuro corredor subterráneo, los niños oyeron una voz honda y quejumbrosa que salía de las tinieblas. Ananiel retrocedió asustado. Uno de los hermanos dijo:

—¿Quién debe haberse escondido aquí?

Y el menor de los tres añadió, con resolución:

—Vamos a verlo.

La voz se oía cada vez más cercana, pero también más angustiosa. Los niños andaban a tientas y uno de ellos dió con un enorme cerrojo. El ruido del hierro los detuvo, y entonces oyeron más claramente la doliente voz.

—¡Abrid!... ¡Abrid!...

Ananiel forcejeó con el cerrojo, y ayudado por sus hermanos, abrió una gran puerta quejumbrosa que daba paso a un húmedo y tétrico calabozo, débilmente alumbrado por una tronera angosta por la que el brazo no llegaba a pasar. Allí los niños hallaron a Benagissal, echado sobre la paja. El profeta, que seguía con los pies encadenados, tenía la faz blanca como un lienzo, los ojos febricitantes y las manos temblorosas. El hambre y la sed le habían inmovilizado sobre el lecho.

—¡Vnid, niños venid!— exclamó el preso.

Los tres hermanos se admiraron ante aquella extraña aparición; pero arrojados por la dulzura de su voz, se acercaron al profeta. Ananiel preguntó con toda su inocencia a Benagissal:

Benagissal adivinaba en su corazón lo que había acontecido después de la partida de su carcelero. Pero nadie le había podido confirmar sus sospechas. Ahora, al verse en presencia de estos niños,





su corazón palpitaba alegremente, pues veía con sus ojos mortales que el pueblo había hecho justicia a Otoniel. Por eso, a la pregunta del niño, respondió el profeta:

—Os esperaba a vosotros.

Entonces los niños dijéronle que el castillo estaba vacío, pues el rey y los suyos habían sido muertos, y que ahora iban ellos allí a jugar con muchos otros niños de Jaralad.

—¿Y tú nos esperabas? — exclamó Ananiel.

—Os he esperado largo tiempo. Sólo vosotros podíais venir a libertarme.

Dijo Ananiel:

—Abierta está la puerta. Vente con nosotros.

—¿Y cómo voy a ir — repuso Benagissal — si estoy desfallecido por no haber comido en muchos días, y tengo los pies encadenados?

El preso hizo un esfuerzo: se incorporó sobre la paja húmeda y fétida y los grillos de sus pies produjeron un sordo rumor. Oyóse en la jáciga una agitación de ratoncillos. Pero ninguno de los niños se dió cuenta de ello, pues los tres permanecieron aturridos ante la figura espectral del profeta. Después de un largo silencio, dijo Ananiel:

—Avisaremos a un cerrajero para que te quite esos hierros de los tobillos y vendrás con nosotros.

Benagissal no les respondió palabra y se echó nuevamente, extenuado, sobre la paja negra.

Los niños se fueron por el largo corredor subterráneo y por segunda vez cruzaron el laberinto de las cámaras del castillo. Y no respiraron tranquilos — de tal manera les había oprimido el corazón el hallazgo que acababan de hacer — hasta que se hallaron fuera de la fortaleza. Entonces deliberaron en secreto respecto a quién podrían comunicar tan extraño descubrimiento.

En aquel momento cruzaba por delante de la puerta del castillo uno de los esbirros del nuevo gobierno, un capitán de la guardia personal de Darconías, el más anciano de los triunviros elegidos por el pueblo de Jaralad. Ananiel y sus hermanos se lo refirieron todo.

Admirado por lo que los niños le explicaban, el guardia les obligó a que le siguieran. Y los llevó a presencia de Darconías, a quien los niños repitieron la relación de su hallazgo. Darconías escuchó con mucha atención al niño Ananiel.

—¿A quién se lo habéis contado antes? — preguntó el juez.

—A nadie — repuso el niño.

Y añadió:

—Íbamos ahora en busca de un cerrajero para que le quitara los grillos.

Darconías celebró inmediatamente consejo con los otros triunviros. Y después de larga discusión, dijo uno de ellos:

—Este hombre es Benagissal. No os quepa de ello la menor duda. Sólo puede ser Benagissal. Acordaos de qué extraña manera desapareció. Después de un tímido intento de rebelión contra Otoniel, corrió la voz un día de que el rey lo había mandado degollar. Pero contra la costumbre establecida, su cabeza no apareció suspendida en la torre más alta del castillo. Había quienes dudaban de su muerte y suponían que se había desterrado voluntariamente en alguna tierra lejana. Estos que así hablaban esperaban que él viniera para librar al pueblo de la tiranía del rey. Pero ya lo habéis visto; el pueblo, esto es, nosotros, nos supimos emancipar sin él.

Y respondió Darconías:

—Sin él sabremos gobernarlos. No sea que, lo mismo que se levantó un día contra la decisión del rey, se levantará luego contra las nuestras. Si hasta ahora ha permanecido en la ergástula, que se quede allí. Si el pueblo creía que estaba muerto, que el preso dé con sus huesos en el calabozo: así el pueblo creerá lo que realmente será cierto.

Y después de llamar otra vez a los niños ante sí, el juez supremo de Jaralad les dijo:

—Ese que visteis allá en el castillo, en una cámara tenebrosa, no es un hombre, como os figuráis. No es un hombre, sino un espectro. Es una aparición. Es posible que sea un muerto que se haya levantado de su tumba. Es posible que sea un fantasma que descaba tenderos un lazo. Decís que os ha hablado, y yo lo quiero creer; pero habéis de saber que los fantasmas también hablan. Y en cuanto a las cadenas cuyo rumor oísteis, tened por cierto que él mismo se las había atado para aprisionaros luego con ellas. Volveos a vuestra casa, hijos míos. Y no digáis a nadie que habéis visto un hombre allá; decid, y así diréis la verdad, que habéis visto un demonio espantoso que os llamaba y engañaba para perderos.

Ni Ananiel ni sus hermanos volvieron nunca más al castillo. Tampoco volvieron allí los demás niños de Jaralad. Y aunque hubiese querido, no lo hubiese sido posible, pues Darconías mandó cerrarlo y puso guardias en todas las puertas. Otra vez de día y de noche la gente armada velaba en lo alto de las torres almenadas.

Los tres jefes supremos de la ciudad guardaron el secreto del hallazgo. Y fueron más crueles que el propio rey Otoniel, pues permitieron que el profeta se consumiera lentamente en la paja negra de la ergástula, donde las ratas, a los pocos días, celebraron un festín con sus mortales despojos.

Ilustraciones de Llaveñas.



El próximo número de "LOS PENSADORES"  
= aparecerá el martes 24 del corriente =





# BAHIA y PASCUAL

MONOLOGO COMICO - DRAMATICO, ORIGINAL

Por JOAQUIN C. MPA

## PERSONAJES

**BAHIA**, 50 años. Encorvado por el alcohol, con cabellos, bigote y barba blancos. Es un harapo. De su vida sólo conserva un destello de luz en sus grandes ojos.

**PASCUAL**, perro ratonero, chiquitín y feucho.

## DECORACION

Un rincón de un jardínillo público, con su correspondiente banco, en Buenos Aires. Es de día. Al levantarse el telón, Bahía aparece sentado y comiendo. Sobre el asiento del banco tiene un periódico, un pollo, un pedazo de pan y una botella de vino, un bastón, una valija y unas cajas de zapatos. Pascual ocupa el otro extremo del banco y come muy tranquilamente. Después de levantarse el telón, hay una pausa.

—Bueno... yo no uso copa; pero si quieres, espérate que yo beba. (Bebe). ¿Quieres? (Idem). Toma, mira donde te pongo la botella para que bebas si quieres beber... ¿Quieres fumar?... Ah, mira, si te quieres limpiar el hocico, ahí tienes el mantel, y si te quieres escarbar los dientes y las uñas, métete el dedo y arréglate con las uñas. Yo soy tan bueno como tú, y me arreglo como puedo... (Bebe), ¡Pascual!... ¡Pascual!... ¡Pobrecito! Yo te quiero mucho. (Se eriza una lágrima). Vamos, hombre, ponerme a pensar lo mucho que te quiero es entristecerme y ponerme a llorar como si... fuera una criatura. (Pausa).

Un amigo mío tenía un hijo chiquito como tú. Precisaba unos zapatitos y no tenía dinero. Me tropieza un buen día en la calle, y de buenas a primeras me dice que si le quiero vender unos zapatitos al fiado para su hijito.—Mirá le dije, ¿vives donde siempre? —Sí, me respondió. —Bueno, le dije Pues mañana, a primera hora, tu hijo tendrá los zapatos que precisa; y así fué. No eran las diez de la mañana cuando me presenté en su casa. Y como yo estoy acostumbrado a vivir en palacios, y a tratar con duques. (lo dice con tono festivo) condes y marqueses, no me extrañó ver servir una misma pieza de dormitorio, comedor, cocina, retrte, cuarto de baño y sala de recibo. —La señora marquesa de Cienfuegos, está? —Ocupada en este momento, me responde. —Bueno. (Indicación al respecto). Dele usted vuelta a la hoja y tenga mucho cuidado no se le incline, y aunque no se lave las manos lo mismo puede recibir usted estos dos pares de zapatos que su esposo le manda. Ya están pagos. Y... hasta la vista. Que no se le enturbie. Y tenga usted mucho cuidado que no se les acatarse el chico. Vea, que yo una vez tuve un catarro en ese mismo lado. Bueno, la señora se ríe y yo me doy vuelta para irme, cuando un "¡guay!" muy moncecito siento. —¿Qué es eso?, pregunto. —Un perrito de papá. —¿Un perrito de tu papá? —Zi, señor. —Bueno, pues le díces a tu papá que si me lo quiere dar, que os regalo los dos pares de zapatitos. —Bueno: ya ze lo diré. —No te olvides, ah? —No, señor. Bueno, pues para car-

melos y pastillas de menta son esos diez centavos que te doy. —Grazias.

A las doce del mismo día, dos horas después, estaban en mi casa. Y por cierto, que al verte tan delgado, me has hecho venir un mal pensamiento.

Recuerdo que para hacerte tomar la leche tuve que untarte los hocicos, y tú dale que nó, y yo dale que sí, y con el rabo metido entre las piernas, te escapabas de mis manos, te vas debajo de mi cama y te metes todo encogidito y medio tembleque, en el cajón fúnebre que yo tengo, fijate bien en lo que te digo, debajo de la cama, hace seis años, y que conservo como una reliquia, porque como sé que voy a morir sin un cobre, sin la ayuda y amparo de nadie, de repente y como un cochino, como lo sé, te repito, pues se que debajo de mi cama tengo el ataúd donde iré metido, sin el favor ni la limosna de nadie... al campo santo! Soy solo. No sé si soy el último de mi familia o si alguno más queda que lleve mi apellido. No tengo dinero. Mi moblaje es muy reducido, y la molestia de llevarse no vale. Si me muerdo antes que tú, para tí te dejo los cachivaches que tengo.

¡Pascual!... Yo no te puedo querer como a un hijo, porque nunca fuí padre; desconozco ese cariño; pero te quiero como a un buen hermano, como... ¿Dime si no te querrá quien se roe los huesos por darte a ti la carne? Tú te comes lo mejor del pollo, y yo me chupo los huesos y los dedos.

"La Formal"... Así se llamó la zapatería que en otro tiempo fuera mía, y que hoy, por esta maldita cabeza y esta insaciable boca, se encuentra desparramada por el borde del vidrio entre muchos tenderos que suman por los dedos y cuentan por los piés.

Hoy, para ganar el pan y poder saborear alguno de mis exquisitos platos, por favor y con el sombrero en la mano, como por limosna a quien me ha servido para limpiarme las botas, le tengo que ir a pedir zapatos, medias, ligas, en fin, mercadería, cualquier cosa, para ir a ofrecerla más tarde de puerta en puerta y fastidiar al primero que se pueda. Es un comercio. Es un medio de vida... quizás favorecido por el dolor de mi presencia. (Pausa).

Para mí, tú eres mi único y buen amigo, leal y sincero, no me vendes ni me compras, no me mientes, no me abandonas. ¿Es extraño, pues, que te pongas unos zapatos?... Dígallo quien lo sepa... (Se dispone a irse).

Bueno. Para comer hay que trabajar. No es justo que nadie viva sin trabajar. Vamos... (Coge los zapatos y con un hilo los ata y se los cuelga del lomo. Coge su bastón, su valija y sus cajas, y después de una mirada de inteligencia, le dice:) Al verte con los zapatos así, no faltará quien diga que Bahía te los quiso poner, no pudiendo por ser un animal, pero yo creo que soy más animal que tú... y voy calzado.



# EL DISPENSARIO

CUENTO SOBRE EL TRAGICO FIN DE UN HOMBRE HONRADO

POR C. DE DOMENEC

El hombre, viejo, larga la barba blanca, estaba allí, encima la metálica mesa de operaciones del dispensario. Parecía como aplastado. Examinábase un médico de edad avanzada y un alocado estudiante bajo la luz defectuosa de una gastada bombilla eléctrica.

Habíanlo recogido del suelo, en el medio de la calle. Un auto, a poca velocidad, alguna, nada más que alguna, lo rozó. Y no obstante, aquel hombre viejo de larga y blanca barba estaba en la pregonía. El médico viejo, habiéndose quedado solo con él, lo interrogó.

El hombre viejo respondía con voz dulce, velada, — empapada de una ironía imperceptible pero evidentiísima.

—Poco trabajo le daré, señor doctor. Ya he concluído con el mío en *esta vida*.

Y al decir la palabra *esta* relucían extrañamente los ojos del moribundo y traspasóse vívidamente, clara e inteligentemente sonrisa su blanca barba. El doctor movió con aire indeciso, inseguramente dubitativo la cabeza. Y el hombre viejo dijo:

—Soy sólo. No tengo a nadie, ni amigos, ni parientes. Mis antiguos amigos ni me saludan. Mis parientes hace dos años que me echaron de casa. No les ví más. Ahora, hoy, hace tres días que no he comido nada. Tampoco me es preciso.

—No recuerde estas cosas. Le daré una inyección, lo pondremos en la sala de distinguidos, comerá y dentro de cuatro días a la calle.

—No, doctor. Gracias. Tampoco me interesa estar en ninguna parte.

—Debe haber sufrido mucho usted?

—¿Quién sabe! ¿Qué entiende usted, doctor, por sufrir?

—Estar sujeto al dolor físico o moral.

—¿Existe el dolor moral?

—Quiero decir, nuestro,— estando el cuerpo sano...

—Ah, ya... por qué la moralidad del dolor...

—...No es éste nuestro problema ahora, sino su sufrimiento.

—¿Mi sufrimiento de toda la vida, doctor?

—A este me refiero.

—Pues desde mi infancia no hice otra cosa.

—¿Le sabe mal?

—Ninguno.

—¿Cómo? ¿No hubiera preferido, usted, otra forma de existencia?

—No.

—¿Así debe haber vivido satisfecho?

—Mientras estuve solo.

—¿Qué ha sido a menudo?

—No.

—En usted estaba que fuera así.

—¿Y usted qué sabe?

—El hombre es libre de escojer su destino.

—¿Y usted tiene carrera, es médico, y dice estas cosas?

—¿Usted no gozaba de esta libertad que todos tienen?

—¿Quién tiene libertad? ¿Ha vivido con el pueblo, usted? ¿Ha vivido con los grandes y los poderosos?

—¡Extraordinario! ¡Curioso, a fe mía!

—¿Tienen libertad los que traen a este dispensario?

—¡Pero eso, señor mío, es anárquico del todo!

—Así todos me lo han dicho siempre.

—Es claro, con estas ideas no habría sociedad posible.

—Por defender las contrarias, — que son las buenas, las de usted, las de la sociedad, — a once años me encerraron en un asilo donde nunca se hartaban de pegarme. Allí hacíanme hacer todos los trabajos más duros. Y nunca protesté. Porque nunca, pero nunca he devuelto mal por mal. Porque siempre también he dado todo lo que poseía, sin que jamás nadie tuviera que pedírmelo dos veces y en muchos casos ni una. He estado en la cárcel por los otros. He...

—No hable más que se cansa.

—Un vaso de agua quisiera.

—No se lo puedo dar.

—Hasta esta agua, doctor, se me ha negado siempre, cuando la he necesitado... De la sed interna de agua, ni hace falta hablar.

El viejo médico hizo servirle un dedo de agua al caballeresco moribundo.

—¿Cómo es de dulce y sabrosa esta última agua de mi vida!

—No diga esas cosas. Tal vez cambien para usted los tiempos.

—¿Ca...! Ni falta que hace. Así como así, ni yo ni mi destino, como dice usted, habrían de cambiar.

—Puede que sí.

—No. Mire. Poseía una buena fortuna, e hijos, mujer y amigos. La buena fortuna es hoy de la mujer y de los hijos. Se la cedí.

—Cuenta, cuenta.

—Usted, doctor, espera una novela.

—No. Pero creía que usted renegaría de la familia, amigos y sociedad. Que protestaría de ellos.

—¿Para qué?

—¿No le conmueven estas cosas, no lo enternecen?

—¡Muchísimo!

—¿Qué, no los amaba a los suyos?

—¡Sí!

—¿Entonces, cómo es que no protesta?

—Por que tal vez, la verdadera estimación de las cosas, está en sufrirlas y callarlas.

—¿Pero usted no siente su interior agriado, algo así como un peso, una levadura de venganza y de rebelión?

—¿Contra aquello que amo tanto como ora mi tierra y mi cuerpo? ¡Ya sabe lo que dice! — Mire, una hija mía es prostituta. Es usted capaz de creer que, para mí, que no la veo nunca, es aún mi tierna hija amadísima?



—Usted siente de diversa manera que los demás.

—¡Las lágrimas que me cuestan mis nueve hijos, que no sé si son míos!

—¡Y son ricos, yo echan de casa, y tiene una hija prostituta!

—Sí.

—¡Y no encuentra monstruosas las cosas humanas!

—¡Pobres hombres! ¡En su atrasada vida, los he visto padecer tanto!

—¡Pero piensa en los demás, y en usted no?

—Los otros! Los otros, — aún son el todo que nos hace amar la vida, — por mala que ésta sea.

—Es admirable su voluntad.

—Ni eso. Es una de tantas voluntades.

—...Usted, es un santo! El hombre caballeresco de la blanca barba, miró sorprendido al doctor. En seguida, indignado, afanosamente indignado lanzó la más terrible de las blasfemias, y con amargura infinita, — delicadamente, esquisitamente, con un tono de ternura que llegaba al corazón, dijo:

—Es para decirme eso, — esta palabra deshonorable, — que repudio con toda mi energía, — repudio y rechazo, — que he sufrido tanto y tan injustamente he padecido? Es para escuchar esa infamia como a pago que he sufrido de tal manera?! — ¡No son más que eso los hombres? Ah! mal concepto tenía; pero ahora, — dime, doctor, qué horrible concepto tendré que tener, si tú, hombre de estudios, eres el primero en confundir los vocablos y a deshonrar gratuitamente el verdadero valor!

El moribundo agonizaba. El doctor estaba aturcido, trastornado.

—Crees tú, pobre médico de dispensario, que a

mí se me paga y en paz con esta palabra de un día, anodina y sublime? Crees tú, por ventura, que en mí queda rastro aún de orgullo o de vanidad?... No, hombre, no. He amado mucho — demasiado aún es mi amor. Yo no soy un santo. Soy algo mejor o peor. Como quieras. Soy algo distinto, — y, a buen seguro, más real que un santo: no soy nada más que un hombre como los otros. Lo entiendes, infeliz doctor? Un hombre! Un hombre que tristemente, está a merced de los otros hombres, cual un desgarrado despojo de la vida. No lo has entendido, aún?... No? ¿Cómo se os deberá hablar a vosotros, hombres de ahora?... Será necesario, tal vez, que os arranquéis las orejas, y los ojos y...? Precisa...? ...Ay!... Ay, de mí!... Ay — mí!... O... vida!

Pero ya los párpados del hombre de la blanca barba vibraban, cual alas de libélula, volvíanse rojos y de color de oro los ojos; la respiración se le hacía sumamente difícil; temblábanle, algo, delicadamente, las manos... El hombre, entraba triunfante con su sonrisa en una dulce agonía. Era la primera vez que lo respetaban. *Dejábanlo morir — sin importunidades.*

Entonces entró el comisario de policía. El doctor, explicóle la conversación. Y el hombre de la barba blanca caballeroso, moría, divinamente, de un tirón. El comisario, en el mismo instante de romper a llorar, gritó con aspereza:

—Eh, tú, ayudante! Aprisa! Que traigan una botella de cognac!

Y moría el hombre de la blanca barba, mientras el doctor y el comisario, como *ofendidos*, pesarosos y molestos, bebíanse la séptima copa del reparador licor.

(Traducción de J. SERRA).

## LAS FILIPICAS

*A la aristocracia argentina.*

Yo viví en Italia en la época feliz del Renacimiento, hace cuatrocientos años, y entonces los pobres respetábamos y honrábamos a los ricos, porque los ricos, sin privarse de lujo y regalo, sabían fomentar las industrias, proteger las ciencias y las artes, e impulsar con su amparo la cultura de la nación. Y vivo hoy aquí, y veo que ustedes, aristócratas y adinerados argentinos, siendo más ricos que los de otros tiempos y otros países, se han ido del regalo a la disolución, y son ignorantes e incomprensivos, y dejan morir de hambre a los artistas, y no conocen el nombre de la ciencia, y son arrrollados por el industrial extraño, y si tienen cultura en su patria, la tienen a pesar de su dinero, por el esfuerzo y las hambres y las lágrimas de los que llevando espíritu tenemos que luchar denodadamente para defender uno y otro de la adversidad. A ustedes, aristócratas argentinos, los pobres de hoy no los podemos honrar ni respetar. Su riqueza inútil nos solivianta.

JOSE GABRIEL.

## POEMAS NATURISTAS

H A L L A Z G O

Salí al campo desnudo, corrí por esas pampas, respiré viento, viento musical; nadé en las aguas rojas del río inmensurable, comí sólo manzanas... Y volví a la ciudad.

¡Y volví de inocente!: Reía a carcajadas, claro, recto, sencillo como un rayo de sol; mi espíritu de fuerte deseaba amar a todos... ¡Y hoy hallé que en mi carne había un dios!

V A M O S, E H. . .

¡Vamos eh, muchacha, vete al sol desnuda!  
¡Sacude este último prejuicio monjil!  
Todos tus afeites sean sol y agua;  
y como ellos franco será tu reír.  
Bronceado el cuerpo dí a quienes se espanten:  
¡Esta es la camisa del hombre feliz!

Alvaro Yunque.



# EL PADRINO ANTONIO

UN CUENTO SOBRE EL AMOR OCULTO. POR MIGUEL DE UNAMUNO

¿Qué drama íntimo de amor había vivido Antonio en su mocedad? No aludía a ello nunca aquél cincuentón casamentero que, mientras aconsejaba a los muchachos y muchachas que se casaran, repetía que él, por su parte, no había sido hecho por Dios para casado. "Nací demasiado tarde!", era su explicación a su estado. Sólo un par de veces le oyeron decir, para mayor esclarecimiento: "Si hubiese nacido diez años antes..." "Tendría usted ahora sesenta", le replicó uno, y él: "Ah, sí, pero... los tendría!"

En cambio, teorizando se clareaba más, como sucede. "La materia trágica, la tragedia real, dolida, sale de las entrañas del tiempo — decía —; es el tiempo mismo. El tiempo es lo trágico! Pero lo eternizamos por el arte, destruímos e. tiempo y tenemos la tragedia contemplada y gozada. Si cupiera repetir aquel dolor, aquel mismo y no otro, aquel dolor de aquel minuto y repetirlo a voluntad, haríase el más puro placer. El tiempo que pasa y no vuelve es la tragedia! Toda la tragedia dolida es llegar o antes o después del momento del sino!"

—Las grandes tragedias de amor — decía otra vez, — cuando coincidiendo el lugar y el tiempo alguna otra piedra de escándalo se interpone entre los amantes. Dios hizo nacer a Romeo y Julieta, a Diego e Isabel, a Pablo y Francisca, uno para otra, siendo así que de ordinario aquéllos que se completan mueren sin haberse conocido o por tiempo o por espacio, pero los hombres interpusieron entre ellos sus diabólicas invenciones.

—Y cuándo los dos que se completan — le dijeron — nacen a tiempo y en lugar de coincidir y se conocen y se aman y se unen sin obstáculo?

—Eso es lo más terrible, — contestó — por ser lo menos trágico. Llevan la vida más obscura y en el fondo la más abyecta. Enfangados en dicha animal, en un hábito temporal, sin eternidad, y por lo tanto, sin pureza alguna, crían, como criarían las bestias, una prole. Y conocen el más terrible desengaño. Desengañense ustedes, lo trágico es el tiempo!

Antonio cultivaba el trato de los jóvenes a quienes impulsaba al trabajo y al matrimonio, jactándose de haber preparado más de uno de éstos. Interesábase por las parejas de emporados conocidos y cuando sabía que al fin se cumplieron los deseos de ellos sentía una honda sensación, una sensación trágica, diciéndose: "Al fin!" Y aquella noche le acometía una ligera fiebre en su fría cama de solterón.

Por el tiempo de ir a cumplir sus cincuenta años toda su pasión de solitario se concentraba en Pidita, su ahijada, hija de un antiguo amigo suyo y de aquella Piedad, la madre, ambos mayores que él muertos ya ambos. Cuando Pidita, la huérfana, le tuteaba llamándole a cada momento *padrino* y otras veces *padrino Antonio*, aquel tuteo érale como miel derretida en los oídos del alma.

Por entonces conoció a Enrique, un mozo cariñoso y despierto, aunque algo atolondrado, que le ganó el corazón. "Hay que hacerle a este chico", se decía. Y Enrique se dejaba guiar. Ob-

servando la inquietud flotante del muchacho, se decía Antonio: "Anclaré esa inquietud cuando encuentre su media naranja". Y se propuso darle a conocer a Pidita. ¿Pero por qué Enrique, a pesar de los requerimientos de su mentor, se resistía a conocer a la ahijada de éste?

—Mire usted, don Antonio, que voy a caer...

—Mejor, hombre, así parará usted de una vez. El que cae ya no se agita de ese modo.

Por fin se conocieron y el efecto fué tan súbito como profundo. El mismo Antonio se asustó de ello. "Aquí — se dijo — o tenemos tragedia, como la de Teruel, o un caso de terrible y abyecta dicha animal para mañana!" Y ya no solía decir como antaño que había nacido demasiado tarde, sino que fué demasiado temprano. "Ah, si hubiese nacido siquiera diez años después..." dijo una vez. Y al contestarle: "No tendría usted ahora más que cuarenta", replicó: "Sí, pero los tendría, porque no los he tenido nunca; me han tenido ellos a mí".

—Ay padrino, — le decía Pidita, — cuánto te quiero por haberme traído a Enrique. Qué contenta estoy! Me voy a morir de contento!

—No, hija mía, no; no se debe morir de nada y menos de contento.

—Sí, sí, padrino, te lo debo todo.

Y le besaba mientras Antonio temblaba. Y dormía febril, con agitados sueños.

—¿Y Pidita? — le preguntó Enrique.

—Ay, don Antonio, Dios le perdone lo que ha hecho al llevarme a ese ángel, pero va a ser mi perdición, mi ángel malo...

—¿Tragedia tenemos?

—Quién sabe...

—Bueno, bueno, eso lo dices por darte importancia, — le tuteaba ya.

—¿Darme yo importancia, don Antonio! Ojalá la tuviese! Ojalá pudiese llevar a Pidita conmigo al cielo, que es donde debía estar...

¡Ay, ay, al fin! ¡Trascendencias! ¡Sacarla del espacio! Sólo falta que quieras sacarla del tiempo, eternizarla.

—Si pudiese...

—¡Bah, bah! Si yo tuviese siquiera diez años menos me ponía a hacerte la competencia...

—Para...

—Para curarte de esas cosas...

—Yo me tengo que con fesar un día con usted, don Antonio...

—Cuando quieras, pues para eso siempre hay tiempo.

—¿Siempre?

—Tienes razón. También hoy entre la tragedia. Puede uno confesarse o antes de tiempo o después de él.

"A este chico le pasa algo grave y hondo", se dijo Antonio al separarse de él.

—Qué es de Enrique, padrino, — le preguntó al siguiente día Pidita —, que en todo el día no le he visto? qué le pasa?

—Sí, sí, le he encontrado muy preocupado... pero muy grande! y se echó a llorar.

—No será tanto, chiquilla...

Antonio solía irse solo, de tiempo en tiempo.



—Muy grande, padrino, muy grande... pero muy grande!

Y la desgracia vino. A los cuatro días Enrique se quitó la vida de un tiro dejando escrita una carta para Antonio. En ella le pedía perdón y le perdonaba.

Le perdonaba por haberle llevado a Pidita cuando ya estaba en amores y comprometido con otra. Y ahora era Pidita la que quedaba comprometida, gravemente comprometida. Qué iba a hacer él? Cómo resolver aquel conflicto? "Ya que no puedo partirme entre las dos a que pertenezco, pues soy de las dos y las dos son mías, me quito de en medio". "La tragedia!", se dijo Antonio. Y luego: "Ah, si yo hubiera nacido o diez años antes o diez años después... maldito tiempo!"

Cuando Antonio se presentó ante Pidita, ésta se le echó al cuello sollozando. Daba congoja verla. En un momento de respiro el padrino recordó a la Piedad eternizada en el altar, y sintió remozarse.

—Ay, padrino, sálveme... máteme... Estoy comprometida... me deja comprometida...

—Lo sé... lo sé...

—Pero comprometida, comprendes, comprometida...!

—Sí, sí, lo comprendo... lo sé...

Antonio temblaba febrilmente; fáltale el suelo. Y sostenía a la pobre Pidita a punto de desmayarse.

—¿Qué hago, padrino, qué hago? Yo me mato. Voy a matarme sobre la tumba de Enrique...; no puedo más!

—No, no! Esas son cosas que has leído en los papeles. Si no hubiera papeles no habría suicidios de esos. No, no!

—¿Pero qué hago, padrino, qué hago? Me moriré de vergüenza si no me mato; me moriré de vergüenza. Estoy comprometida, lo oyes? ¿Cómo voy a poder vivir así?

—Pues... casándote conmigo! — dijo con voz fantasmática Antonio.

Estaba blanco de cera y frío. "¿Cómo he podido decir esto?", se dijo. Y al oírlo Pidita se apartó de él, le miró de cabeza a pies, y tembló.

—Sí, es la única solución posible al problema; no veo otra, — pronunció Antonio, como quien habla desde otro mundo, desde un mundo teórico.

Volvióle a la realidad un largo beso húmedo, candente y prieto, y no ya en la mano.

—Veo que te enseñó a vivir antes de quitarse la vida, — dijo Antonio.

—Y yo veo — le contestó con toda su voz Pidita, — que es a tí, padrino, a tí y no a él a quien yo quería. Te lo juro por mi madre!

—¿Piedad, Pidita, piedad! — y el padrino Antonio rompió a llorar como un niño.

Al día siguiente llevóle a su ahijada y ya novia, a aquella iglesiaca perdida en los arrabales. e hizo que allí, delante de la Piedad de cara macilenta y lustrosa, mézclase con él una avemaría.

—Te juro por ella, Pidita, — id dijo —, que te he de hacer feliz en lo que de mí dependa, ya que yo te llevé a la desgracia. Sólo siento no tener diez años menos!

—¿Para qué, padrino, para qué? Antes solías decir que debías haber nacido diez años antes...

—¿Diez años antes! — suspiró Antonio mirando a la imagen. — Entonces no sé que habría sido de tí!

—¿Antonio!

Y se abrazaron allí, en la iglesia, ante la mirada eterna y llorosa de la trágica Piedad del arte.

—Ya conozco tu tragedia, Antonio, — le decía Pidita al salir del templo y apoyándose fuertemente en su brazo.

—Te lo ha enseñado...

—El amor, padrino...

—No, sino la maternidad, ahijada.

—No hablemos de eso...

—¿Y por qué no? Si, de eso tenemos que hablar. Tu padrino es ya padre.

—Eres un santo, padrino, un santo, y habrá que ponerte un día en un altar, como está mi madre... al lado suyo...

Pidita sintió temblar el brazo en que se apoyaba y luego oyó la voz fantasmática que le decía:

—Pues no estoy al lado tuyo, sosteniéndote?

Y después de una larga pausa:

—Eres como ella, Pidita, lo mismo que ella. Me parece verla hace treinta años, cuando yo debía haber tenido treinta.

—Entonces tendrías hoy sesenta!

—Y hoy debía tener para tí diez menos, si quiera diez menos de los que tengo!

—¿Y para qué, Antonio, para qué? No te quejro más joven.

—Ay, Pidita, a este mundo se viene siempre o antes o después de lo debido. Y con tal que uno no se vaya de él antes ni después de lo debido....

—¿Cállate!

Tienes razón.

Muy poco después se casaron y en el altar aquel de la Piedad. A los seis meses tuvieron su primer hijo, el del suicida. Luego les vino otro que se les murió en seguida y como para que no se repartiera entre los dos el amor de los padres. Y fué la tragedia cimiento de un amor hondo y robusto y el amor cimiento de un hogar cerrado. El hijo de Enrique adoró a su padre, al padrino Antonio, y éste no vivió más que para su hijo y la madre.

—Cada vez me convenzo más de que era a tí a quien yo quería entonces, Antonio, — solía decirle su mujer.

—Es la tragedia del tiempo, hija mía, es la tragedia del tiempo.

—¿Siempre andas con eso!

—Pero la hemos vencido, Pidita, ¡a hemos eternizado. Este nuestro Enrique, — así le habían llamado al hijo a deseo y casi imposición de Antonio, — es algo más que un hijo como los otros; es una obra de espíritu. Es mi hijo!

—¿Y quién lo duda, padrino?

—No, nadie; ni tú ni yo! Yo te lo dí.

—Sí, tú me lo diste!

De tiempo en tiempo visitaban marido y mujer a la macilenta y lustrosa Piedad de la iglesiaca del arrabal y allí mezclaban, con sus almas, sus avemarías.



# LOS GRANDES MUSICOS

SU VIDA Y SUS OBRAS

Acercas de Francisco José Haydn se han inventado las anécdotas más variadas y caprichosas porque su vida, una verdadera novela de aventuras, ha dado margen a la invención de tan caprichoso anecdótico. No busquemos en esta biografía las intensas pasiones y las torturantes tragedias que han germinado en el pecho de los más grandes artistas; lo que de su vida puede ser narrado en forma anecdótica, con detalles y pormenores, es de acción meramente exterior y no pasan de ser episodios vulgares que no presentan las características de los sucesos ocurridos a los grandes hombres. La miseria, el hambre, las privaciones, las aventuras amorosas y las diferentes contrariedades de la vida, todo esto puede ocurrirle a cualquiera. Los grandes artistas han vivido con intensidad, y a veces trágicamente, la vida interior. El mundo moral es, en ellos, más complejo que es el mundo físico para nosotros. Pero hay un detalle que salva su biografía y la hace interesante, y este se relaciona con su matrimonio. Lo veremos más adelante.

El padre de Haydn era un triste músico de afición que alternaba su humilde labor de carretero con ejecuciones en el arpa y el órgano. Francisco José nació en Rohrau, localidad de Viena, el 31 de marzo de 1732. A los cinco años manifestáronse sus primeras inclinaciones musicales, y en ese entonces un pariente suyo llamado Franck, se encargó de él. A los ocho años provocó la admiración del *Kapellmeister* de la catedral de Viena y lo llevó consigo. Entró a formar parte del coro, pero una diablura de niño hizo que Reuter, el maestro, para castigarlo lo plantara en la calle en plena noche, mal vestido y sin un trozo de pan o un cobre en el bolsillo. un alma piadosa, el pobre peluquero Keller, se apiadó de él y lo llevó a su casa. Aquí empieza su verdadera vida, su verdadera novela. El joven músico pasa las noches en los bailes ejecutando contradanzas, compone piezas de baile que se popularizan merced a su encanto, pero no recibe nada por ellas: sus editores se enriquecían a costa del misero.

En 1760 entró a formar parte de la servidumbre del príncipe Antonio Esterhazy. De aquí en adelante su porvenir está resuelto. Veinticinco años permanece siendo maestro de capilla del príncipe Antonio y luego de su hijo Nicolás en

Eisenstadt. Tenía lo necesario para vivir, una existencia tranquila para poder entregarse cómodamente a la composición, y un público de cortesanos un poquito artistas y un poquito "dilettantes" que le escuchaban. Y es entonces en posesión de esta vida holgada cuando realiza el gesto más hermoso que han anotado sus biógrafos: se casa, sin amarla, con la hija del peluquero Keller, en señal de reconocimiento por lo que había hecho por él recogiéndolo de la calle. Como es de suponer Haydn fué muy desgraciado en su matrimonio.

La calidad de su música, clara, graciosa, serena y pegadiza, dióle una extraordinaria popularidad y rápidamente el prestigio de su nombre se extendió por toda Europa. No atendió a las numerosas solicitudes de viaje que desde Francia e Inglaterra le dirigían sus admiradores. Ni la gloria ni el oro le tentaban. Poseedor ya de sesenta mil francos ganados con la música no quiso saber de viajes ni de preocupaciones, y tranquilamente se retiró a una casita que había comprado en un arrabal de Viena.

Haydn era un hombre metódico. Se levantaba invariablemente a las seis de la mañana y componía hasta las doce fuesen o no las musas en su ayuda; luego, durante el resto del día hacía ejecutar su música para probarla. Esto que a nosotros, en nuestra época, nos parece ingenuo y primitivo era, necesario para el autor de *Las Estaciones*. Su carácter bonachón, tranquilo, de modesto burgués necesitaba sólo

una cosa para la realización artística: la tranquilidad. Haydn fué siempre un abuelito. Su lenguaje musical tiene el saboreillo de los cuentos narrados por los viejos; su ingenuidad no es una ingenuidad de niño como la de Mozart que tiene su poco de picardía, sino una ingenuidad que a ratos es pueril, y que escuchada por nosotros — ¡oh la fiebre Wagneriana, el enervamiento debussyista y el intelectualismo a lo Scriabin! — nos hace sonreír un poco...

Durante su estada con el príncipe Antonio, compuso más de ochocientas creaciones, grandes y pequeñas, entre las cuales figuran ciento veinte sinfonías, ochenta y tres cuartetos, cuarenta y cuatro sonatas para piano, diez y nueve misas, catorce óperas italianas, ocho óperas alemanas, y cuatro oratorios. Sus trabajos considerados sus



FRANCISCO JOSE HAYDN



obras maestras son *La Creación* y *Las Estaciones*. En *La Creación* trata de describir la luz saliendo del caos y en *Las Estaciones* la emoción que siente el espíritu en las cuatro épocas del año. En ellas se encuentra lo mejor de la producción del anciano maestro. Las ideas son claras y los conocimientos contrapuntísticos profundos, la melodía es encantadora, serena y cristalina y su sencillez tiene el encanto perdurable de la luz y del agua.

Débase a Haydn el haber desvinculado la rigidez escolástica de la inspiración melódica. Acaso Bach y Haendel abusaran un poco de aquella que solo demuestra la ciencia en detrimento de la claridad; de ahí que Haydn sin dejar de respetar las leyes del contrapunto dió a la idea melódica una armonización clara y sencilla que la hiciese de fácil comprensión. Esta innovación Haydniana fué luego magníficamente aprovechada por Mozart y Beethoven.

Su muerte tiene algunas apariencias de teatralidad. El 31 de Mayo de 1809 los franceses van a entrar en Viena por segunda vez. El clamor de guerra resuena y la voz del cañón retumba alarmando a los tranquilos vieneses. Haydn no puede contener un entusiasmo patriótico; llama a uno de sus familiares y se hace conducir al clavicordio; se sienta ante él y acompañándose entona con cascada voz el *Dios os salve, Francisco*, himno nacional austriaco. Después se tumba en un sillón y queda como dormido, en un apacible letargo. La muerte había llegado junto a él en punta de piés. Tenía setenta y siete años.

Para nosotros la música de Haydn no siempre nos gusta con idéntica intensidad; es un tanto primitiva para nuestros gustos complejos y quizás un poco estragados. Acaso sus andantes nos parezcan demasiado candorosos, pero sus minués que son verdaderas sonrisas musicales, nos llenan el corazón de íntima alegría. Después de oída, tanta música cerebral de nuestros contemporáneos, una frase Haydniana es como un rayito de sol que entrase en una habitación llena de espesas penumbras...

TRISTAN DE KAREOL

## EL AMANTE

Secreto rincón del jardín florido, breve Eden, relicario de nostalgias y deseos, nido de felicidad...

Noche tibia, cargada de los perfumes, suspirado por corolas que se abren amorosamente en las sombras... noche de verano dulce y maduro como la fruta que inclina a tierra... noche de placer y de olvido...

Eulalia languidece en los brazos de su amante. ¿Es el leve soplo nocturno quien la acaricia los suaves cabellos de oro o el aliento del hombre? Las hojas gimen quedadamente...; pero no...; es la mano soñadora que se desliza temblando. No es una flor moribunda la que ha caído sobre los labios húmedos de Eulalia, sino la boca apetecida, deliciosa como la fuente en el desierto...

En el fondo del estanque, bajo los juncos misteriosos, pasan las víboras...

¡El! grita sin voz Eulalia. ¡Huy!

Los pasos vienen por el sendero. *Rechinan* sobre la arena. Los pasos vienen...

—No puedo huir... Me verá... me oirá...

—¡Escóndetel

—¿Dónde?

La luna enseña las altas tapias infranqueables, la superficie inmóvil del estanque, ensombrecida por los juncos...

Los pasos llegan...

Entonces el amante se hunde sigilosamente en el agua helada. Su cabeza y sus hombros desaparecen entre los juncos. Eulalia respira...

—:—

Ahora Eulalia languidece en los brazos de su marido... languidece de espanto. Piensa en las víboras.

Pero él quiere gozar de la noche tibia, cargada de perfumes, de placer y de olvido...

Y, en el fondo del estanque, bajo los juncos misteriosos, junto al cadáver, pasan las víboras...

Rafael BARRETT.

## A VD. LE INTERESA SABER

que la EDITORIAL CLARIDAD ha puesto en venta esta semana las siguientes obras:

**HISTORIA DE LA VIDA SEXUAL DEL HOMBRE Y DEL MATRIMONIO**  
por el profesor Dr. Augusto Forel, volumen 22 de BIBLIOTECA CIENTIFICA.

**MISA DE REQUIEN**

y otras poesías de Alfredo R. Bufano, volumen 21 de LOS POETAS

**Y ASI PASÓ EL AMOR**

Novela por Iván Turguenev. En el tomo 6 de CLASICOS DEL AMOR

Estas obras las puede Vd. adquirir en los kioscos, puestos de periódicos, estaciones de ferrocarriles y subterráneo, o pedir las a la administración de

**EDITORIAL CLARIDAD**

Boedo 837

Castilla de Correo 736

Buenos Aires



# LAS AVENTURAS DE CONAN DOYLE EN LOS MARES ÁRTICOS

EPISODIOS DE LA VIDA DEL CREADOR DE LA NOVELA DE AVENTURAS

(Traducción especial para "LOS PENSADORES")

*Sin duda alguna, las memorias de Sir Conan Doyle constituirán el acontecimiento de la temporada literaria. Para la mayoría de sus innumerables lectores, las peripecias personales de este ilustre autor deben ser una verdadera revelación. Entre la generalidad del público se ignora bastante que Arturo Conan Doyle es lo contrario de un simple escritor de su casa. Durante el curso de una existencia de difíciles comienzos, este "detective aficionado", creador del tipo de Sherlock Holmes, fué real y alternativamente cirujano, cazador de focas y pescador de ballenas, conferencista, explorador, tribuno político, corresponsal de guerra, experimentador psíquico, etc., etc. Pues Conan Doyle ha pasado por los medios más opuestos y su humor británico, maliciosamente, lo ha observado todo.*

Un frío y húmedo día como tan ha menudo se ve en Edimburgo, estaba en mi habitación estudiando de firme en vísperas de esos exámenes que envenenan la vida del estudiante de medicina, cuando entró uno de mis compañeros llamado Currie, con quién, tenía poca relación. La monstruosa pregunta que me hizo barrió inmediatamente de mi cerebro toda idea de estudio.

Tendríaís, díjome, placer para partir la semana próxima para una campaña de pesca de la ballena? Seríaís el cirujano de a bordo con un sueldo de dos libras esterlinas por mes más una extra de dos chelines por tonelada de aceite.

Como sabéis que tendría el puesto?, le pregunté naturalmente.

Porque ese puesto es mío. Sucede que a último momento me encuentro en la imposibilidad de partir y busco alguien que me reemplace.

Pero, ¿y el equipo para una permanencia en los mares árticos?

Tendríaís mi saco.

El asunto fué solucionado al momento. En pocos minutos el curso de mi vida tomaba un rumbo nuevo.

Menos de una semana después estaba en Peterhead, donde, secundado por el camarero, ordené con entusiasmo mis humildes ropas en el cofre colocado debajo de mi litera en el buen navío Hope.

Pronto advertí que la principal función del cirujano era acompañar al capitán, pues el protocolo de la marina mercante le prohibía toda relación con sus oficiales fuera de breves conversaciones técnicas. Esto me hubiera parecido una carga intolerable si el capitán hubiera sido un mal hombre. Por el contrario, John Gray era un ser admirable, comandante del Hope, un gran marino, un escocés de seria inteligencia; de manera que ninguna sombra nubló mi com-

pañerismo con él durante nuestra larga convivencia.

Había cincuenta hombres en nuestro ballenero, mitad escoceses y mitad shetlandeses. Habíamos embarcado estos últimos al pasar por Lerwick. Más ordenados, más tratables que los escoceses, eran de humor tranquilo, de modales correctos y hablaban con dulzura; mientras que los escoceses, si bien nos exponían a demasiadas molestias, eran de carácter más viril y enérgico. Los oficiales y arponeros eran todos escoceses, pero como marineros los shetlandeses poseían todas las cualidades requeridas.

Cuando mi pensamiento me transporta a este largo viaje, en cuyos siete meses de duración no pusimos pié en tierra, evoco la bonchona cara de nuestro camarero. Tenía una voz de tenor, bella y cálida, que he escuchado muchas horas, cuando lavando la vajilla en la ante cocina, acompañábase del ruido de los platos y del campanilleo de los cuchillos. Retenía con gran facilidad los aires sentimentales y para darse cuenta de lo que es el sentimiento, hay que haber estado seis meses sin ver una figura femenina. Cuando, con voz cadenciosa Jack cantaba:

Su clara sonrisa me persigue

Vendrás a buscarme a la puerta del Cielo

Oh mi tierna y bella madona,

una vaga y dulce melancolía nos penetraba, que hoy me invade todavía.

Sí; para apreciar lo que es una mujer, hay que haber estado seis meses sin ver ninguna. Recuerdo que a nuestro regreso, al doblar el Norte de Escocia, saludamos el faro de nuestro pabellón. Un centenar de yardas nos separaba apenas de la costa. Una forma humana apareció de pronto para responder a nuestro saludo y, por todo el navío corrió un murmullo febril: "Es una mujer". El capitán hallábase en el pequeño puente con sus anteojos de larga vista. Apliqué mis cejas a los gemelos. Todo el mundo abría desmesuradamente los ojos. La mujer tenía más de cincuenta años, una falda corta y botas marinas..... pero era una mujer ¡Todo está en un gorrito! decían los marineros. Y yo pensaba lo mismo.

No anticipemos. Veo por mi diario de a bordo, que salimos de Peterhead el 23 de Febrero de 1880 a las dos de la tarde, seguidos por la mirada y la voz de toda una muchedumbre. Las cubiertas estaban pulcras como las de un yacht, lo que no respondía a la idea que me había formado de un ballenero. Nos encontramos de golpe con temporal, el barómetro descendió hasta 28.375, que es la más fuerte depresión que recuerdo haber constatado en mis expediciones marítimas. Alcanzamos apenas el puerto de Lerwick, antes de que la tormenta estuviera en su apogeo. Sorprendidos algunas horas antes, hu-



bieramos perdido ciertamente nuestras chalupas, y las chalupas, para un ballenero, son la vida. Tuvimos que esperar hasta el 11 de Marzo una calma suficiente para proseguir nuestro camino.

Había, en ese momento, veinte balleneros en la rada; así pues nuestra partida fué una verdadera ovación. La noche y los siguientes días, el Hope tuvo que buscar refugio a sotavento de las islas vecinas. Bajé a tierra, donde, vagabundeando al azar, entre las turberas, encontré gentes extrañas, bárbaras y benévolas, que nada sabían del mundo. A mi regreso fuí guiado por una jovencita de aspecto salvaje, que tenía largos cabellos y llevaba una antorcha; pues es un peligro arriesgarse por la noche en medio de las turberas.

La vuelvo a ver de nuevo, con sus negros cabellos enmarañados, sus piernas desnudas, su falda salpicada de manchas rojizas y sus facciones ásperas, cuya dureza acentuaba la antorcha.

Solo dirigí la palabra a un anciano, que me pidió noticias. "El puente sobre el Tay se ha hundido" le dije, lo cual era historia antigua. "Eh ¿se había pues construido un puente sobre el Tay? me respondió. Después de esto tenía grandes deseos de hablarle de la insurrección de la India...

Lo que más me sorprendió en mi viaje a las regiones árticas fué el poco tiempo empleado para llegar hasta ellas. Nunca me habría dado cuenta de que estuviera tan próxima. No nos hallábamos, creo, a más de cuatro días de las islas Shetland, cuando nos encontramos en medio de hielos a la deriva. Una mañana, el ruido sordo y continuo que producían los bloques de hielo al golpear el casco del navío, me despertó. Subiendo al puente, ví que la superficie del mar estaba cubierta de hielo hasta donde la vista alcanzaba. Ninguno de los bloques era voluminoso, pero flotaban tan apretujados que se hubiera podido pasear sobre ellos, saltando de uno a otro. Su blancura deslumbrante acusaba por contraste el azul del mar. El azul del cielo y la maravillosa pureza del aire ártico eran suficientes para recordarnos esta mañana memorable. Sobre uno de los bloques, que se alejaba sacudido por las olas, ví una gran foca, de lustrosa piel que echada languidamente, miraba imperturbable al navío con la más perfecta calma, como si hubiese sabido que la apertura de la caza tendría lugar dentro de tres semanas. Más lejos, distinguimos sobre el hielo enormes huellas casi humanas de un oso. Y la nieve de Escocia no se había aún derretido en los vidrios de nuestro camarote.

He dicho ya, que la apertura de la caza de las focas no se había efectuado aún; y es que, en virtud de un acuerdo entre Noruega y el gobierno Británico, está prohibido a los súbditos de ambas naciones, matar una foca antes del 3 de Abril. Marzo, es en efecto, la época de los nacimientos, y si las madres fuesen muertas antes de que los cachorros estuviesen en estado de bastarse así mismos, la especie no tardaría en extinguirse. Para las necesidades de la pari-

ción, las focas se reúnen en diferentes regiones que evidentemente conocen de antemano. Como este lugar puede encontrarse en cualquier punto de un banco de hielo flotante, que mide varios centenares de millas cuadradas, no sería fácil para el cazador descubrirlo, si no hubiera para ello un medio tan simple como ingenioso. Cuando se observa, mientras el navío sigue su marcha entre los bancos de hielo, un grupo de focas nadando, se anota cuidadosamente sobre el mapa, por medio de la brújula, el rumbo que siguen. Si una hora después, por ejemplo, un segundo grupo pasara, su dirección se anota en la misma forma. Cuando esta operación ha sido repetida varias veces, las líneas inscriptas en el mapa se prolongan hasta su intersección. En este punto o en uno no muy alejado de aquel se tienen todas las probabilidades de encontrar el grueso del ejército.

Ese año, fué el Hope el primero en descubrir el lugar de reunión de las focas, pero antes de la fecha fijada para la apertura de la caza, prodújose una serie de fuertes rachas de viento, que provocaron la agitación de los hielos, los cuales, al balancearse, arrojaron prematuramente al agua los cachorros; el día en que las convenciones internacionales nos permitieron poner manos a la obra, la naturaleza nos había dejado muy poco que hacer. Por fin, en la madrugada del tercer día la tripulación del navío desembarcó para efectuar su sangrienta cosecha: trabajo brutal es cierto, pero no más que aquel que en nuestro país abastece las mesas. Sin embargo, esos charcos de sangre, cuyo rojo brillo se destacaba en la blancura enneguecedora de los hielos, en el silencio y bajo los cielos árticos, denotaban la presencia de abominables intrusos. Ay! la inexorable demanda hace que la oferta sea también inexorable; y las focas, con su muerte, aseguran un medio de existencia a toda una categoría de marinos y trabajadores de tierra: descargadores, curtidores, saladores, verificadores, tratantes de cuero y de aceite, que se interponen entre esta carnicería y el elegante calzado de fino cuero o el sabio, cuyos aparatos necesitan un aceite muy fino. Debo recordar mi primer día de caza por las aventuras que lo caracterizaron. El fuerte oleaje, que, como ya he dicho, se había producido hacia que los hielos chocaran unos contra otros; por lo tanto, el capitán creyó peligroso dejar que un hombre de tan poca experiencia como yo se arriesgara y, en el instante mismo en que con los otros pasaba por encima de la borda, me ordenó permanecer a bordo. Mis súplicas fueron vanas. En fin, en el colmo del mal humor, me senté en la borda con los pies hacia afuera mordiendo mi cólera, mientras me balanceaba con el navío. Me hallaba sobre una delgada capa de escarcha que cubría la madera, de modo que al inclinarse violentamente de un lado el navío me arrojó al mar donde desaparecí entre dos trozos de hielo. Pero al volver a la superficie, me levanté hasta la cubierta agarrándome a uno de ellos. El accidente tuvo el resultado que apetecía; pues el capitán viendo que en cualquier forma no dejaría de caer a







*Un Oso estrangulando una foca en los  
mares articos*





mar, estimó que tanto valía para mi caer desde el hielo como desde el navío. Por otra parte, justifiqué esta prudencia efectuando durante el día dos o tres zambullidas, cuya ignominiosa consecuencia fué que tuve que meterme en cama mientras mis ropas se secaban en la cámara de máquinas. Me consolé de estas tribulaciones al constatar que divertían al capitán hasta el punto de hacerle olvidar el mal resultado de nuestra cacería. Durante mucho tiempo después, sólo me llamaban "el zambullidor del norte". Otra vez me escapé milagrosamente al caer de espaldas desde un bloque de hielo mientras le secaba la piel a una foca. Me había separado de tripulantes de modo que mi desgracia no tuvo testigos. La superficie del hielo estaba tan unida, que no tenía sitio donde agarrarme y subir; sentía que mis miembros se paralizaban en el agua helada. No obstante pude por fin agarrarme la aleta posterior de la foca y como en una pesadilla, me pregunté un instante si iba a arrastrar el cadáver al mar o si me ayudaría a subir. Tuve la suerte sin embargo de colocar una rodilla sobre el borde del hielo y subirme a él haciendo rodar mi cuerpo. Cuando regresé a bordo mi traje tenía la dureza de una armadura; estaba quebradizo y tuve que deshacerlo antes de poderme cambiar.

La caza de Abril, es dirigida contra las madres y los cachorros. En Mayo, el cazador va más hacia el Norte y a los 77 o 78 grados de latitud encuentra los viejos focas machos, que no se dejan matar sin defenderse. Son animales valientes y hay que hacerles fuego desde una buena distancia. En Junio, la caza terminada, el navío prosigue su camino hacia el Norte hasta el 79 u 80 grados de latitud, donde se encuentran las mejores regiones de Groenlandia para la pesca de la ballena. Permanecemos en ellas tres meses aproximadamente con más o menos suerte, pues si perseguimos muchas ballenas matamos solo cuatro.

Hay ocho chalupas a bordo de un ballenero, pero usualmente se utilizan solo siete, porque se necesitan seis hombres para armar cada una y, cuando las siete trabajan solo quedan a bordo los "haraganes", como se les llama a aquellos cuyo contrato no implica las salidas al mar. Sin embargo, en el Hope, los "haraganes" eran más bien despiertos, en tal forma, que nos ofrecimos para armar la chalupa restante que, según nuestro criterio, no fué de las últimas, tanto en lo que se refiere a la caza como a la pesca. El camarero, el segundo maquinista, el encargado de la grúa y yo remábamos, teniendo como harponero un escocés de cabello rojo. Gran cantidad de focas fueron inscriptas en nuestro cuadro de caza. Respecto a las ballenas, como manejábamos la lanza y el harpón indiferentemente, obtuvimos mejores resultados. Demostré tanto gusto por el trabajo que el capitán Gray me hizo el tentador ofrecimiento de agregar a

la profesión de cirujano el oficio de harponero mediante un doble salario, si consentía a acompañarlo en su segundo viaje.

Tuve la cordura de rechazar; es una vida peligrosa, a la par que atrayente y una tarea llena de emoción, la del pescador de ballenas. Como remero, se avanza de espaldas, no sabiendo nada de la bestia sino lo que se lee en el rostro del timonel. Este mira fijamente por encima de uno vigilando el nadar de la ballena, irguiendo la cabeza de vez en cuando para indicar a los remeros que se detengan cuando la ballena pasea la mirada a su alrededor y ordenar de nuevo la aproximación regular cuando no nos ve. Los hielos flotan en tal cantidad que, mientras los remos se mantengan tranquilos, la chalupa no hará zambullir a la ballena. Se desliza hacia ella sin apresuramientos. Finalmente, se está tan cerca, que el timonel sabe que se estará sobre ella antes de que haya podido sumergirse, pues ese cuerpo gigantesco necesita cierto tiempo para moverse. De pronto una luz brilla en los ojos del hombre, la sangre colorea sus mejillas. ¡Adelante! ¡Todos adelante, muchachos! ¡Empuje! — grita. Un ruido, el cañón del gran harpón dispara su proyectil, el agua se hace espumosa debajo de los remos. Cinco y seis golpes de remo y, en un choque sordo, como fofó, la proa toca algo blanqueco, los remos vuelan en todas direcciones. Pero poco importa, pues en el instante en que se toca la ballena se oye el estampido del cañón; entonces se sabe que el harpón ha entrado a quemar ropa en el costado formidable de la ballena. El animal se sumerge como una piedra, la proa de la chalupa se hunde toda salpicada de espuma, pero la pequeña bandera roja que se eleva en el centro del bote, indica que se tiene bien agarrada a la bestia. El cable del harpón se desenrolla silbando con gran velocidad sobre los bancos y por encima de la borda por entre los pies separados. Este desenrollado del cable es el grave elemento de peligro, pues es raro que a la ballena se le ocurra darse vuelta contra sus agresores. El cable ha sido cuidadosamente adujado por un hombre especial llamado "adujador" para que no haga lazos. Si esto sucede a pesar de todo y uno de los lazos toma a uno de los tripulantes, el desgraciado es arrastrado tan bruscamente que sus compañeros, no lo ven desaparecer. Sería sacrificar inútilmente la ballena cortar el cable, porque la víctima ya está a varios centenares de brazadas de profundidad.

Dejad eso, gritaba un harponero a un marinero que había sacado su cuchillo en una circunstancia semejante. El pez será un buen negocio para la viuda!

Palabra cruel en apariencia, pero que tenía su filosofía.

(Continuará)



# LA DOBLE EXPERIENCIA DE ANGELA

CONSECUENCIAS DE QUERER VIVIR SIN TRABAJAR

Por J. M. RENOITUR

Un día, al salir del taller, Angela miróse en su pequeño espejito del bolso, y, componiéndose y empolvándose, murmuró:

—“Si no es una desgracia, verdaderamente, para una cara bonita como la mía, estar obligada a trabajar todo el día para ganarme tan escasamente la vida!”

Había tenido una aventura, anteriormente; había tenido una aventura, anteriormente; había sido seducida, después cobardemente abandonada, cuando apenas contaba diez y seis años; y, después de esta aventura, adquirió una seriedad relativa, habiéndose resuelto ella misma a guardarse mejor en lo sucesivo. Después, fué muy formal.

Pero hoy, su patrón la reprendió injustamente. Hoy ella echaba de menos ese bello día de primavera perdido, pasado en la obscuridad del taller canturreando mientras trabaja. Hoy, se dice a sí misma, que con su hermosa carita risueña, podría aún hacer volver locas algunas cabezas, y tal vez, — quien sabe? — encontraría el rico heredero, que se enamoraría de ella de veras y por lo menos le pagaría un vestido más digno y más lujoso que el que llevaba.

—“Pues este comienza a estar ya muy viejo!”, concluyó melancólicamente, dándose con la mano un golpecito en la falda, para borrar una falsa arruga.

Y hoy, decidió que, por cierto! si la ocasión se presentaba, renegaría a sus buenos propósitos anteriores, y seguiría la aventura, o mejor se dejaría llevar por ella.

Cuando una *midinette* parisien y bonita se encuentra en tales disposiciones, la ocasión no se hace esperar. Y Angela pronto quedó complacida al trabar amistad con Abel Dufour, que volviéndose en su silla, le había ofrecido un té.

Abel Dufour era un buen tipo morocho, algo flaco, nada desagradable, que sabía hacer adulesores cumplidos. Estaba dotado para sus conquistas de una elocuencia persuasiva, de un cierto *esprit*, igualmente fácil: tenía siempre una frase para hacer reír, y no se amilanaba ante ningún enredo de faldas. En una palabra, era tan parisien como Angela.

—“Creo que voy hacer un buen *ménage*”, pensaban cada uno para sí los recién novios.

Y, por la noche, Abel hizo tanto y tan bien después de haberle ofrecido una agradable cena sazónada de ajos y ampliamente remojada con *Chianti*, en un restaurant italiano, que pudo lograr hacerse acompañar de Angela al interior de una pieza amueblada.

—“Como, aún no tiene usted *garçonnière*?”, preguntó extrañada.

—“Aún no”, respondió él mordiéndose los labios.

Y no retrocediendo esta noche ante ninguna promesa, añadió: “Pero vamos a buscar una ma-

Conformada con la contestación, subió ella sin hacerse rogar a la pieza que les designaba el hotelero.

A la mañana siguiente, amorosa aún, le decía a Abel:

—¿Quiéres que busquemos hoy mismo una *garçonnière*? Anoche me lo prometiste...

Y como Abel contestóle evasivo:

—No quieres ya? — dijo ella, inquieta.

—Es que, — respondió el otro, sabes; no tengo bastante plata...

—Sin embargo, anoche, esa cena suntuosa... — objetóle ella.

—Todo el sueldo del mes gasté en ello!... — confesó Abel, algo corrido.

Angela reflexionó entonces y se dió exacta cuenta de que no era el amante ideal el que había encontrado.

Por suerte, Abel, a los dos días la presentó a su amigo Jorge de Rouvres, — que sin eso, ella lo habría bonitamente plantado. Pero por el momento Jorge de Rouvres era amigo de Abel, y, ella iba a continuar sus relaciones con Abel — para quedarse con Jorge.

Jorge era un rubio elegante, deportivo y sin escrúpulos, que con su mirada audaz se hizo en seguida simpático a Angela. Luego, lo que más, sobretodo, conmovió a la *midinette*, fué que llevaba un nombre “rimbonabante”, como decía Abel (“si sería bestia, este Abel!”). Angela no había conocido nunca nobles, y la nobleza tenía un gran prestigio a sus ojos. Tanto más, imaginaba ella, que con un “de” en su nombre, había forzosamente que ser rico!

Así que no se hizo rogar gran cosa, y a la misma noche del día en que se conocieron, seguía a Jorge al hotel.

De manera que no tenía tampoco su *garçonnière*? Esta vez se quedó estupefacta. Pero Jorge le dió explicaciones muy plausibles: “Había, precisamente, anoche, prestado la suya a un amigo...” Mentía tan bien, Jorge de Rouvres, y ella era tan cándida en el fondo, que se lo creyó. No deseaba otra cosa que creérselo.

Pero al día siguiente su desilusión fué mucho más grande que con Abel. No solamente Jorge le hizo saber que había, también, gastado la víspera “toda su mensualidad”, más aún osó pedirle que pagase, ella de su bolsillo, sus dos desayunos.

—En resumen, tú quieres que yo te mantenga? — exclamó Angela desconcertada.

Y Jorge tuvo el tupé de contestarle:

—¿Por qué no? No soy yo acaso bastante bien parecido?

Era demasiado. El doble experimento fué, esta vez, decisivo. Angela se ha vuelto formal. Ha vuelto al taller, suspirando: “No existe más la



# EN LOS CAMPOS ELISEOS

## DIALOGOS FILOSOFICOS

— POR —  
ANATOLE FRANCE

De repente me sentí trasportado en medio de silenciosas tinieblas, entre las que se insinuaban formas desconocidas que me llenaban de horror. Mis ojos se habituaron poco a poco a la obscuridad y percibí, a orillas de un río que arrastraba densas aguas, la sombra espantosa de un hombre cubierto de asiático gorro que llevaba un remo al hombro. Reconocí en él al ingeniero Ulises. De sus escualidas mejillas le colgaba descolorida barba. Y le oí suspirar con débil acento:

“Tengo hambre. No veo claro y mi alma parece denso humo que vaga entre tinieblas. ¿Quién me dará a beber sangre negra para que no se desvanezcan de mi memoria mis naves pintadas de bermellón, mi esposa irreprochable y mi madre?”

A escuchar este discurso comprendí que me encontraba en los Infiernos. Procuré orientarme lo mejor posible, según las descripciones de los poetas, y me dirigí hacia una pradera que reflejaba débil y dulce claridad. Después de andar media hora encontré algunas sombras congregadas y paseándose en un campo de asfodelos. Había almas de todos los tiempos y de todos los países, y en ellas reconocí a grandes filósofos confundidos entre pobres salvajes. Oculto en la sombra de un mirto escuché su conversación. Primero oí preguntar a Pirrón con dulce acento, apoyadas las manos en la azadilla como un buen jardinero:

—¿Qué es alma.

Las sombras que lo rodeaban respondieron casi al mismo tiempo.

El divino Platón dijo sutilmente:

—El alma es triple. Tenemos un alma muy grosera en el vientre; un alma afectuosa en el pecho, y un alma razonable en la cabeza. El alma es inmortal. Las mujeres sólo tienen dos almas. Les falta la razosable.

Un padre del concilio de Macón le respondió:

—Platón, habláis como un idólatra. El concilio de Macón, por mayoría de votos, concedió, en 585, un alma inmortal a la mujer. Por otra parte, la mujer es hombre, puesto que Jesucristo, nacido de una virgen es llamado en el Evangelio el hijo del Hombre.

Aristóteles, encogiendo los hombros, respondió a su maestro Platón con respetuosa firmeza:

—Según mis cálculos, ¡oh Platón!, encuentro cinco almas en el hombre y en los animales: 1.º, la nutritiva; 2.º, la sensitiva; 3.º, la motriz; 4.º, la apetitiva; 5.º, la razonable. El alma es la forma del cuerpo, y ella lo hace parecer pareciendo ella misma.

Las opiniones se oponían unas a otras.

Orígenes. El alma es material y figurada.

San Agustín. El alma es incorpórea e inmortal.

Hegel. El alma es un fenómeno contingente.

Schopenhauer. El alma es una manifestación temporal de la voluntad.

Un polinesio. El alma es un soplo, y cuando me encontré a punto de morir, me dí un pellizco en la nariz para retener el alma en el cuerpo. Pero no cerré con bastante fuerza. Y expiré.

Una floridiana. Yo morí recién parida. Me colocaron la masa de mi hijito en la boca para que retuviese el soplo de su madre. Pero era demasiado tarde; mi alma se deslizó entre los dedos del pobre inocente.

Descartes. Yo he establecido sólidamente que el alma es espiritual. Cuanto a saber lo que luego será, me remito a M. Digby, que ha tratado sobre la materia.

Lametrie. ¿Dónde está ese M. Digby? Que se presente.

Minos. Señores, ordenaré que lo busquen cuidadosamente por todos los Infiernos.

Alberto el Grande. Treinta argumentos hay contra la inmortalidad del alma y treinta y seis en pro; esto es, una mayoría de seis argumentos en favor de la afirmativa.

Tragaldabas. El espíritu de un jefe valeroso no muere nunca, ni su hacha ni su pipa.

El rabino Maimónides. Está escrito: “El malo será destruido y de él no quedará rastro”.

San Agustín. Te engañas, rabino Maimónides. Está escrito: “Los malditos irán al fuego eterno”.

Orígenes. Sí, Maimónides se equivoca. El malo no será destruido, pero será disminuido; se empequeñecerá hasta ser imperceptible. Esto es lo que sucederá a los condenados. Y las almas santas se abismarán en Dios.

Juan Scott. La muerte retorna los seres a Dios como un sonido que se desvanece en el aire.

Bossuet. Orígenes y Juan Scott han pronunciado discursos que destilan el veneno del error. Lo que se dice en los libros santos sobre los tormentos del infierno, hay que entenderlo en un sentido preciso y literal. Siempre vivos y siempre agonizantes, inmortales por sus penas, recalcitrantes para morir, muy débiles para soportar, los condenados gemirán eternamente en lechos de llamas, víctimas de furiosos e irremediables dolores.

San Agustín. Sí, esos verdades deben tomarse en sentido literal. Es la verdadera carne de los condenados la que sufrirá por los siglos de los siglos. Los niños muertos recién nacidos o en el vientre de su madre, no quedarán exentos de esos suplicios. Así lo quiere la justicia divina. Si cuesta trabajo creer que los cuerpos expuestos a las llamas no se consumen, tal creencia es puro efecto de la ignorancia, pues hay algunas carnes que se conservan en el fuego. Tales son las de faisán. Hice el experimento en Hipona,



donde mi cocinero preparó una de esas aves sirviéndome la mitad. Al cabo de quince días, solicité la otra mitad, que aún estaba a punto para comerla. Lo cual indica que el fuego la había conservado, como conservará los cuerpos de los condenados.

**Simangala.** Cuanto acabo de oír es negro como las tinieblas de occidente. La verdad es que las almas pasan por diversos cuencos antes de llegar al bienaventurado nirvana que pone fin a todos los males del ser. Gautama atravesó quinientas cincuenta encarnaciones antes de convertirse en Buda; fué rey, esclavo, mono, elefante, cuervo, rana, plátano, etc.

**El Ecclesiastés.** Los hombres mueren como las bestias e igual es su suerte. Como los hombres mueren, las bestias mueren también. Lo mismo respiran unos que otros, y el hombre nada tiene de que carezca la bestia.

**Tácito.** Este discurso es concebible en boca de un judío moldeado en la servidumbre. Yo hablaré como romano: El alma de los grandes ciudadanos no es perecedera. He aquí lo que es permitido creer. Pero se ofende a la majestad de los dioses suponiendo que conceden la inmortalidad a las almas de los esclavos y de los libertos.

**Cicerón.** ¡Ah, hijo mío! Cuanto se dice de los infiernos es un tejido de mentiras. Pregúntome si yo mismo soy inmortal por otra cosa que por la memoria de mi consulado que durará eternamente.

**Sócrates.** Yo creo en la inmortalidad del alma. Es un hermoso riesgo que se debe correr, una esperanza con que nos deleitamos.

**Victor Cousin.** Querido Sócrates, la inmortalidad del alma, que he demostrado con tanta elocuencia, es, en primer término, una necesidad moral. Porque la virtud es un hermoso tema retórico, y si el alma no fuese inmortal, la virtud no sería recompensada. Y Dios no sería Dios, si descuidase los temas de mis discursos franceses.

**Séneca.** ¿Son esas máximas las de un sabio? Considera, filósofo de las Galias, que la recompensa de las buenas acciones es haberlas realizado, y que el mejor premio de la virtud es la virtud misma.

**Platón.** Sin embargo, hay penas y recompensas divinas. Después de la muerte, el alma del malo se encarna en un animal inferior, caballo, hipopótamo o mujer. El alma del sabio se asocia al coro de los dioses.

**Papiniano.** Platón pretende que en la vida futura la justicia de los dioses corrige la justicia humana. Al contrario, es conveniente que los individuos heridos en la tierra por castigos que no merecieron y que les fueron infligidos por magistrados sujetos a error, pero íntegros y competentes, continúen sufriendo sus penas en los Infiernos; en ello está interesada la justicia humana y sería debilitarla proclamar que sus fallos pueden ser corregidos por la sabiduría divina.

**Un esquimal.** Dios es muy bueno para los ricos y muy malo para los pobres. Esto quiere decir que ama a los ricos y que no ama a los pobres. Y muerte, que ama a los ricos los recibirá

en el paraíso, y puesto que no ama a los pobres los enviará al infierno.

**Un budista chino.** Sabed que el hombre tiene dos almas; una buena que se reunirá a Dios, otra mala que será atormentada.

**Un anciano de Tarento.** ¡Oh sabios! Responded a un viejo amigo de los jardines: Tienen alma los animales?

**Descartes y Malebranche.** No: son máquinas.

**Aristóteles.** Son animales y tienen un alma como nos otros. Esa alma esta en relación con sus órganos.

**Epicuro.** ¡Oh Aristóteles! Para dicha suya, esa es como la nuestra, perecedera y sujeta a la muerte. Caras sombras, esperad pacientemente en estos jardines el tiempo en que perderéis del todo, con la voluntad cruel de vivir, la vida misma y sus miserias. Reposad por adelantado en la paz inalterable.

**Pirrón.** ¿Qué es la vida?

**Claudio Bernard.** La vida es la muerte.

—¿Qué es la muerte? — siguió preguntando Pirrón.

Nadie le respondió, y la turba de sombras se alejó sin ruidos como nube arrasada por el viento.

Creíame ya solo en la pradera de asfodelos, cuando reconocí a Menipo por su aire de cínico contento.

—¿Cómo — le dije — esos muertos, ¡oh Menipo! hablan de la suerte cual si no la conociesen, y por qué se muestran tan inciertos los destinos humanos cual si aún estuviesen en la tierra.

—Sin duda — me respondió Menipo, — continúan siendo todavía humanos y mortales de alguna manera. Cuando hayan ingresado en la inmortalidad, no hablarán ni pensarán siquiera. Serán semejantes a los dioses.

Vd. y 3 amigos  
inteligentes  
pueden ser

4

LECTORES DE  
MALDITOS

\$ 1.— en la capital  
„ 1.20 en el interior



# DE CÓMO SE SALVÓ VOLTAIRE

PO R

ALFREDO CALDERON

—¡Largo de ahí farsantes, escandalosos, borrachos! gritaba furioso el Apóstol.

No por eso cesaban los de fuera de aporrear la puerta con tan gran ímpetu y denuedo que los golpes repercutían en todos los ámbitos de la mansión celeste con las sonoridades del trueno.

—¿Qué sucede Pedro? preguntó Dios, sorprendido por el inusitado estrépito.

—Es una muchedumbre de perdidos que dan golpes y vociferan diciendo que quieren entrar. Sin duda han creído ellos que el reino de Dios sufre violencia y tratan de violentar la puerta. Hay personas que entienden así el Evangelio.

—Déjales pasar ordenó el Omnipotente.

Obedeció Pedro de mal talante e interpretando a su manera el divino mandato, entreabrió la puerta diciendo a los amotinados:

—El Señor permite que pase una comisión de entre vosotros.

¡Una Comisión! San Pedro usaba ya la fraseología parlamentaria!

Un grupito penetró en tropa por el requeijo abierto y el celeste portero se apresuró a cerrar tan bruscamente que a punto estuvo de coger a Ovidio los dedos en el quicio. El de las *Tristes*, como tantos otros, se quedó tristemente fuera.

Cuando los comisionados llegaron a la presencia del Altísimo, todos los santos de la corte celestial, atraídos por la novedad del nunca visto suceso, rodeaban el trono del Eterno.

—¿Qué queréis? preguntó Dios a los intrusos.

Nadie contestó. ¡Cosa rara! Los más grandes oradores de todos los tiempos, Demóstenes, Cicerón, Burke, Mirabeau, Castelar se hallaban presentes, pero sea cortadía, temor de fracaso o recíproca cortesía, ninguno de aquellos soberanos artífices de la palabra osó romper el silencio. Tras larga pausa adelantóse un sujeto de exterior modesto, sencillamente ataviado y con cierto aire de cuáquero. Era Benjamín Franklin.

—Señor, dijo, yo expondré el asunto que aquí nos trae en términos breves y claros, que por algo se me ha llamado el hombre del sentido común. Nuestra demanda se reduce a pedir que se ensanche el cielo. Un murmullo de asombro circuló entre los elegidos. ¡Ensanche el cielo! ¿Cabía pretensión más desatinada? Los santos más austeros no pudieron reprimir una sonrisa. De entre todos los varios rumores destacó clara y cristalina la carcajada de un arcángel.

—Explicate, dijo gravemente el Señor.

—Es hoy el cielo, Señor, la estancia de la virtud, pero solo de la católica y ortodoxa. Querriamos nosotros que ninguna virtud fuera excluida de las celestes recompensas. La virtud pagana de los estoicos ¿es menos meritoria que la cristiana de los santos? Un Epitecto y un Marco Aurelio ¿no figurarían dignamente al lado de San Vicente Ferrer o de San Francisco de Asís? Si aquí moran los buenos ¿dónde tiene su morada Sócrates? Si esta es la mansión de los justos ¿cómo puede vivir fuera de ella un Aristides y Catón? Los faquires indios ¿fueron menos penitentes y sintieron con menos intensidad la sed

de lo infinito que los monjes de la Tebaida? Los mártires del patriotismo, de la ciencia, de la libertad ¿son menos dignos de aplauso y galardón que los mártires de la fe? Nuestra aspiración es que la recompensa inmarcesible alcance a cuantos mortales han honrado a la especie humana sacrificándose por grandes y nobles fines. Ni siquiera excluiríamos a los herejes. Bruno y Savonarola pudieron errar, pero ¿en qué amengua el extravío de su mente la grandeza moral de su inmólación?

La audacia de semejante afirmación promovió entre los bienaventurados nuevos rumores de extrañeza. ¿Qué se proponía aquel osado innovador? El, impasible, sin cuidarse de las protestas que suscitaban sus palabras, continuó hablando de esta suerte:

—Ni aun esto basta a satisfacer nuestros anhelos de reforma. Nosotros aspiramos a que no solo la virtud, sino también el genio halle en los cielos acogida.

Indescriptible fué el tumulto, con que el santo auditorio acogió proposición tan extraña. Todos hablaban a la vez. Hubo acaloradas polémicas. Sostenían los más que debía imponerse silencio y aun castigo a aquel cínico revolucionario que quería llevar la perturbación a la región serena de la eterna paz. Anselmo, Ambrosio, Jerónimo, Crisóstomo, pedían que se les dejara explicarse y dar sus razones.

—El genio, señor, siguió diciendo, Franklin, apenas pudo hacerse oír de nuevo, es en el hombre el sello de tu Divinidad. Por él reconocemos entre nosotros a tus elegidos. La santidad misma ¿qué es en suma sino uno de los aspectos del genio; el genio de la virtud y del bien? Se dice que este sólo merece recompensa. ¿Somos, pues, injustos los mortales al tejer al genio coronas y tributarle homenajes, prodigándole el más alto premio que cabe en el poder humano; el de la gloria y la alabanza? Se afirma que el genio es don y sólo la santidad mérito. ¡Qué error! Se nace bueno o malo, con disposición innata, irresistible a veces, a la virtud o al crimen. La herencia, la educación, el ejemplo determinan casi siempre la condición moral del hombre. Pocos creen ya en el trampaño de una voluntad arbitraria que saque el bien o el mal de la nada de su albedrío. Existen diferentes capacidades morales como diferentes talentos. Hombres hay que carecen de todo sentido moral, ciegos del bien y sordos a la virtud.

La eficacia de la bondad es limitada e ilimitada la del genio. Cellini fué un asesino, pero ¿cuántos deliquios místicos han inspirado las obras de su cincel mágico! Rafael no fué un modelo de continencia, pero nadie ha fijado mejor en el lienzo la pureza ideal de las vírgenes. Bacon era un adulador intrigante, pero abrió al pensamiento humano horizontes nuevos. Byron, escéptico y libertino, supo iluminar con siniestros resplandores los hondos abismos del alma. Redime al genio la magnitud de su obra. El investigador que descubre una verdad hace a los huma-



nos un bien más positivo que todos los padres del yermo.

Vosotros los elegidos uniréis vuestra súplica a la mía demandando del Señor esta gracia tan luego como hayáis considerado cuán grata ha de seros la sociedad de los espíritus superiores ahora desterrados de aquí. Pensad que vais a admitir en vuestra intimidad a todo lo que la especie humana ha producido de más excelso. Serán vuestros compañeros los instructores religiosos, esos hombres dotados de tan maravillosos prestigios que han sometido a su influencia naciones y razas, imponiéndose a las generaciones y dominando las edades: Confucio, el moralista del bien y del mal; Budha, ardiente apóstol de una doctrina admirable de renuncia y sacrificio; Mahoma, el sublime impostor, al que debe la historia la civilización islamita. Lo serán los pastores del rebaño humano, los que dictaron la ley y rigieron los destinos de los imperios, desde Licurgo y Solón, pasando por Justiniano, Carlo Magno y Alfonso el Sabio, hasta los Gladstone, Cavour y Bismark. Lo serán los poetas, esos grandes sacerdotes del ideal, imitadores en lo humano del milagro de la creación; el tierno Kalidasa; Homero, el viejo narrador de hazañas; Sófocles, que acertó a concebir a Antígona; Horacio, el vate sereno del sano sentido común; Dante y Milton, exploradores audaces del infierno y del paraíso; Shakespeare, el más asombroso de los intérpretes que nunca tuvo la pasión; Goethe, impenetrable y solemne como la naturaleza su maestra; Víctor Hugo, el cantor entusiasta de la libertad y del derecho. Lo serán los artistas, esos incomparables hechiceros de la forma; Fidias y Praxiteles, haciendo palpitar el mármol, los misteriosos artifices de las góticas catedrales, hijas milagrosas del consorcio del arte con la fe, los que en la Alhambra realizaron una labor que parece tejida por mano de las hadas, aquellos hombres-dioses del Renacimiento, gigantes del espíritu que realizaron lo imposible. Lo serán los filósofos, mentes intrépidas, obstinadas en levantar el velo de la Isis y penetrar el misterio eterno de la realidad y de la vida; Kapila, padre de la metafísica; Platón, a quien la posteridad ha llamado el Divino; Aristóteles, el más poderoso cerebro que nunca ha existido, — y presente se halla Santo Tomás, su discípulo, que no me desmentirá; — Hegel, que arranca al Universo de sus cimientos inmutables para hacerle girar con el ritmo de la evolución; Kant, el analista más profundo del problema de la verdad, la razón misma en carne y hueso. Y con ellos vendrán también esas almas generosas, empujadas en la indispensable y penosa tarea de destruir errores y prejuicios, los ardientes demolidores, los terribles iconoclastas; Voltaire, el inmortal satírico...

No pudo concluir. Todos los bienaventurados, sin excepción, se alzaron para protestar con un solo acento, con un solo grito:

—¡No, no, ese no!

Pero Dios impuso silencio. Inclinada la frente agusta, el Señor de cielos y tierra meditó algún tiempo. Luego preguntó a los postulantes:

—¿Y sois vosotros, los aquí presentes, quienes pretendéis entrar en el cielo?

—Señor, contesto Flancklin, muchos, la inmensa mayoría de los que nos acompañaban, ha quedado a la puerta.

—Que entren todos, todos, ordenó entonces el Altísimo.

Y he aquí de qué manera entró en el cielo el gran Voltaire.

## VERDADERA MARAVILLA

El cuerpo humano es verdaderamente una cosa maravillosa. Tomando por ejemplo un hombre que pesa 88 kilos, su cuerpo tiene los constituyentes que se encuentran en 12.000 huevos. Tiene suficiente hierro para hacer cuatro clavos de herradura. De su grasa podrían hacerse 75 velas y una buena pastilla de jabón. El fosfato que contiene haría 8.064 cajas de fosforos. Tiene suficiente hidrógeno para producir más de tres mil pies cúbicos de gas. Los componentes restantes formarían seis cucharaditas de sal, dos tazas de azúcar y cuarenta litros de agua.

El cuerpo humano tiene 500 músculos, un millón de células, 200 huesos distintos, dieciséis libras de sangre, miles de metros de venas y arterias, más de 25 pies de intestinos y muchos millones de poros. Su corazón pesa de 200 a 300 gramos, su capacidad de 100 a 200 cada lado y su tamaño 5 x 3 ½ x 2 ½ pulgadas. Es un órgano cóncavo muscular por el que circulan 10 kilos de sangre cada minuto. En 24 horas 16 toneladas de sangre pasan por el corazón. Palpita 72 veces cada minuto. En un año pasan por el corazón humano once millones de libras de sangre.

## Giuseppe Verdi, ingenioso

En Florencia, en el ángulo que forman las calles Bianchi y del Moro, existía un comercio de antigüedades, muy notable por los objetos que en él se encontraban. Había en aquella casa de todo para todos: desde la túnica romana, a las dalmáticas de la Edad Media, desde las monedas griegas a las contraseñas carbonarias del 21; desde el libro de lectura de cualquier reina desterrada, a las estampas licenciosas del siglo XVIII, y, sobre todo, una rarísima colección de autógrafos, género en el cual el propietario tenía especial competencia y pasión. Un día puso en la vitrina una tarjeta de visita, con algunas palabras, de José Verdi, dirigida a Barile de Florencia. Un día entra en la tienda un señor de edad que desea ver el billete de José Verdi. El anticuario solcito, se lo enseña. “¿Cuánto vale este autógrafo?”—pregunta el incógnito comprador.—“Diez liras.”—“¿Diez liras! Es mucho. Yo puedo tenerlo por mucho menos.” Y se marchó. Inútil es decir que el incógnito comprador era José Verdi en persona.



*La biblia de piedra, por Carlos F. Ansell.*

Con muchísimo gusto nos hemos contraído a la lectura de este libro de estudios de estética arquitectónica.

Contribuir a ganar nuestra mejor voluntad las obras anteriores de este arquitecto que nos presentaban al artista enamorado de su profesión, afanoso de mejorarla, estudiándola en todos sus aspectos, comparándola, machacando tesoneramente en las materias de su incumbencia, hasta lograr dominarlas.

Estamos, pues, comentando la obra de un estudioso y este título, aplicado a cualquiera de los que se dedican a una actividad intelectual nos mueve a respeto.

Casi siempre ocurre que los que, como Carlos F. Ansell, quieren ilustrar con sus opiniones de especialistas en un arte, carecen en su mayoría de nociones literarias, se ven en apuros para comunicar su pensamiento o nos lo dicen en un lenguaje pulido y remilgado que nos hace el libro antipático cuando no incomprensible.

Lo cual no acontece con este escritor, pues su presa sobria y sin alambicamientos innecesarios ayuda a discernir claramente aun a los que por falta de especialización están lejos de ahondar en la materia.

Los que podríamos llamar capítulos de crítica son, en nuestro parecer, los más acabados. Se discute en ellos, acertadamente, la obra arquitectónica que nos han legado y los ejemplos eficientes y las inteligentes consideraciones que hace el autor son provechosas enseñanzas que no deberían desdeñar los hombres que nos gobiernan.

Nuestro respeto por la obra de Carlos F. Ansell, no impide, por otra parte, que disintamos con algunos conceptos o con la forma de encarar algunos importantes problemas.

Dice él que "Un catedral gótica se acerca a nuestro espíritu no ya por su magnitud y la riqueza de sus ornamentos, sino por el conocimiento de las costumbres de los pueblos que la alzaron". ... "Ante un cerebro inculdo el arte gótico no tendrá trascendencia ni significación alguna".

¿De manera que la belleza monumental de un edificio es solamente alcanzada por los iniciados en tal maravilloso arte? No, no, esto es un yerro. La belleza de las formas alcanza a todos los espíritus; esto es, emocional. Hasta podríamos agregar que goza más de la estética arquitectural un hombre inculdo, pues que admira y se sorprende y se siente ganado por un júbilo que corre parejas con su deslumbramiento.

Porque la belleza no es cosa que se pueda analizar y estudiar sino gozar, que en buena parte de misterio se oculta esta sensación de goce de lo bello.

Algunos juicios ligeros sobre Rusia también los creemos rebatibles. No es verdad que las autoridades soviéticas se desprecupasen por las cuestiones artísticas.

Demasiado conocidas son para repetidas las gestiones del soviét en tal sentido. Músicos y cantantes famosos, poetas y escritores, cooperan en la tarea de educar al pueblo.

Gorki nos hizo saber su propósito de traducir a un lenguaje accesible a los niños rusos las "vidas de grandes hombres" de Rolland.

Chaliapine cantó para sus compatriotas en veledas organizadas por el gobierno revolucionario. Y recordamos haber leído que la hermosísima y talentosa compañera de un dirigente ruso fallecido, tiene a su cargo el Museo de Bellas Artes que constituye la admiración del forastero.

Hay un capítulo de "El siglo urbanista" que es interesantísimo en todas sus facetas: "Fábricas y talleres". Bien hace el autor de abogar por la mejor ubicación de esos establecimientos, de señalar que pudieran ser embellecidos exteriormente y aún nos parece que en este capítulo se quedó corto.

En efecto, las fábricas y los talleres debieran ser objeto de minuciosos estudios. La ubicación debiera basarse en la salubridad del paraje. Las formas exteriores debieran ser sencillas y alegres: una invitación al trabajo. El interior aireado, vivo, alegre. Todo el edificio un poema de luz, de color de alegría. Pan para los ojos fatigados, descanso para el espíritu atribulado por la forzosa esclavitud.

En este artículo hubiéramos hablado de las escuelas, de los hospitales y aún de las cárceles que el autor olvida.

Más adelante, Carlos F. Ansell nos da, en "Arquitectura y estatuaria" una crítica sintética de los monumentos erigidos en nuestro país y que son una acabada muestra de la mediocridad de quienes los concibieron.

Los estudios finales son interesantes y bien documentados. El versado y el profano en el arte arquitectónico, tienen en "La Biblia de Piedra" un libro serio muy a propósito para encarar la solución de los problemas estéticos que se plantean.

*Los poemas de la montaña, por Ricardo Tudela.*

Este poeta mendocino que juzgamos adolece de algunos graves defectos que podría extirpar con solo proponérselo.

Ante todo no es artista sincero. Y esto es un grave pecado.

Hace sus versos — hay algunas buenas excepciones — porque está habituado a hacerlos. Una composición por semana, a veces dos, bien ordenaditas, fechadas de enero a enero, total: un año, es decir, un libro de versos.

Y tiene frases felices:

¿Para qué más poema que el de la Vida misma? Pero contra esto y en lugar de ponerse a adorar al sol y las montañas, entrelaza palabras con una erudición libresca que ofrece un feo contraste con la nobleza de los temas.

También ha creído que escribiendo "Los poemas de la montaña", debía hablar de las mon-



tañas en todas las poesías y así lo ha hecho sin omitir una.

De manera que el libro resulta monótono y fatigoso:

(pág. 5) Y si busco en las quietas, azuladas

(*montañas*)

(pág. 6) Yo he mirado mucho para la *montaña*

(pág. 7) Yo tengo la obsesión que en la *montaña*

(pág. 8) Y en el tenue ondular de la *montaña*.

Y así en todas las composiciones hasta la última de esta parte del libro, que dice:

“que elevan a la clara mansión de la *montaña*. Al lector no le queda la menor duda de que está leyendo un libro *montañés*.”

Se nos ocurre pensar que Ricardo Tudela se malogra por afán de escribir con miras trascendentales. “Canto a Renán”, “Luminosidad”, “En la calma ascendente del paisaje”, etc., etc. En cambio, cuando es simple como en “La canción nativa”, logra comunicar la emoción de que carecen los demás trabajos del libro.

### *La ruta del miraje, novela por J. Salas Subirat.*

Ilustraciones de Mascarenhas.—

Yo no sé que entiende Salas Subirat por novela. Si cree que es una retahíla acerca de los vicios y defectos y errores de la humanidad, está muy equivocado. Los protagonistas de su libro no viven, hablan. Se encuentran en la calle y de buenas a primeras discuten. Si el tabaco es un vicio, si el casamiento es un acierto, si el hombre es un desdichado por serlo hombre, etc. etc. La muerte, Dios, el amor, las teorías utópicas, el caos, en fin en la cabeza de tres o cuatro personajes sin líneas precisas.

Salas Subirat se cree en la obligación de tratar en su novela todas las pequeñas debilidades, gustos y vicios del hombre y ha sorprendido a los personajes de su obra en los momentos en que iniciaban la discusión.

Se advierte principalmente una total incoherencia; lo que en la jerga del café dan en llamar “lagunas cerebrales”. Aparecen personajes como sombras y nos relatan una historia vulgar, magnificada. Luego vuelta a las discusiones. La vida es un saínete. La vida es un drama. No tenemos derecho a la vida, etc. etc.

Godolio que es el hombre símbolo, no tiene propiamente las características del hombre. Ni tiene sus pasiones ni sus debilidades. Es un engendro libresco, un pretexto del autor para hablar con libertad de asuntos para los que aún no está madurado.

El autor lo hace asistir a un baile y — zás — opinión sobre el baile. ¡Fuman? Opinión sobre el tabaco. ¡Bailan? ¡Cataplún! Larga disquisición sobre la sensualidad. Y siguen las divagaciones mezclando asuntos importantes con frivolidades y sin estudiar ninguno en definitiva.

Luego viene un capítulo de máximas que ha escrito Turner, un empleado de oficina. Luego — oh fatalidad — trabamos relación con un revolucionario y... ¡discurso sobre las teorías avanzadas!

En el último capítulo el autor aprovecha a un personaje para hacerse decir que “no piense tanto”. ¡Bravo muchacho!

Después de todo si a esto se le puede llamar una novela, es una novela aburrida. Y las novelas deben ser entretenidas. Salas Subirat hubiera cumplido idéntico propósito si hubiera escrito un folleto ideológico. En la novela los personajes deben aparecer henchidos de pasiones, viviendo, en suma, y no como simples tteres portavoces de algunas ideas del autor sobre la humanidad.

El prologuista, Héctor Pedro Blomberg es poco sincero. No tiene la valentía de señalar las deficiencias del libro, el pésimo estilo, la incoherencia y pesadez del asunto.

Además sus prólogos carecen de autoridad moral ya que los ha dispensado a diestra y siniestra para libros de escaso valor literario.

Las ilustraciones de Mascarenhas son futuristas. Con esto está dicho todo. El prólogo y las ilustraciones contribuyen grandemente a que el amable lector se forme una pobre idea del libro, apenas leídos los primeros capítulos.

### *Del amor y de la muerte, por Julio Sigüenza.*

Editorial “Nuestra novela”, Habasa.—

Julio Sigüenza que es autor de un buen libro de poesías titulado “De los agros celtas”, nos ha remitido el librito cuyo título — demasiado pomposo para material tan frívolo — nos sirve de epígrafe.

*Del amor y de la muerte* son apenas unos poemitas en prosa hechos con muy poco trabajo. Aparte de que el género es de lo más barato que en literatura se conoce.

La imagen de la muerte es artificiosa. En la juventud esa imagen no ha cobrado todavía formas definitivas. Sale el sol y borra todas las angustias y la alegría se ensueña del espíritu y se piensa en vivir, en vivir intensamente.

Pero los poetas parecen que tuvieran vergüenza de cantarnos sus goces y se torturan inventando tragedias que no vivieron. Y como la idea de la muerte es el máximo dolor se fatigan con el conocido *ritornello* de la *parca*, de lo *desconocido*, de la *helada*, del *más allá*... cosas todas sobre las que ellos nos pueden dar muy pocos datos.

Del amor no agrega, Sigüenza, mucho más de lo que se repite en todas las lenguas.

Tenga presente el poeta Sigüenza que la obra literaria es obra que se cumple con dolor y que solo así se transmiten las ideas y las emociones a los hombres.

¡Porqué su libro, tocando temas tan profundos no nos emociona? Sencillamente porque es falso.

L. B.

En estas páginas se comentarán todos los libros de los cuales nos sean remitidos dos ejemplares.





## A Vd. LE CONVIENE

conocer las condiciones liberales que ofrecemos a todos los hombres de trabajo para otorgarles un

### CREDITO EN 10 MESES

Pida informes y en pocas horas podrá efectuar sus compras en la acreditada casa Muro y Cía. Nuestra numerosa clientela obrera es una garantía de seriedad y corrección en nuestro sistema de ventas.

**MURO y CIA**  
BME. MITRE-ESQ. MAIPU



